

REVISTA CONTEMPORÁNEA

REVISTA

CONTEMPORÁNEA

DIRIGIDA POR

D. JOSÉ DEL PEROJO.

AÑO IV—V—TOMO XIX

ENERO—FEBRERO 1879



OFICINAS

MADRID: PIZARRO, 15, BAJO
PARIS, 25, FAUBOURG MONTMARTRE

BUENOS-AIRES

Jacobsen et Saederstedt

HABANA

A. Chao y Compañía.

VENEZUELA

J. M. Larrazabal.

MADRID: 1879

TIPOGRAFIA ESTEREOTIPIA PEROJO

MENDIZABAL, 64



DOÑA LUZ.

(Continuacion.)

XI.

PREPARATIVOS ELECTORALES.



El plan de D. Acisclo había sido meditado pausadamente y en secreto, y estaba tan bien trazado, combinado y preparado, que no escaseaban las probabilidades de que se lograra.

La empresa, no obstante, era difícil; casi imposible para cualquiera otro que no tuviese en aquel distrito la actividad, el poder, el influjo y el dinero que D. Acisclo poseía.

D. Paco, el grande elector, era pájaro de cuenta, y contaba con un diputado-modelo; con un diputado tal, que no es dable que haya como él una docena al mismo tiempo en toda España.

Segun cálculos estadísticos de la mayor exactitud, los sueldos, adehalas y favores de varias clases, evaluados en metálico, que el diputado prodigaba á sus fieles del distrito, sacándolo todo del Gobierno, importaban veinte veces más que lo que el distrito pagaba de contribucion directa é indirecta. Suponiendo, por un instante, que todos los demas diputados fuesen

tan hábiles, tan mañosos, tan felices y tan píos como el de que hablamos, el Gobierno tendría que hacer el milagro de pan y peces, en inmensa escala, ó tendría que producir un déficit, al cabo del año, de diez y nueve veces el valor de todos los recursos y rentas del Estado, en el año mismo.

De aquí que haya tan pocos diputados en España como el que D. Acisclo se proponía vencer. Era, por excelencia, lo que se llama un diputado natural.

El diputado, en virtud de continuos desvelos y de un arte maravilloso, se gana la *naturaleza* en un distrito, repartiendo á manos llenas los empleos; y cerca del Gobierno, á más de su talento y de su importancia personal, se apoya para sacar los empleos en esa misma devoción que asegura y prueba que los electores le tienen y en cuya virtud es diputado natural y goza de distrito suyo y re-suyo.

Aunque el diputado natural esté en la oposición, conserva el distrito por dos razones. Es la primera porque, si bien los electores le ven caído, guardan la esperanza de que pronto volverá á encumbrarse, mandarán él y los de su partido, y lloverán entónces los favores. Es la segunda razón, porque, el diputado natural, aún cuando no esté en el poder, logra que muchos de sus ahijados se sostengan en sus empleos, y hasta suele darlos flamantes, ya porque los fueros de diputado natural le habilitan para todo, ya porque le sobran amigos en los ministerios, y ya porque los mismos ministros, sus contrarios, le atienden y consideran, esperando la reciprocidad para cuando estén ellos caídos.

El diputado, contra quien iba á sublevarse D. Acisclo, estaba caído en aquel momento; pero nadie dudaba de que pronto se volvería á encaramar en el poder. Habíanle dejado cesantes á no pocos de sus ahijados; pero aún quedaban muchos en plena posesión de sus empleos y sueldos. La fama que el diputado tenía de servicial, complaciente y poderoso para *sacar turrone*s, era tan firme que hasta su mismo temporal decaimiento aumentaba su clientela en vez de mermarla. Los más astutos y previsores conocían cuán propicia ocasión de ponerse bien con él era servirle mientras estaba lejos del mando, lo cual da ciertos visos de desinterés á los servi-

cios y es lo que llaman por allá, con frase hecha, elegante y propia de la poesía bucólica, *llevar pajitas al nido*. El que no lleva pajitas al nido rara vez moja la barba en cáliz, he oído decir con frecuencia al personaje más sentencioso de aquellos lugares.

Presentadas así las cosas, parece una temeridad, un delirio, algo semejante al propósito que tuvo la serpiente de la fábula de morder la lima, el plan de D. Acisclo de derrotar á D. Paco y de suplantarle.

Mas no hay que acoquinarse por eso ni por mucho más. D. Acisclo no se acoquinaba; tenía confianza en su energía propia, y estaba resuelto á pelear contra D. Paco, cuya tiranía se le había hecho insufrible. Lo que sí había considerado bien D. Acisclo, como prudente capitan, era lo colosal y comprometido de su empeño; y á fin de salir airoso, había tomado las convenientes precauciones, acumulado medios, buscado alianzas y allegado fuerzas y recursos de toda laya.

Cada vez que un diputado ó el grande elector en su nombre da un empleo, el agradecimiento no es seguro en quien le recibe, pues éste puede creer que harto ganado le tiene. En cambio los envidiosos, quejosos y descontentos, parece como que brotan del seno de la tierra, lo cual es difícil de evitar, porque por muchos empleos que saque el diputado, no ha de sacar uno para cada elector. Entre los empleados y agraciados suele haber tambien quejas y envidias. Fulanito se llevó un *turrón* más dulce y succulento que el mio, dice Menganito; y Perenganito exclama que el destino de Menganito es de mucho *manejo* y el suyo no lo es, de donde nace tambien no pequeño encono. El uno, que no es más que estanquero, entiende que debía ser *vista*; y el otro, que está de oficial ambulante de correos, siempre metido en un wagon, suspira por el alfolí de la sal que se dió á un tercero, que disponía en la eleccion de ménos votos que él; y el que tiene como *fiel* el alfolí se juzga desairado porque no le nombraron guarda-almacen, que esto y mucho más se merecía. El puesto de alcalde suele ser muy disputado, y casi siempre se pican dos ó tres porque no lo son. En suma, aunque el diputado y su *alter-ego* D. Paco eran casi tan avisados y prudentes como Ulíses, á quien la propia Minerva,

descendiendo *ad-hoc* del Olimpo, inspiraba la más severa justicia distributiva para repartir pedazos de buey asado, en los banquetes á los héroes de la *Iliada*, ó ya porque repartir *turrón* es más árduo que repartir *roastbeef*, ó ya porque los electores de España son más descontentadizos que los semi-dioses y guerreros aquéos, ello es que el disgusto cundía y que había mar de fondo hasta en la misma capital del distrito.

Nada de esto hubiera valido, todo se hubiera disipado como nube de verano, si D. Acisclo, con artes maquiavélicas, no hubiera atizado la discordia, dándole pábulo con ingeniosos chismes, diestramente divulgados, y no hubiera en sazón oportuna levantado bandera de enganche, á cuya sombra se fueron acogiendo y alistando los que se creían desairados ó mal pagados de sus afanes.

De esta suerte vino á formar D. Acisclo una poderosa minoría electoral, cuyo centro y núcleo era Villafría.

Entónces negoció con el Gobierno, y luégo que el Gobierno le ofreció su apoyo, á fin de derrotar al diputado de D. Paco y elegir en lugar suyo al ya nombrado D. Jaime Pimentel, D. Acisclo se afanó por convertir su minoría en mayoría, trayendo á sí á los neutrales y vacilantes, y procurando, sobre todo, sacar de sus casillas y lanzar en la lucha á no pocos que jamás quieren votar ni mezclarse en política, tal vez porque no ambicionan empleos.

Entre estos desdeñosos, dignos en nuestro sentir de reprobacion, porque dejan el campo libre á los explotadores, había en el distrito un hombre á quien, vencida su inercia, seguiría toda una poblacion. La poblacion era la que ya conocen mis lectores con el nombre de Villabermeja. El Cincinato electoral, á quien anhelaba mover D. Acisclo, porque con él daba por indudable el triunfo, era el famoso amigo mio D. Juan Fresco, de cuyos labios sé esta historia, así como otras muchas no ménos ejemplares, que contaré en lo venidero, si Dios me concede vida y salud.

Don Juan Fresco estaba en buenas relaciones con D. Acisclo, el cual le había sido útil y le había servido en algunos negocios; pero D. Juan Fresco no se dejaba llevar con facilidad. Don Acisclo había montado á caballo é ido á verle á su

lugar dos ó tres veces. Le había escrito además cuatro ó cinco cartas, tratando de convencerle. Nada había bastado á quebrantar su resolución ni á cambiar su inveterada conducta de no mezclarse en elecciones ni en política para nada.

Don Acisclo rabiaba, se entristecía y se desesperaba de esta terquedad. Con D. Juan Fresco de su lado, su empresa era llana. Sin D. Juan Fresco, á pesar del auxilio del Gobierno, distaba muchísimo de estar asegurada la victoria.

Entre tanto, preparado ya todo lo demas y próximas las elecciones, sólo faltaba echar á volar el nombre del candidato, guardado hasta entónces con el mayor sigilo por D. Acisclo y el Gobierno; pero ántes quiso D. Acisclo probar por última vez sus fuerzas persuasivas cerca de D. Juan, revelándole el nombre del candidato y ponderándole sus prendas y merecimientos. A este fin le escribió nueva carta, lo más elocuente que supo. La contestacion de D. Juan no se hizo aguardar más de un dia, y fué tan impensadamente satisfactoria para D. Acisclo, que de ella provino el contento que mostraba cuando se animó doña Manolita á preguntarle la causa de él, y la facilidad y buen talante con que lo declaró todo á doña Luz, á Pepe Güeto y á la mencionada hija del médico.

La carta de D. Juan Fresco es un documento importante que conservamos en nuestro poder, y del cual no estará de más dar aquí traslado.

La carta es como sigue:

«Apreciable amigo y dueño: Hasta ahora me he resistido á todas las súplicas de V., por más que le quiero bien, sin poder remediarlo. Y me he resistido porque mi modo de ver las cosas es contrario al de V. en mucho. Ambos somos más liberales que Riego; ambos somos más despreocupados que el autor del *Citador*, libro que V. habrá leído; ambos somos progresistas de lo más fino y neto, y á ambos nos hechiza la igualdad, con tal de que no sea más que ante la ley, y salvas las desigualdades, merecidas ó arrebatadas por naturaleza, por gracia, por habilidad ó por acaso, de ser unos tontos y otros listos, unos ricos y otros pobres. Pero por cima de esta consonancia perfecta en que estamos V. y yo, hay entre nosotros radicales diferencias, las cuales consisten en que nos hemos forjado

muy distinto *ideal*. Entiéndese por *ideal*, palabrilla que está muy á la moda, el término de las aspiraciones de cada uno. Su ideal de V. es que haya un gobierno que distribuya cuanto hay que distribuir, que todo lo arregle, que en todo se entrometa, que nos enseñe lo que hemos de aprender, que nos señale lo que hemos de adorar, que nos haga caminos, que nos lleve las cartas, que cuide de nuestra salud temporal y eterna, y hasta que nos mate la langosta y la filoxera, nos conjure las tempestades, pedriscos, epidemias, epizootias y sequías, y nos ordene y suministre lluvias á tiempo y cosechas abundantes. A un Gobierno, á quien tales y tan múltiples encargos se le confían, es menester habilitarle de muchísimo dinero, que él reparte despues entre los que han de hacernos felices, dándonos salvacion, ciencia, riqueza, sanidad, larga vida, agua, medios de locomocion y cuanto constituye nuestro bienestar y conveniencia. Pero V. dice, y dice muy bien, desde su punto de vista, ¿por qué no he de ser yo, que no soy más bobo que otro cualquiera, quien, si no en todo, en parte, se encargue de hacer esos prodigios benéficos y providenciales, y quien reciba y reparta á su gusto los ochavos que para hacerlos hay que largar? De aquí que V. anhele, como quien no dice nada, producir un diputado, y sobre todo un diputado que influya, que valga y que *saque turrone*s. Yo, en cambio, lo confieso, tengo un ideal, que, al paso que vamos, no se realizará, si se realiza, hasta dentro de diez ó doce siglos; pero, amigo, es menester ir encaminándose hacia él, aunque sea á paso de tortuga. Mi ideal es el ménos Gobierno posible; casi la negacion del Gobierno; una anarquía mansa y compatible con el órden; un órden nacido armónicamente del seno de la sociedad y no de los mandones. No quiero que nadie me enseñe; yo aprenderé lo que mejor me parezca y me buscaré maestros; ni que nadie me cuide, que yo me cuidaré; ni que nadie me abra caminos, que yo me asociaré para abrirlos con quien se me antoje. Sé que esto hoy no es posible, pues dicen que no hay iniciativa individual y que es necesario que el Gobierno tome en todo la iniciativa, como si el Gobierno no estuviese compuesto de individuos. En suma, yo no tengo que presentar aquí todas las razones que contra mi *ideal* se alegan. De sobra las saben V. y todo el

mundo. Lo que deseo que conste es que, á pesar de todas estas razones, yo estoy enamorado de mi irrealizable sistema, y considero apostasía trabajar en este otro archi-gubernamental que hoy priva, sin duda por aquel dicho profundo de un sabio: «La humanidad, considerada en su vida colectiva, no ha nacido aún.» Miéntas sigue la humanidad nonata, si hemos de mirar las cosas por el haz y sin penetrar en el fondo, usted tiene razon que le sobra. Ya que se trata de contribuir y de distribuir, y ya que la contribucion es forzosa, bueno es apoderarse de ella para hacer la distribucion luégo, máxime si se considera que, segun canta el refran, quien parte y reparte se lleva la mejor parte.

» Pero cuando se hunde bien la mirada en el centro de este negocio, concretándonos á un distrito electoral, créame usted, Sr. D. Acisclo, hasta para lo práctico, y de hoy, sin pensar en mañana, vale más mi sistema que el de V. ¿Qué se logra con dar empleos á trochi-moche? El distrito no se enriquece por eso. Los naturales de él que salen empleados se gastan fuera lo que cobran. Raro es el que vuelve al distrito á gastarse en él lo que ahorra ó garbea. A menudo los tales ahorros no lucen ni parecen. Se disipan y evaporan como no pocas otras riquezas mal y fácilmente adquiridas. Los dineros del sacristan cantando se vienen y cantando se van. El empleado así, por favor electoral, adquiere hábitos de lujo, desdeña la manera rústica y sencilla con que ántes vivió, y se acostumbra á que el reloj gane por él el dinero, pasando y pasando horas y dias. El mal ejemplo inficiona á todos. El hijo del menestral, el criado de servicio, todo el que sabe leer y escribir, repugna el trabajo manual, y dice para sí: ¿por qué no he de estar yo tambien empleado? ¿por qué el diputado no me proporcionará una bonita colocacion? El que no tiene la menor esperanza de que el diputado le coloque se llena de envidia y de ira, y se hace flojo y perezoso para no ser ménos que el empleado, de cuya holganza y vida regalona se forja un concepto exagerado y fantástico. Imagina, sin que nadie se lo quite de la cabeza, por no conocer sin duda lo de tiempo que se gasta, lo de papel que se embadurna y lo de afanes que se producen con nuestro complicado expedienteo, que las horas de

oficina transcurren en amenas pláticas, fumando los oficinistas exquisitos puros y regalándose con frecuentes pisco-labis. Y entiende además que á cada instante se ofrecen *negocitos de mi flor* á todo oficinista no lerdo, el cual á menudo tiene algo de que incautarse y al cual no falta de vez en cuando quien le unte bien la mano. Con tales imaginaciones ¿cómo irá nadie con gusto á cavar en el tajo y cómo no ha de querer convertir el tajo en un remedo de la soñada, deliciosa y sibarítica oficina? Resulta de todo ello que como el diputado da empleos á los más activos, ágiles y despejados, quienes naturalmente emigran del distrito, sólo quedan en él los más tontos, torpes y para poco, y éstos, agraviados, lastimados en su amor propio, ó desanimados y con poquísimas ganas de trabajar. No hay, por lo tanto, ni industria ni arte, ni adelantamiento, ni mejora posible. Gracias á la milagrosa y pródiga proteccion del diputado, el distrito se empobrece, en vez de enriquecerse, y se transforma en una nidad de holgazanes y de ineptos. Vea V. por lo que yo, de puro amor al distrito, no quiero darle diputado hábil, como el que tenemos ahora; no quiero darle diputado que tanto turrón busque y reparta.

»Por dicha, el nombre de su candidato de V. me ha hecho pensar en que, favoreciéndole y dando á V. gusto, hago el bien del distrito, segun lo entiendo yo : le quito de encima la secadora proteccion del diputado actual, que parece un fabricante de turrónes, y le propino y administro uno que dirá á ustedes, en cuanto le elijan, si os ví no me acuerdo, y no les dará turrón, con lo cual quizá renazca la actividad agrícola, se creen industrias sanas, y desaparezca la corrupcion que hoy nos pudre. Sí, amigo D. Acisclo, yo conozco á D. Jaime Pimentel desde que estuve en Madrid con mi pobre sobrina María y con aquel estrafalario de doctor Faustino, con quien ella se casó. D. Jaime era amigo de Faustinito. Dios los cria y ellos se juntan. Aunque en mucho se diferenciaban, en bastante se parecían. D. Jaime, muy jóven entónces, era un verdadero ninfo. Acicalado, perfumado y siempre de veinticinco alfileres, aunque bizarro militar, tenía más trazas de Cupido que de Marte. No creo que tuviese ilusiones, ni que

soñase, como su amigo el doctor. Don Jaime iba al grano. Buen mozo, audaz y discreto, había tenido ya varios éxitos ruidosos con damas elegantes, y tres ó cuatro desafíos, en los que siempre había quedado vencedor. Entónces se pronosticaba á D. Jaime un brillante porvenir. El pronóstico se va cumpliendo. Aún no debe de tener cuarenta años y ya es brigadier. Por su cuna y por sus prendas es muy estimado y querido. Además de su sueldo, tiene alguna rentilla, que le da independencia y desahogo. D. Jaime tendrá sobre dos mil duros al año. Para nada necesita de este distrito. No me explico qué antojo será el suyo de salir diputado por aquí, pudiendo salir por donde quiera. Cerca de este lugar posee unas sesenta aranzadas de olivar, que su padre, militar como él, compró con dinero ganado al juego. Este es el único lazo, que yo sepa, que á este distrito le une. Repito, pues, que no me explico su empeño en ser nuestro diputado; pero doy por evidente que, una vez logrado su empeño, nos volverá la espalda, nos mandará á paseo, y no nos dará ni pizca de turrón. Como en esto precisamente consiste mi sueño dorado, callándome la razon para no espantar á los secuaces de V., me decido á ser uno de ellos. Cuente V., pues, conmigo para elegir diputado á D. Jaime Pimentel, y créame su afectísimo amigo.»

Tal era la carta de D. Juan Fresco que tanto alegró el corazón de D. Acisclo. Lo esencial era que D. Juan apoyase su empresa, fuese por lo que fuese. Lo que D. Acisclo quería era aquella alianza, y poco le asustaban las enrevesadas razones y fatídicos pronósticos en que se fundaba y que él se guardó bien de confiar á nadie. Sólo de cuando en cuando, si bien haciendo desmedidos encomios de la entereza, discrecion, honradez y sabiduría de D. Juan Fresco, afirmaba D. Acisclo que era un *ente*.

—¿Y por qué dice V. que ese D. Juan es un *ente*? le preguntó una vez doña Manolita.

—¿Por qué lo he de decir? contestó D. Acisclo; porque es un *ente*; porque es el bicho más raro que he conocido en mi vida.

XII.

EL TRIUNFO.

Ente ó no *ente*, D. Juan Fresco valió de mucho á D. Acisclo, el cual, miéntras más esperanzas tenía más se afanaba y desvelaba porque no se frustrasen.

Los informes, que le había dado D. Juan acerca de la condicion poco servicial de D. Jaime Pimentel, no dejaban de mortificarle. Ya, sin embargo, no había modo de retroceder, y lo que convenía por lo pronto era derrotar á D. Paco, aunque para ello fuese menester valerse del candidato ménos buscador de *turrone*s, más distraído y peor cultivador de distritos que hubiese en todo el reino.

Don Acisclo solía echar cálculos alegres, y este mismo descuido de su futuro diputado, que para cualquiera otro hubiera sido un mal, se mostraba á veces con colores risueños y brillantes á los ojos de su esperanza ambiciosa.

—Si el diputado no hace nada, decía D. Acisclo para sí, si no cumple sus promesas, si no recompensa los afanes de los electores, yo tendré que volver por ellos, lo cual me dará motivo para entenderme por mí mismo con el Gobernador de la provincia y hasta con el Ministro, y ser yo aquí real y directamente el amo, sin ese intermedio enojoso del diputadito. Lo esencial, pues, es lograr la victoria con gran mayoría, y hacer ver que D. Paco es un trasto á mi lado.

A este fin no quedó medio que D. Acisclo no emplease.

Las elecciones debían ser en el otoño, y durante el verano vivió D. Acisclo en una fiebre de actividad. Recorrió á caballo todos los pueblos del distrito, que eran siete, ganando votos para su protegido y quitando parciales á D. Paco. Hasta á la capital del distrito fué varias veces, y no sin éxito, con el referido objeto.

A no pocos electores de influjo, á quienes D. Paco tenía *amarrados*, los desamarró D. Acisclo, exponiendo gallarda-

mente sus capitales. Por estar *amarrados*, se entiende, en lenguaje electoral de por allí, deber dinero al grande elector. D. Acisclo estuvo rumboso. Lo ménos repartió ocho mil duros al diez por ciento, sin más garantías que pagarés sencillos, libertando así á gentes amarradas por D. Paco, con escritura pública y dinero prestado al quince.

Todo elector de Villafría iba ántes á votar á un lugar cercano, porque en Villafría no había *mesa*. Don Acisclo consiguió que se quitase la *mesa* de dicho lugar y que se diese á Villafría, poblacion más céntrica y cómoda, segun él demostró.

En Villafría estaba seguro D. Acisclo de que *volcaría el puchero* en favor de D. Jaime.

Volcar el puchero significa poner ó colgar todos los votos posibles al candidato á quien se quiere favorecer. Los votos posibles son los de cuantos electores están en las listas, á no hallarse á mil leguas de distancia ó en la sepultura. Y aún ha habido ocasiones en que los ausentes y hasta los difuntos han votado.

Cuentan las crónicas electorales de aquel distrito que, no bien supo D. Paco la que D. Acisclo le estaba urdiendo, empezó á trabajar en contra, saliendo del letargo, ó mejor diremos del tranquilo y descuidado reposo en que su confianza y seguridad hasta allí le habían tenido. Esto, naturalmente, hizo que D. Acisclo tuviese que redoblar cada vez más su actividad. Así es que no paraba. Su vida era un tejido incesante de conferencias, excursiones á este ó al otro pueblo, tratos y cartas que escribir y que leer. Pepe Güeto se hizo el ayudante y el secretario de D. Acisclo, y también escribía, viajaba y conferenciaba.

Doña Luz y doña Manolita se hacían compañía mutuamente, abandonadas por D. Acisclo y Pepe Güeto. Y á las dos servía también de acompañante el P. Enrique, único varon quizá de todo el distrito que no intervenía en el asunto electoral.

El Padre había intervenido sólo en los primeros dias para tratar de disuadir á D. Acisclo de que se mezclase en elecciones; pero D. Acisclo no se dejaba convencer por nadie, y cuando lo reconoció así su sobrino, se retrajo, se calló, y no

volvió á dar á entender ni siquiera que sabía en qué maremagnum andaba engolfado su tío.

A éste le molestaba ya bastante la flojera y falta de formalidad del candidato. El candidato había prometido visitar el distrito; las elecciones se venían encima, y el tal D. Jaime no llegaba. Su contrario estaba ya instalado en casa de D. Paco, prometiendo empleos para cuando volviese al poder, que sería pronto, vendiendo proteccion, y conquistando voluntades.

Don Jaime, entre tanto, no solo no venía, sino que apénas si se dignaba escribir, salvo á D. Acisclo, y esto de tarde en tarde y por estilo lacónico y seco.

Pero fuese como fuese, el lance estaba ya empeñado; para D. Acisclo era cuestion de amor propio; y aunque D. Jaime hubiera sido el mismo diablo, D. Acisclo hubiera echado el resto por sacarle triunfante.

En suma, para no cansar más á mis lectores, acabaré por decir que D. Acisclo recogió al fin el premio de sus fatigas.

Las elecciones llegaron, y D. Acisclo venció en las elecciones. Don Jaime Pimentel salió diputado por una gran mayoría.

Algunos quieren dar á entender que D. Acisclo hizo mil tramoyas y falsedades; pero nada se pudo probar, y por consiguiente no debemos creerlo.

Don Jaime Pimentel, sin abandonar la córte, sin escribir apenas carta alguna, con el mayor sosiego, tuvo el gusto de recibir su acta, casi limpia, pues sólo llevaba dos protestas insignificantes y mal fundadas.

El júbilo de D. Acisclo fué grande despues de la victoria. ¡Qué lauro el suyo! ¡Qué muestra de poder la que acababa de dar! Con un candidato invisible, descuidado, flojo; con un enemigo tan fuerte, tan único, tan modelo y tan fénix entre los representantes del pueblo, había logrado vencer, y vencer por una gran mayoría. Despues de admirarse de su propia capacidad para la política, sólo se reconocía deudor á D. Juan Fresco y á la copiosa turba de bermejinos que le siguieron en el dia de la eleccion como á caudillo respetado.

Durante todo este largo período electoral, las relaciones amistosas de doña Luz y del P. Enrique se fueron estre-

chando más cada día. Hasta doña Manolita, dejándose llevar del entusiasmo de su marido, ó bien compartiéndole, no había pensado más que en las elecciones.

Doña Luz y el Padre eran sin duda las dos únicas personas de cierta posición en todo el distrito, que no habían pensado en éste ni en el otro candidato, y que no se habían afanado por el triunfo de cualquiera de ellos.

En medio de aquella agitación política, habían hallado retraimiento dulcísimo en la misma casa de quien la promovía; y allí eran las pláticas suaves y encumbradas, y las conversaciones amenas, en que siempre aprendía algo doña Luz, en que siempre hallaba nuevas excelencias en el entendimiento y en el corazón del Padre, y en que el Padre, á su vez, no dejaba nunca de pasmarse del despejo, de la agudeza, de la notable discreción, de la fantasía poética y de la sensibilidad exquisita de su bella interlocutora.

Don Anselmo había terciado en los debates, aunque ya no tanto, por haberle tenido también D. Acisclo muy interesado en las elecciones. Y el cura D. Miguel había seguido yendo con constancia á la tertulia, si bien los diálogos sabios del Padre y de doña Luz le magnetizaban y embelesaban de tal suerte, que á los pocos minutos de empezar á oírlos, solía quedarse profundamente dormido, acompañándolos y animándolos á veces con una música de ronquidos interminables y sonoros.

Resultaba de todo ello que la única persona, que era en verdad constante é inteligente testigo del mutuo afecto y de los íntimos coloquios de doña Luz y del Padre, era doña Manolita. Yo no quiero hacer á ésta, ni á ninguno de mis héroes, mejor de lo que son ó de lo que fueron. Doña Manolita no era una paloma sin hiel; y no porque odiase á alguien, sino porque no dejaba de tener malicia. Más bien se podía tildar á doña Manolita de tenerla. Más bien se la podía acusar de que, sin envidia ni encono, y sólo por amor al arte, gustaba algo de la murmuración, y seguía demasiado, como regla para sus juicios, aquella terrible sentencia de *piensa mal y acertarás*. Sin embargo, merced á la veneración cariñosa que doña Luz le infundía, ella interpretaba siempre por el lado más benévolo todos sus actos y discursos. Por esto, aunque á la perspicacia

de doña Manolita no pudo ocultarse largo tiempo aquella inclinacion irresistible de dos almas, doña Manolita no dejó nunca de hacer justicia á doña Luz, y reconoció y declaró, allá en el fondo de su pecho, que en el de su amiga no había la más leve intencion de perturbar el ánimo del Padre ni de atraerle con coqueterías culpadas.

El respeto y el cariño de la hija del médico al P. Enrique eran grandes tambien; pero no tanto que le impidiesen por completo todo fallo algo contrario sobre su conducta. Doña Manolita, pues, sin pensar que doña Luz hubiese dado para ello ni ocasion ni motivo, empezó á sospechar que el Padre, más ó ménos confusa y vagamente, estaba enamorado. Por respeto á su amiga, y porque en los lugares no anda la gente con sutilezas etéreas ó pasadas por alambique, y porque con decir ella algo hubiera dado pié para que se añadiese mucho, doña Manolita ni á su padre confió el resultado de sus observaciones. Sólo le confió á Pepe Güeto, á quien nada ocultaba; pero exigiéndole el más profundo sigilo.

La gravedad de doña Luz y del Padre, cortaba los vuelos á todas las audacias de doña Manolita, quien jamás se propasó á dirigir al Padre, ni en broma y con rodeos y perífrasis, la indirecta más oscura sobre la pasion que en él imaginaba. Doña Manolita siguió, no obstante, observando. Pepe Güeto observó tambien. Ambos esposos se comunicaban luégo lo que habían observado. De esta suerte venían los dos á corroborarse en la idea de que el Padre, quizá sin saberlo, amaba á doña Luz por estilo místico y sutil, y que doña Luz se dejaba adorar sin presumir ningun término disgustoso, sin reflexionar en toda la trascendencia que aquella adoracion podría tener, y sin ver en ella más que una amistad tierna, sencilla é impecable, como la que ella profesaba al convalesciente y poético misionero.

Ocurrió en esto un suceso que no se esperaba ya. De pronto, y cuando D. Acisclo se había resignado á que su diputado fuese invisible para el distrito, éste le escribió anunciándole que inmediatamente venía á visitarle. El primer pueblo en que se presentaría había de ser Villafría, desde donde, á caba-

llo, y con la pompa correspondiente, había de pasar á recorrer y visitar los otros pueblos.

Don Acisclo se alegró mucho de esta venida, que iba á darle la mayor importancia; pero tuvo que afanarse para disponer bien las cosas, á fin de hacer á D. Jaime Pimentel una brillante recepcion. Para hospedarle con decoro y hasta con lujo, acudió á doña Luz pidiéndole las mejores habitaciones de su casa solariega, no ocupadas por su sobrino; y para ofrecer á D. Jaime un buen caballo en que montar é ir de pueblo en pueblo, acudió asimismo á doña Luz, pidiéndole prestado su hermoso caballo negro. Doña Luz tuvo que acceder á todo.

La víspera del dia en que debía llegar D. Jaime, todos estaban alborotados en el lugar con la gran fiesta de la recepcion que iba á haber. Hasta doña Manolita estaba más alegre que de costumbre y muy parlanchina. En la tertulia diaria sólo asistían ella, doña Luz y el Padre, porque los demas andaban aún ocupados en los preparativos de la fiesta, ó descansando del ajetreo de aquel dia.

Entónces tuvo doña Manolita una ocurrencia algo maliciosa, y que, en su sentir, había de darle mucha luz en sus investigaciones. ¿Por qué no había de embromar á doña Luz, pronosticando que D. Jaime, de quien la fama decía maravillosos encomios, y que era libre y soltero, iba á enamorarse de ella, apénas la viese, con el gustoso asombro de hallar en una villa pequeña tan completo dechado de elegancia, distincion y hermosura? ¿Por qué, al embromar así á doña Luz, con algo que la halagaría, no había de dar solapadamente una broma bastante pesada al Padre, cuyo amor, enmarañado y turbio en el centro de la conciencia, se vendría á aclarar con el reactivo de los celos? Doña Manolita, al dar la broma, miraría al Padre, á ver si se inmutaba ó si permanecía impassible, en apariencia al ménos.

Como lo pensó, lo hizo. Doña Manolita dijo á doña Luz que D. Jaime iba á prendarse de ella, apénas la viese; que D. Jaime no podía sospechar que, en un lugar tan arrinconado como Villafría, estuviese oculto tanto tesoro; y que, á su ver, era evidente el amor futuro de D. Jaime.

—¿Qué forastero, prosiguió, no se ha enamorado de tí, de

cuantos han venido á Villafría, jóvenes, libres y en estado de merecer? Prepara, pues, el almibar con que sueles propinar las calabazas, si es que tambien piensas dárselas á éste. Pero, ¿quién sabe? El pretendiente, que ya columbro, no es rústico, ni lugareño, como los que has tenido hasta ahora. Dicen que es la flor y nata de los elegantes de Madrid, y además un bizarro militar y un hombre de gran porvenir y de extraordinario talento. ¿Serás tan fiera que tambien le desdeñes?

Doña Luz, sin enojarse, ántes bien algo lisonjeada, contestó negando la validez del pronóstico, y asegurando, con modestia un poco fingida, que D. Jaime, acostumbrado á ver en la córte tantas bellas mujeres, no repararía en ella ni le haría caso.

—Además, dijo doña Luz, no haya miedo de que me pretenda ese caballero. Yo no soy lo que se llama un buen partido. Para él se necesita una rica heredera, que dé alas á su ambicion, y no una señorita pobre que le encadene y le sirva de rémora y estorbo. Créeme, Manuela; ya te lo he dicho mil veces : yo no me casaré nunca... ni quiero casarme. No hablemos de esas tonterías, ni en broma.

Doña Manolita, durante estas frases que entre su amiga y ella se cruzaban, miró de soslayo al Padre y creyó ver que se había puesto más pálido que de costumbre. Por lo demas el Padre permaneció silencioso, y no dió su parecer ni sobre el enamoramiento posible de D. Jaime, ni sobre el constante propósito de doña Luz de permanecer soltera.

A las diez se retiró á su casa, y las dos amigas quedaron solas.

Alentada entónces doña Manolita con lo bien que su primera broma había sido tolerada, y tal vez agradecida como lisonja, en el fondo del alma de la hija del marqués, cayó en la tentacion de aventurarse á dar otra broma bastante menos ligera.

Sin reflexionarlo mucho, dijo, pues, de este modo :

—¡Ay! ¡Hija! Me arrepiento de haberte dicho lo de don Jaime.

—¿Y por qué te arrepientes? preguntó con sencillez doña Luz. Yo no creo probable que ese caballero cortesano se ena-

more de mí en tres ó cuatro dias, que ha de estar por aquí; pero como ni eso es imposible, ni me ofende el que tú, estimándome en más de lo que merezco, me vaticines tal triunfo, no tienes para qué arrepentirte, á no ser por el temor de exaltar demasiado mi amor propio.

—No es ese temor, replicó la hija del médico, lo que me induce al arrepentimiento, sino el temor de haber lastimado un corazon sensible, de haberle hecho una profunda herida.

—No te comprendo; dijo doña Luz; ¿qué quieres dar á entender? ¿Qué corazon sensible es ese?

—El del P. Enrique, respondió en mal hora doña Manolita.

Doña Luz se puso roja como la grana. Toda la sangre de su cuerpo se diría que se le subió á la cabeza. Todo el orgullo de su casta se agolpó y amontonó en su corazon. No vió más que ridiculez indigna en que la creyesen objeto de la pasion de un fraile. Ella creía que un fraile la podía admirar por su talento, estimar por sus virtudes, venerar por su conducta intachable, y gustar de su trato y conversacion, y complacerse en ser su amigo; pero enamorarse de ella le parecía tan absurdo, tan contrario á todas las conveniencias y leyes sociales y religiosas, tan monstruosamente feo y chocante, que no quería, ni podía, ni debía sospecharlo en persona del juicio, de la circunspeccion y hasta de la santidad que en el P. Enrique notaba. Doña Luz miró, pues, como una malicia villana y ruin el pensamiento de doña Manolita, y como una insolencia la expresion de dicho pensamiento por medio de la palabra.

—Lo que acabas de proferir, exclamó con la voz balbuciente de cólera, es un insulto, es una dura acusacion contra el Padre Enrique y contra mí. Ni el Padre delira, ni yo le he dado ocasion para que delire. A fin de que mi limpia fama esté al abrigo de la maledicencia, me he encerrado en este lugar, me he apartado casi de todo trato humano, he huido de la juventud, mientras he sido jóven; siéndolo todavía, como lo soy, no he admitido en mi intimidad sino á viejos de sesenta años como tu padre, el cura y D. Acisclo, y nada de esto me ha valido. Porque yo, de cerca de treinta años, me he abandonado, me he confiado con gusto, lo declaro francamente, en la amistad hon-

rada de un siervo de Dios, probado en mil fatigas, quebrantado por ellas, lleno de ciencia y de virtud, no se concibe esta amistad, no se explica este trato, sino por motivos viles é impuros. Y no son los rústicos del lugar, no son los que no me conocen, sino mi mejor amiga la que me sospecha y me injuria.

La pobre doña Manolita se quedó aterrada: se compungió, y al cabo se la saltaron las lágrimas.

—Pero, mujer, dijo; no te enojés por amor de Dios. Yo, sin duda, me he explicado mal. Yo no digo que sea impuro el amor del Padre...

—¿Qué disparates son los tuyos? interrumpió doña Luz. ¿Qué extravío de ideas? ¿Qué necias distinciones pretendes hacer? ¿Cómo cohonestar el amor de un fraile á una doncella honrada? Tal amor es impuro siempre; es infame; es sacrílego.

Viendo doña Manolita que no había manera de remediar su torpeza, y apuradísima de haber irritado tanto á doña Luz, á quien quería de todo corazón, no pronunció una sola palabra más; pero lloró y sollozó como si le hubiese sobrevenido la más cruel desgracia.

Entonces doña Luz, que tenía buen fondo, á pesar de su soberbia, sintió que había estado dura y áspera en demasía, y pidió perdón á doña Manolita, besándola y poco ménos que llorando también.

Las dos amigas vinieron á quedar de resultas mucho más amigas que ántes. Doña Luz se convenció de que doña Manolita no había tenido intencion de deslustrar en lo más mínimo la pureza de sus relaciones amistosas con el P. Enrique; y doña Manolita hizo por convencerse y hasta se convenció por el momento de que el P. Enrique, ni siquiera como Dante amó á Beatriz, como Petrarca amó á Laura, ó como don Quijote amó á Dulcinea, era capaz de amar á doña Luz; porque, siendo él un fraile y ella una señorita muy bien educada y honestísima, tal amor, por alambicado, espiritual é incorpóreo que fuese, tenía un no sé qué de indecorosamente plebeyo y de grotescamente pecaminoso que con la condicion de su bella y soberbia amiga se ajustaba muy mal.

No bien acabadas de hacer las paces, llegó D. Acisclo con

Pepe Güeto, quienes no advirtieron las huellas de la pasada tempestad. Cenaron los cuatro en amistosa compañía, y con buen apetito, y se fueron luégo á dormir.

Al dia siguiente se celebró con pompa y estruendo la entrada triunfal de D. Jaime en Villafría. Cuantos tenían caballo, y no pocos que sólo tenían mulo ó burro, fueron de madrugada á recibirle en la estacion, con D. Acisclo al frente, y á eso de las once volvieron todos con el diputado, caballero éste en el hermoso caballo negro de doña Luz.

A las puertas del lugar salieron los muchachos y los hombres de á pié á recibir la lucida cabalgata, y todos entraron por aquellas calles al son de las campanas que se habían echado á vuelo, entre vivas y aclamaciones, y atronando el aire á tiros de cuantas escopetas estaban servibles en Villafría.

JUAN VALERA.

(Se continuará.)





LAS CAUSAS DE LO BELLO

SEGUN LOS PRINCIPIOS

DE SANTO TOMAS

V.

OBJETO DE LA FACULTAD ESTÉTICA.—LO BELLO.

5. Belleza inteligible en los signos.—6. Su belleza material.—7. Belleza de las imágenes.—8. Debe existir proporcion entre los dos mundos y las dos substancias.—9. Prueba sacada de los hechos y la etimología.—10. Luégo el hombre sensitivo reposa donde reposa el hombre intelectual.—11. Por causa de las proporciones existentes entre lo sensible y lo inteligible.—12. Fórmula general de lo Bello y su aplicación.—13. Dos dotes de lo Bello, *Expresion y Gracia*.—14. La *expresion* lo aclara.—15. En la elocuencia.—16. En la pintura.—17. En la música.—18. La *expresion* es la vida de las obras de arte.—19. La *gracia*.—20. Cuatro significados de esta palabra.—21. Se funda en tres elementos.—22. Nace de semejanza de naturaleza.—23. Dos tendencias de ésta, amor y orgullo.—24. La imagen de amor produce gracia.—25. La gracia nace de la modestia y reverencia.—26. En la gracia prevalece lo sensible.—27. Consecuencias: la gracia y la belleza se distinguen entre sí.—28. La gracia ayuda á la operacion.—29. Ultimo elemento de la Belleza es la *Vida*.—30. La tercera dote es la *Vida*.—31. Ejemplo de tal belleza en la naturaleza.—32. La *Vida* debe juntarse con el órden.—33. Epílogo de los elementos de la Belleza.

BELLEZA DE LA NATURALEZA.



ELLEZA INTELIGIBLE EN LOS SIGNOS.—Terminamos el párrafo anterior prometiendo á nuestros lectores, despues de haber discutido acerca de la Belleza de la naturaleza, explicar cuáles sean las leyes segun las cuales el mundo sensible se convierte en emblema del órden inteligible, presentándonos de tal manera en su integri-

dad la Belleza de la naturaleza. Notorio es que vária debe ser la respuesta que ha de darse á semejante cuesito, segun la variedad de los objetos sensibles que sirven de pasto á la inteligencia, la cual, segun ya hemos dicho, puede tener por materia sensible ya una imágen, ya un sonido, ya un signo.

El signo, ó sea la palabra articulada ó escrita, es órgano tan propio del entendimiento, que apénas puede distinguirse el órden por él representado de aquél que contempla el entendimiento. Por lo cual, si se nos pregunta de qué modo se obtiene el reposo de la mente en el órden inteligible representado con palabras ya articuladas, ya escritas, responderemos que para la obtencion de tal reposo se necesita que reine el órden en los conceptos y que éstos sean fácilmente representados por los signos. En este caso poseen los signos á los ojos del que los contempla belleza tan estrechamente ligada con el órden por las ideas representado, que es imposible verificar la separacion. De donde el matemático que desarrolla en el encerado el binomio de Newton quedará enamorado de la belleza y elegancia de esta fórmula; el geómetra reposará con complacencia singular en el célebre teorema de Pitágoras ó en la contemplacion de las leyes de Kepler; el metafísico hallará con Juan XXII un milagro en cada uno de los artículos de Santo Tomás de Aquino; las leyes de la caída de los cuerpos arrebatarán al físico; y encarnadas, por fin, las ideas bien ordenadas en los signos, darán por sí mismas á sus respectivos signos aquella belleza que se encierra en el órden contemplado.

Hé aquí por qué la belleza de un tratado científico naturalmente se ruboriza, y huye, por decirlo así, de todo otro ornato que no sea la propiedad de vocablos y órden de su correspondiente disposicion. Los tropos, los circunloquios, los episodios y otras frioleras semejantes oscurecen, no favorecen la inteligencia del órden científico que, al reverberar en signos simples y coordinados, resplandecería con luz deslumbradora.

6. SU BELLEZA MATERIAL. — A la manera que el lenguaje, que habla como signo al entendimiento y con el sonido y las líneas al oido y vista, la limpieza de estos signos, menguando la fatiga de los órganos de los que los aprehenden, es útil instrumento para facilitar la contemplacion del órden represen-

tado. De aquí nace el valor, áun material, de la fórmula de Newton, por la simetría con que desarrolla sus respectivos términos; de aquí el mérito atribuido á la nitidez tipográfica de las ediciones; de aquí la premura del profesor de matemáticas por avezar á los alumnos á delinear con limpieza las figuras geométricas, etc. Medios son los mencionados por los cuales se obtiene más fácil y clara contemplación del orden inteligible en los signos materiales.

Empero semejante forma de la belleza pertenece al arte, y por lo tanto, no puede tener cabida aquí donde sólo hablamos de la belleza natural.

7. BELLEZA DE LAS IMÁGENES.—La segunda especie de fantasmas, en que puede el entendimiento contemplar la belleza natural, son las líneas y los colores de los objetos visibles gráficamente descritos en la fantasía, donde el entendimiento los contempla para extraer de ellos conceptos universales.

Ahora bien, ¿cuándo presentarán orden y belleza estas imágenes? Si, como hemos dicho, el orden debe ser la reducción de lo Múltiple á lo Uno; si lo Múltiple no puede presentárnos en los objetos visibles sino en los colores ó en las líneas, claro está que el orden de los colores y de las líneas será aquél que suministre al entendimiento el instrumento más apto para contemplar el orden abstracto y que, por consiguiente, mejor deba favorecer el reposo de la facultad contemplativa.

8. DEBE EXISTIR PROPORCION ENTRE LOS DOS MUNDOS Y LAS DOS SUBSTANCIAS.—Lo dicho podrá entenderse con mayor claridad, si ántes de internarnos más en la materia recordamos aquí al lector lo que poco há decíamos acerca de la natural armonía existente entre el mundo físico y el mundo intelectual. Cuando el Criador determinó formar al hombre, *uno* pero *compuesto*, debió necesariamente suministrar á sus componentes objeto á ellos proporcionado, es decir, objeto que asimismo fuese *uno* y *compuesto*. A este fin formó el universo, en el que el hombre sensitivo pudiese recoger, digámoslo así, sensaciones y materia, así como el hombre intelectual formas y razones.

Suponed, sin embargo, ó que no existiese proporción alguna entre las formas inteligibles y los cuerpos sensibles, ó que estas proporciones no estuviesen en armonía con el hom-

bre intelectual y con el sensitivo, ¿podríamos en este caso decir que el Hacedor eterno había resuelto el problema? ¿Podríamos decir que en este mundo es una la operacion humana? Véase claramente que no; porque en los sobredichos casos ó el hombre intelectual dejaría de acordar con el sensitivo, representando las cosas tan discordes como entónces estarían, y entónces la operacion no sería una; ó si se representaban concordes, representarían *lo que no es*, ó lo que es lo mismo, *no representarían*.

Si, pues, la Providencia creadora quiso en el hombre la unidad de operacion compuesta; si para campo de esta operacion le suministró el universo, necesario es que reine perfecta armonía entre el que contempla y lo contemplable, cosas ambas compuestas. En otros términos, debe haber armonía perfecta entre el entendimiento y los sentidos, entre el mundo inteligible y el mundo sensible; y cualquiera disonancia entre estos cuatro términos haría imposible el acto humano, el intento del Creador.

9. PRUEBA SACADA DE LOS HECHOS Y DE LA ETIMOLOGÍA.— EN efecto, tanto la experiencia como la etimología nos demuestran al vivo con el lenguaje vulgar la consonancia de que vamos tratando; puesto que la naturaleza de los hechos materiales arrastra al hombre, por vía de instinto, al mundo suprasensible, y el lenguaje que en sus orígenes comienza á representar los fenómenos materiales, poco á poco se eleva, segun ántes dijimos, á explicar con las mismas voces los fenómenos morales. ¿Quién, sino el instinto, nos hace en los momentos de angustia levantar al cielo los ojos? Si preguntais á la razon, ella os responderá que Dios está en todas partes; mas la naturaleza compuesta del hombre señala como con el dedo en los cielos el símbolo de su palacio, al cual tiende, aunque diversamente, sus miradas el que sufre y el que teme.

¿Y de dónde provienen aquellas palabras *rectitud* de corazon, *transporte* de afectos, *hielo* del temor, *rubor* del delito, sino de que en esos vocablos materiales vemos analogía con los afectos ó cualidades morales á que se apropian? ¿Quién enseña al tierno niño á suavizar la voz cuando acaricia á su madre y á dar á aquélla el tono colérico y excitado con que re-

gaña desdeñoso á su hermanito? ¿Tiene acaso la infancia otro maestro que la naturaleza para el aprendizaje de ésta que podríamos llamar música?

A la naturaleza, pues, debe atribuirse la armonía existente entre el mundo material y el inteligible, y á la naturaleza tambien la renovacion de nuestras ideas cuando la fantasía nos trae á las mientes sus correspondientes imágenes.

10. LUEGO EL HOMBRE SENSITIVO REPOSA DONDE REPOSA EL HOMBRE INTELECTIVO.—Asentado, por consiguiente, que el orden puede ser representado por los colores y líneas, deberemos deducir que aquellas líneas y colores en que puede encontrarse la proporcion de orden deben llevar al reposo tanto al sentido como á la fantasía, así como el orden á su vez invita á la inteligencia al reposo ; miéntras que otras líneas ú otros colores desproporcionados suministrarían á la mente un espejo que podríamos apellidar *amorfo*, semejante al del agua que una fuente enturbiada ofrece al pastorcico que ansioso acorre á reflejar en sus cristales su propia imagen. De la consonancia entre lo sensible y lo inteligible nace precisamente, como bien lo nota Pianciani, la inestimable belleza de la *metáfora*, llamada *reina de las figuras*, y que no es más que la *comparacion compendiada*, ó por signos, de la idea con la imagen (1). Este ilustre y eruditísimo autor se extiende profusamente en la citacion de ejemplos, cuyo valor analiza y cuya belleza ilustra, por lo cual de buen grado remitimos á aquellas doctas páginas á quien desee más amplias explicaciones en materia de elocuencia.

Pasando, pues, á ocuparnos de otras artes, suplicarémnos se note cómo la natural consonancia entre lo sensible y lo inteligible se hace, de un modo singular, casi palpable en la arquitectura y hasta cierto punto tambien en la música, las cuales artes, calculando las proporciones de los números, obtienen hasta cierto punto representaciones en que reposa el correspondiente sentido.

Ahora bien, esto que fácilmente descubrimos y reducimos á razones numéricas en los trabajos artificiales, debe suceder

(1) NUOVI SAGGI, pág. 16 y siguientes.

naturalmente tambien en las obras de la Mente creadora, y asimismo podremos decir que en ellas existen tambien leyes de número, dadas las cuales, son agradables los objetos creados, asi como recíprocamente cuando dichos objetos salen agradables, deberán existir en ellos ciertas ordenadas proporciones de las cuales nace la propiedad que tienen de agradar.

11. POR CAUSA DE LAS PROPORCIONES EXISTENTES ENTRE LO SENSIBLE Y LO INTELIGIBLE.—Y precisamente en buscar la base de estas proporciones numéricas, trabaja con admirable suceso la Física moderna, que implícitamente presupone la esperanza de hallar este número, estas proporciones, en las infatigables investigaciones por ella practicadas en el mundo sensible. Así, por ejemplo, lo hace en las vibraciones de la cuerda sonora y del éter luminoso, en la diversa refrangibilidad de éste, etc., y la experiencia nos muestra, que cuando estas proporciones son descubiertas por el hombre en los objetos de la naturaleza, experimenta el ojo dulzura inestimable. Así, por ejemplo, ved cuánta sea la simetría del cuerpo humano; pero si escogéis una cualquiera de las fisonomías más bellas modeladas por Canova ó pintadas por Correggio, y modificáis tan sólo en algunas líneas el contorno de aquel ojo, de aquella nariz, ó separáis de su eje el centro de aquella boca, bien pronto obtendréis el más horrendo monstruo. ¿Dónde residía, pues, el encanto de la fisonomía en cuestion? En la perfeccion de la simetría.

Lo que dicho queda de las líneas, puede aplicarse á los colores. Al razonar al principio acerca de la facultad visiva, señalamos algunas leyes que hacen á aquellos agradables, y de que depende su facultad de agradar. Dejemos, ante todo, que los físicos determinen la existencia y número de las vibraciones correspondientes á los colores, así como las correspondientes á los sonidos, y entónces podremos investigar más concretamente las leyes de la proporcion. Téngase, empero presente, que si llegase á encontrarse la correspondencia de vibraciones en el nervio óptico, se comprenderían mucho mejor las causas de lo grato y de lo ingrato, como ya con respecto al oido ha anunciado un fisiólogo el descubrimiento de un *diapason* para cada oido humano, á cuya consonancia, disonan-

cia ó insensibilidad, corresponde en el sujeto cierto grado, cierta forma de genio musical (1).

Entre tanto, podemos decir en general que esta proporción existe en la distribución de los colores, como existe en la simetría ú otra proporción de las líneas, y que si el hombre experimenta tanto placer en ciertos objetos de la naturaleza, se debe á que son en ellos más sensibles al sentido, y por ende más favorables á la inteligencia las leyes secretas de la proporción.

12. FÓRMULA GENERAL DE LO BELLO Y SU APLICACION.—Siendo estas razones igualmente aplicables á los sonidos, no repetiremos, al hablar de ellos, lo que ya hemos dicho con respecto á los colores, concluyendo desde luego aquí la explicación de la idea de la belleza natural, respecto á las tres especies de lo sensible en que aquélla suele actuarse.

En lo hasta aquí dicho ve el lector que el objeto es naturalmente bello: 1.º cuando el hombre intelectual puede comprender en él el orden con que el Eterno reduce todas las varias propiedades del objeto á que concurran en la inmensa unidad del orden universal: 2.º Cuando el hombre sensitivo halla en lo sensible una imágen proporcionada al concepto de aquel orden: 3.º Cuando esta imágen es al mismo tiempo, ya por el tono, ya por la armonía, ya por la medida, etc., proporcionada á la facultad con que el objeto debe ser inmediatamente percibido.

Al preguntar, pues, por qué tal ó cual persona sea bella, deberemos desde luego deducir la respuesta del concepto universal de hombre, *rey de lo creado sensible*, al cual como á jefe deben competir sabiduría, perspicacia, actividad y otras cualidades propias del puesto en que fué colocado, así como para dominar sobre lo sensible miembros aptos para ejercitar las funciones de aquellas dotes en el mundo material.

Premitido este concepto, claro es que el cuerpo del hombre

(1) Puede verse en la sesión de la Academia de Ciencias de Paris, verificada el 28 de Diciembre de 1857, la Memoria de M. Jobard, que lleva por título *Sur le diapason naturel*. Cosmos 1.º de Enero de 1858. Vol. XII, pág. 12.

estará más conforme con el orden, cuando la cabeza, por lo espacioso de la frente, demuestre inteligencia, la pupila vivacidad, etc., y en todo el cuerpo, tanto las carnes como las proporciones de los músculos y su incremento proporcionado, suministren útil instrumento al alma.

Empero esta proporción de la imagen con el concepto, no puede ser aprehendida sin el órgano de la vista, cuya delectación depende de la limpidez de tintas y de la variedad y simetría de líneas. Luégo la belleza será completa cuando la imagen ofrezca, no sólo la proporción del instrumento corpóreo con el alma que le da vida, sino también la proporción de este instrumento, en cuanto es visible, con la pupila que lo contempla.

13. DOS DOTES DE LO BELLO, EXPRESION Y GRACIA.—Al llegar á este punto debe notarse que, así como, cuando en los objetos contemplados se encuentra tal vez aquel exceso de inteligibilidad y aquella grandeza de imágenes de donde procede lo Sublime, se inspira en la persona contemplativa una reverencia tal que casi raya en terror, así también, cuando el objeto es proporcionado á la capacidad de las facultades que lo contemplan y se abraza la verdad con aquel íntimo conocimiento que de tal proporción resulta, germinan en el corazón humano sentimientos de admiración, y sentimientos de amor en la parte racional que mira, digámoslo así, con buenos ojos al orden que tiene delante, así como sentimientos de complacencia y simpatía en la facultad sensitiva movida, como es sabido, de instintos indeliberados.

Si la opinión no me engaña, estas dos especies de sentimientos son raíz de aquellas dos propiedades perfeccionadoras y casi rayos luminosos de la belleza, que suelen conocerse con los nombres de *Expresion* y *Gracia*.

14. LA EXPRESION LO ACLARA.—Segun dijimos, lo bello presupone una verdad inteligible explicada por medio de algun signo sensible; pero es patente que todo signo sensible puede ser representativo, ora por su figura natural, ora por aquel conjunto de vivacidad que en él infunde el artífice vivamente penetrado de la verdad que aquel sér sensible debe infundir en el ánimo de los espectadores. La representación de la pri-

mera especie constituye la beldad primitiva y natural de lo sensible, que consiste en que sea imagen del concepto, y la representacion de la segunda especie añade á todo lo anterior lo que suele llamarse expresion, que da vida á la imagen. La primera especie de representacion depende del artífice, del compositor, así como la segunda de un agente secundario, del ejecutor.

Parécenos que, ó no vió, ó confundió estas dos maneras de expresion el esclarecido Delfico, citado por Pianciani (1), cuando dijo «que el verdadero carácter de lo Bello consiste en la *expresion*» y que á ésta debe la arquitectura su principal mérito, en cuanto con columnas, con órdenes, y con simétrica distribucion expresa el fin por que fué levantado el edificio.» Esto es ciertamente lo que puede entenderse y áun el mismo vulgo entiende por la palabra *expresion*; pero el sentido técnico de esta voz tiene significacion más restringida y enérgica, é ignoramos si pueda tener lugar en la arquitectura la *expresion* técnicamente dicha. Y á la verdad, no es expresion artística la de los obeliscos egipcios, los cuales *con sus esculpidas y figuradas leyendas nada expresaban, sino hablaban* (2). Este es un modo de expresion, como un libro y áun una carta familiar es expresion de quien la escribe; *no es expresar sino hablar*. Por el contrario, la segunda manera de expresion presupone á la primera y añade á ella aquella perfeccion de que escribió Pelicari las siguientes palabras: *Jamás será para mí perfecto un objeto cualquiera perteneciente á las bellas artes, mientras no sepa qué fué, qué quiere, qué dice*; y Horacio

... *Si vis me flere, dolendum est
Primum ipse tibi...*

Tratemos ahora de aclarar con algunos ejemplos de aplicaciones concretas la teoría que acabamos de exponer.

15. EN LA ELOCUENCIA.—Así pues, ¿cuál es la inmensa diferencia existente entre un actor vulgar y otro muy distinguido, entre una Ristori por ejemplo, y una declamadora cualquiera? Ambas recitan la misma tragedia, *Saul* por ejem-

(1) *Nuovi Saggi Filosofici*. Morini, 1856, pág. 237.

(2) *Idem*, pág. 238.

plo ó *Antígono*; ámbas pronuncian los mismos versos, y los pronuncian de tal modo que el auditorio comprende todas las verdades incorporadas en aquellas escenas por Alfieri, y sin embargo ¡cuánta mayor conmoción se experimenta cuando se oye declamar á la mencionada gloria de la tragedia! La razón de estos fenómenos es obvia. La belleza de la composición yace solamente bajo la pluma del compositor pintada, iba á decir, como un cadáver. El actor se inviste de ella y la presenta con aquel tono de voz conmovida, con aquella fisonomía agitada y patética, con aquel énfasis verídico, con aquellos movimientos naturales que el poeta tenía en el ánimo al escribir. Hé aquí avivada la composición del poeta, hé aquí plenamente *expresado* su concepto.

16. EN LA PINTURA.—Pasemos al estudio del diestro pintor. Ved cómo saca el retrato de aquella misma persona de quien tantos medianos pinceles se han ocupado. ¡Cuánta diferencia media entre este retrato que habla y aquellos otros que parecían muertos más bien que mudos! y, sin embargo, los rasgos son los mismos que pintores indignos de su nombre habían trasladado con fidelidad mecánica al lienzo. ¿Qué faltaba, pues? Una sola cosa, el todo, la vida de la expresión. El que miraba los anteriores trabajos conocía en el retrato al prototipo que representaba; mas quien ahora contempla el trabajo del gran artista ve la persona, y en aquel lienzo lee, por decirlo así, los pensamientos, el alma toda.

17. EN LA MÚSICA.—Decid otro tanto de la música. El inmortal Haydn que la escribió infundió en ella el doloroso concepto de las siete palabras pronunciadas sobre la cruz por el Redentor. Pero ¿quién ejecutará aquella música especial? Si sentir os place lo que está escrito, llamad una orquesta, llamad, si quereis, una banda militar, y de una ú otra oireis fielmente ejecutadas hasta el último punto todas y cada una de las notas escritas por el gran maestro. Pero ¿quereis sentir lo que él quiso escribir en ellas? ¡Oh! entónces no basta una orquesta cualquiera, se necesita un coro, una orquesta que sienta lo que sentía aquel tan devoto como inspirado maestro, el cual, puesto que tan difícil es que una orquesta sienta como él, habrá de llevar la batuta en la ejecución de su propia obra.

18. LA EXPRESION ES LA VIDA DE LAS OBRAS DE ARTE.—Por consiguiente, claro es que la expresion no es más que una centella de vida que se une á la belleza de la imágen, centella que en los trabajos del arte gráfico es inmediatamente infundida por el primer artífice que es á un mismo tiempo inventor y ejecutor, miéntras que en los frutos de las otras artes necesita, por lo comun, de un ejecutor extraño que se invista de conceptos que no son propios y en ellos se inspire.

Esta es precisamente una de las causas que hacen tan difícil el arte del histrion, del cantor, del tañedor, y que, cuando llegán éstos á adquirir renombre, les proporciona enormes sueldos y honores. En efecto, consiguen encenderse en aquel mismo fuego que encendió el ánimo del compositor y reproducir con la expresion, no sólo su fisonomía, sino tambien su propia vida, representando así en toda plenitud su concepto á las facultades cognoscitivas del público que los escucha.

19. LA GRACIA.—Pero hemos dicho que á más del conocimiento del hombre racional, excita la belleza la simpatía del hombre sensitivo. Ahora bien, esta simpatía es, á nuestro parecer, el principal elemento de que depende la inteligencia de lo que en las obras naturales y arísticas solemos llamar *Gracia*; vocablo, cuyo valor es por todos confusamente sentido, pero que es sumamente reacio para dejarse aprisionar en los estrechos límites de fórmula filosófica, precisamente porque está fundado, no en la intuicion de la razon, sino en el movimiento indeliberado del afecto. A pesar de todo, recurriendo, segun nuestra usanza, al lenguaje vulgar, trataremos de esclarecer su concepto, aplicándolo á la teoría que vamos exponiendo

20. CUATRO SIGNIFICADOS DE ESTA PALABRA.—A este propósito debemos observar que, segun la etimología, la palabra *gracia* es la abstraccion de lo *grato*, pudiéndose tomar principalmente en cuatro sentidos análogos, á saber: primero, como dote que hace agradable (y este es propiamente el sentido artístico); segundo, como posesion actual del amor del prójimo (en este sentido decimos *estar en gracia, volver á la gracia de alguno*, etc.); tercero, como efecto de la merced obtenida (así se dice: *gracia obtenida, conceder gracia*, etc.); cuarto, como

correspondencia al beneficio (en este sentido decimos: *estar agradecidos, dar gracias*, como los latinos decían: *habere, agere gratias*, etc.). La gracia en el primer sentido es, como todos conocen, la primera significacion de la palabra, porque lógicamente hablando es causa de que una cosa sea grata, de que se reciban gracias y de que, por lo tanto, se deba por ellas gratitud.

21. SE FUNDA EN TRES ELEMENTOS.—Si esto entiende el vulgo cuando usa el vocablo que nos ocupa, y si del vulgo lo han tomado prestado las artes, de su propio peso cae que entón-ces hallarémos en el objeto gracia, cuando en él encontremos aquella dote que le hace agradable.

Considerando por lo tanto á la naturaleza humana, como en el presente órden de cosas se nos presenta, hallamos en ella tres elementos, á los cuales debe corresponder un objeto para que nos sea, áun indeliberadamente, agradable, á saber: la naturaleza, el amor, el orgullo. La naturaleza inclina, áun indeliberadamente á naturaleza igual; el amor provoca á correspondencia de afecto; el orgullo ó apetito de superioridad se aplaca con muestras de reverencia y sujecion. Por consiguiente, expresadas estas tres condiciones en la imágen sensible, invitan naturalmente á afecto hácia esta imágen, la hacen simpática, la hacen *graciosa*.

22. NACE DE SEMEJANZA DE NATURALEZA.—Viniendo al primero de los tres mencionados elementos, la semejanza é igualdad de naturaleza, áun *à priori*, es claro que, en los animales que viven en rebaños, y mucho más en el hombre social, debieron especialmente recibir del Criador atractivos espontáneos, si Éste quiso conseguir aproximacion y asociacion entre individuos de la misma naturaleza. De aquí es que el Sagrado Texto nos dice: *Omne animal diligit simile sibi*, y es muy conforme con el modo de obrar acostumbrado por la Providencia el que esta simpatía sensitiva del hombre racional ayude suavemente los actos deliberados de la voluntad, así como acontece en todas las demas funciones de la vida natural, en cuyo desempeño siempre se mezcla alguna satisfaccion.

Que esta semejanza produce tanto mayor afecto cuanto más excluye cualquier manera de desigualdad será tambien evi-

dente, ya miremos al mismo concepto que hace importar á la voz desigualdad una semejanza cualquiera, cualquier alejamiento, ya atendamos al fenómeno experimental explicado por el dicho conocidísimo del poeta.

*Non bene conveniunt, nec in una sede morantur.
Maiestas et amor....*

Mal se concilia la superioridad con el amor.

Por esto precisamente con dificultad encontrareis lo gracioso en lo sublime, porque como en su lugar queda notado, las imágenes de este último género poseen un no sabemos qué de grandioso, de severo, de austero que parece cerrar á lo gracioso todas las puertas de acceso. Por el contrario; en lo bello se tiene por condicion primera esta desigualdad entre la facultad y el objeto, entre el que contempla y lo contemplado.

Bien puede, pues, encontrarse la gracia en la belleza en cuanto aquella supone como necesario requisito la igualdad de que vamos hablando.

Primer elemento es, por lo tanto, de la gracia la semejanza y la igualdad de naturaleza; es decir, primer elemento que simpáticamente hace agradables las formas y los sonidos. De aquí es que la voz humana, no ménos que las formas humanas, tiene atractivo especial para con el hombre físico, así como el grito y las formas de la propia especie lo tienen en los animales inferiores.

23. DOS TENDENCIAS DE ÉSTA; AMOR Y ORGULLO.—Pero en la misma naturaleza humana el sér compuesto produce en el hombre sensitivo dos especies operativas de tendencia, amor de supremacía que anhela por la sujecion y reverencia ajena, y amor del bien del prójimo que pretende correspondencia de afecto.

Así, pues, los rasgos que presenten en otros, indicios de reverencia y sujecion voluntaria, de amor y simpatía, añadirán indefectiblemente gracia á la belleza.

24. LA IMÁGEN DE AMOR PRODUCE GRACIA.—Vemos aquí que la gracia debe encontrarse primitivamente en aquellos lineamientos de la persona humana que nos la exhiben benévola y benéfica hácia nosotros, por ejemplo, en la sonrisa, en la serenidad de ojos, en los movimientos mórbidos y suaves, y así

sucesivamente. Y cuando la elocuencia, poniendo de relieve estas partes, nos toca las fibras del corazón, raramente lo hará sin la magia de la gracia.

Las criaturas irracionales no son de suyo capaces de tales sentimientos y de tal comunicación de afecto con respecto al hombre racional; esto, no obstante la analogía que tienen con el hombre animal, hace que nuestra fantasía les atribuya sentimientos consímiles figurados en imágenes análogas, y que, por lo tanto, se originen en nosotros afectos y simpatías hacia los seres irracionales. Los rasgos de la imagen ó animal que excitan en nuestro ánimo tal simpatía, son la gracia propia de la naturaleza que les cupo en suerte, gracia que vemos resplandecer tan suavemente en el perrito de aguas que juega y aún parece hablar con su dueño, como en el jilguerillo que salta de una á otra parte de la jaula, y en el caballo que ufano se pavonea bajo el aficionado que lo monta. Algo semejante encontramos también en las flores y en general en todas las plantas, cuando atendemos á la morbidez de aquellos pétalos que invitan al niño á prodigarles sus caricias, á las elegantes curvas de aquellos zarcillos que se enroscan para servir de sosten á la flexibilidad de aquellas hojas, á la vivacidad, en fin, de aquellos colores.

Luego comienza la gracia á pasar al reino de la sensación puramente material, en que tan agraciada se aparece la aurora que se levanta de su lecho de rosas, la luna que luce su argentado manto de estrellas, el riachuelo que murmura, y otros mil objetos semejantes que despiertan en nosotros fibras simpáticas, excitan la sonrisa, provocan las lágrimas y derraman en el alma la dulce melancolía de la noche.

Todos estos objetos, pues, á que sin darse de ello cuenta atribuye la fantasía vida y sentimiento, parecen acariciar al hombre, satisfacen positivamente á alguno de los sentidos y se convierten para ellos en *graciosos* por el amor que le demuestran.

25. LA GRACIA NACE DE LA MODESTIA Y REVERENCIA.—La tercera fuente de la gracia, que corresponde al amor innato á la supremacía, es la reverencia y sujeción con que otro se nos presenta. De aquí es que la belleza adquiere gracia suavísi-

ma cuando va unida, ya á la modestia que parece ignorar los propios méritos, ya al dolor que parece implorar compasion, ya á la pequeñez y debilidad que parece esperar socorro de la fuerza. Todas estas inferioridades constituyen una especie de homenaje que liga el corazon de quien las tiene delante. De donde no sólo en la infancia, en el sexo débil, en el llanto de estas bellezas se halla un elemento de la gracia, sino tambien en todo objeto que se achique. Esta es la razon porque se encuentra gracia singular en las pequeñas avecillas, en las florecitas, en las estatuitas, en los camafeos, en las miniaturas, etc., siendo seguro que estos objetos y otros análogos la perderían con sólo darles más amplias dimensiones.

26. EN LA GRACIA PREVALECE LO SENSIBLE.—Así, pues, semejanza de naturaleza, bondad de afecto, voluntario abajamiento de quien se humilla y empequeñece, son tres elementos que corresponden á las tres principales tendencias de *naturaleza*, de *amor*, de *excelencia*, de los cuales se origina en la belleza un conjunto de atractivos cuando su imágen presenta algunos rasgos correspondientes á aquellas tres inclinaciones fundamentales del hombre sensitivo. Estos rasgos hacen más grato, más caro, más simpático el aspecto de la belleza, ó lo que es lo mismo, le añaden *gracia*.

La gracia reside, por consiguiente, en tal excelencia de lo sensible, como lo sublime en la excelencia de lo inteligible, de suerte que la belleza intermedia entre estos dos términos unas veces participa más del uno y otras más del otro, segun que prevalezca uno ú otro elemento.

27. CONSECUENCIAS: LA GRACIA Y LA BELLEZA SE DISTINGUEN ENTRE SÍ.—Vemos por esto que no sólo se distinguen la belleza y la gracia, puesto que la belleza es principalmente objeto de un juicio racional, y la gracia de un sentimiento simpático, sino que tambien pueden separarse del todo, pudiendo hallarse belleza racional aún en aquellas cosas que nada de agradable presentan al sentido, y gracia sensible donde las proporciones racionales no son perfectas. Así, por ejemplo, quien lea una composicion en que no se han violado las reglas gramaticales, no podrá ménos de aprobar su sintáxis; ¿mas acaso experimentará por esto la mínima de aquellas suaves conmociones

que sentiría al leer un soneto de Petrarca ó un drama de Metastasio, aunque en estas obras no se hubiesen respetado tanto los fueros de la lengua y la sintáxis? Dígase lo mismo de los espectáculos de justicia punitiva aprobados por la razon, mientras que el alma se halla embargada por el sentimiento.

Por el contrario, ¡cuántas veces acontece que la gracia encadena las simpatías hácia objetos en que por otra parte no puede la razon hallar belleza! ¡Cuántas fisonomías previenen favorablemente á primera vista, que segun las reglas del arte son juzgadas como irregulares por el pintor! Verdad es, que jamás debe llegar tal irregularidad á monstruosa deformidad, y por esto precisamente dijimos poco há que gracia y belleza pueden separarse *casi* del todo; porque la separacion total sería contraria á la naturaleza humana, que no puede hallar *grato* lo que física ó moralmente presenta manifiesto desórden.

Obsérvese tambien que justamente por tener la gracia su principal asiento en el hombre sensitivo, debe acontecer que sea grato para los unos lo que no lo es para los otros, porque en el hombre sensitivo es donde existe el elemento de lo múltiple y lo vario, así como en el hombre racional reside un principio de unidad de juicios en todo el género humano. Por la misma razon, la educacion y el hábito pueden hacer agradables á los unos, lo que la educacion y los hábitos contrarios hacen ingratos á otros. Aquí, pues, con más frecuencia que en la Belleza, en que tanta parte tiene el juicio uniforme de la razon, puede darse cabida al proverbio: *De gustibus non est disputandum*.

28. LA GRACIA AYUDA Á LA OPERACION.—Finalmente, de ser el hombre sensitivo asiento de la gracia en que se produce el sentimiento y movimiento simpático, se sigue que la gracia es poderoso auxiliar de la belleza para conseguir por él aquel último término de todas las aprensiones de las facultades cognoscitivas, que es, como al principio se dijo, la recta operacion, y que, determinándose por libre voluntad en el hombre racional, es grandemente facilitada en el hombre sensitivo por la indeliberada simpatía con que la gracia pone en movimiento todas las fibras más delicadas del hombre material.

29. ÚLTIMO ELEMENTO DE LA BELLEZA ES LA VIDA.—Aplicando á los sentidos externos, cuanto acerca de la belleza se ha dicho, comprenderá el lector la significacion de los epítetos *gracioso* y *bello* cuando se aplican al color y al sonido.

Si la gracia es la que causa simpatía, si la simpatía demanda más suavidad que vehemencia de impresiones, aquellos colores y sonidos serán graciosos que á la limpidez y claridad junten una impresion no muy intensa. Graciosas son ordinariamente las tintas ligeras, en especial cuando se trata de los colores elementales, y entre estos más suave es el azul, que ocupa el lugar medio, ó los colores mixtos, como el verde y violado, que el amarillo y rojo.

Otro tanto puede aplicarse á los sonidos: una trompa bien entonada, un contrabajo de voz robusta os darán un sonido *bello*, pero no *gracioso*, aunque uno y otro instrumento pueden ser tocados con gracia. El violin, cuando la vehemencia del arco no le comunique un sonido penetrante, podrá llegar á ser gracioso; pero los sonidos á que conviene principalmente el atributo en cuestion son las suaves notas de la flauta, del caramillo y filarmónica, cuya dulzura, áun prescindiendo de cualquier modulacion, toca simpáticamente el corazon.

Dicho esto acerca de la belleza y de la gracia, en cuanto dependen del objeto racional y de la imágen sensible, resta que consideremos como nuevo rasgo del objeto estético y último complemento de belleza, á la *vida*.

30. LA TERCERA DOTE ES LA VIDA.—La vida que á los ojos del entendimiento es un grado simplicísimo é inmanente del Sér, se manifiesta á la fantasía y á los sentidos con todos los efectos propios de la actividad, que con vocablo general suelen llamarse *movimientos*. Todo aquello, pues, que da movimiento al elemento sensible añade inestimable encanto de belleza, revelando al hombre intelectual aquella *vida* que, por ser esencialmente *acto*, forma la perfeccion de todas las sustancias que de éste son capaces.

31. EJEMPLO DE TAL BELLEZA EN LA NATURALEZA.—De aquí es que cuanta más vida halleis en las bellezas naturales, tanto más reposará en ellas la facultad que las contemple. Belleza inexplicable es la de la fuentecilla que surte en la amena cam-

piña, y no menor la del río que en el trémulo cristal de sus argentadas ondas refleja ondulante al puentecillo que va de una á otra de sus alegres márgenes. La monótona llanura del mar nos causaría la molestia que causa la vista de las estepas ó la del *Tavolière* de Puya; pero el mar ondea perpetuamente y aquel movimiento forma el encanto de quien le mira. ¡Y cuánto no agrada el nadar del pez que lo habita, el salto del avecilla sobre el prado, y la agilidad del lebrel que corre! ¿Y de dónde nace el temor que infunde el cadáver, sino de la falta de vida? ¿Y á qué se debe el encanto producido por el niño, sino á sus perpetuos movimientos, á las rosas de sus mejillas, á la sonrisa de sus labios, al centelleo de la pupila, á la manifestacion, en fin, de la vida? El movimiento, pues, ya interior, ya local, ya aparente, es venero inestimable de belleza, la cual proviene de dos elementos aparentemente contrarios, pero que artísticamente combinados, por su misma aparente contrariedad, resultan más agradables. Estos dos elementos son la mutacion y la semejanza.

Por un lado el vivir es movimiento y el movimiento es mutacion, y por consiguiente la mutabilidad de los objetos place á la fantasía, como á la inteligencia place contemplar la vida; mas por otro lado lo mudable, lo vario, recuerdan un defecto en los seres, reducido por la inteligencia á la perfeccion de la unidad mediante el órden. Luégo el órden en los movimientos es perfeccion de belleza á los ojos del sentido, así como el órden de la vida lo es á los ojos de la inteligencia.

32. LA VIDA DEBE JUNTARSE CON EL ÓRDEN.—Esto nos explica el fenómeno de aquellas bellezas que ora en la serie de signos, ora en las líneas de los ornatos, ora en el ritmo de las cadencias representan *movimiento regular*. La elegancia de ciertas formas algebraicas que se desarrollan indefinidamente, las vueltas y revueltas de un laberinto de flores que se enlazan en flujos, digámoslo así, y reflujos regulares, las cadencias rítmicas de una música, los pasos regulares de una danza por aquella acompañada, etc., son objetos, que por decirlo con expresion vulgar, alegran los ojos, porque en el movimiento se ve la *vida*, y en su regularidad se comprende el órden. Cuando, pues, por una parte en el movimiento representan

los objetos naturales la vida, y por otra el orden en la regularidad, adquieren inestimable valor con respecto á la belleza. Y, en efecto, la vemos en los dos reinos más perfectos de la naturaleza, especialmente en el reino animal, en donde la simetría de las partes está en perpetuo movimiento, y el movimiento adquiere de la misma simetría aquella regularidad segun la cual los mismos brutos rigen, acompañan con el paso á la cadencia de platillos y tambores.

Por el contrario, los séres del reino vegetal ó son sustancias amorfas, en cuyo caso falta proporcion y movimiento, ó son cristales, en cuyo caso la regularidad es perfectísima y precisamente por ser inviolable acusa tambien falta de vida.

33. EPÍLOGO DE LOS ELEMENTOS DE LA BELLEZA.—Recopilando cuanto se ha dicho sobre los elementos estéticos de las bellezas naturales, podremos deducir las siguientes consecuencias:

1.^a En la naturaleza resplandece la armonía del orden inteligible con el sensible.

2.^a Lo Bello debe nacer en todo y por todo de la proporcion.

3.^a La belleza inteligible está en las proporciones del orden, el cual, reduciendo lo vario y lo finito á cierta unidad, nos da idea de lo infinito á que tienden los anhelos de nuestra *potencia* intelectual sin poder llegar á él *en acto*.

4.^a Este orden y proporcion debe ser representado de algun modo en lo sensible, á fin de que el objeto ejerza atractivo sobre la intuicion humana.

5.^a Debe por lo tanto existir proporcion de la imágen para con el concepto, unida con la proporcion de lo sensible para con el que siente.

6.^a Y puesto que varias son las facultades sensitivas, á cada facultad debe proporcionarse lo sensible para que en él repose el hombre que siente y entiende.

7.^a Luégo, cuando lo sensible ofrezca al contemplativo ciertos rasgos que representen semejanza de naturaleza, ó correspondencia de afecto, ó estima y reverencia, todos estos adjuntos deben producir en el hombre sensitivo simpatía tal que haga más dulce la contemplacion de los atractivos, cuyo conjunto constituye la gracia.

8.^a Por último, así como á todas las potencias añade el *acto* inestimable perfeccion, así tambien á todas las bellezas precio inestimable la *vida*, especialmente si se une al orden. Luégo deberemos en definitiva concluir que el movimiento, indicio de la vida, y el ritmo, orden regular del movimiento, son el último complemento de la belleza natural, acerca de la cual, siendo necesario poner algun límite á la inmensidad de la materia, baste lo que en el decurso de los números anteriores dejamos dicho.

LUIS TAPARELLI.

(*Se continuará.*)





AL INSTITUTO DE FRANCIA
AL COLEGIO DE FRANCIA

ANTONIO ESPINA

CLAUDIO BERNARD

SU INFLUENCIA, SU MÉTODO Y SUS OBRAS.



ADA más difícil que bosquejar á un genio. Sus líneas se pierden en la resplandeciente aureola que le rodea, y muéstrasenos confuso y deslumbrador. Seduce y arrastra; y la imparcialidad corre peligro. Márcase su aparición por un conjunto de fenómenos que le preceden, su vida por una generalización que impele, y su desaparición por un recuerdo que nutre generaciones sucesivas, hasta que nuevo genio marca nuevo derrotero á la ciencia.

La medicina luchaba por encontrar un sistema á mediados del siglo XVIII y principios del XIX; hombres ilustres se afiliaban en los diversos bandos; á descubrimientos sucedían descubrimientos; las ciencias se prestaban mutuo auxilio, las teorías aparecían más racionales cada vez; la astrología se con-

vertía en astronomía; la alquimia en química, las matemáticas se elevaban con el método cartesiano; la razón sustituía á la hipótesis; el método *à posteriori* al método *à priori*; la experimentación, la prueba y la contraprueba eran los motores de todas las ciencias así físicas como químicas y las nacientes biológicas: se discutía todo y el principio del libre exámen rompía las trabas del absolutismo dogmático para ser el criterio verdadero de la ciencia. La *enciclopedia* y la revolución, la reforma y la protesta preparaban este movimiento fecundo para el saber, que se engendró en 1517 y vino á nacer en el siglo XVIII á su principio, á crecer á su fin, y á ser hombre y reproducirse en éste; que felizmente alcanzamos sus albores, por la historia; su presente, gozándole; su porvenir, presintiéndole.

Dos períodos pueden considerarse en el estudio de la fisiología: el primero comprende la larga serie de siglos desde Galeno hasta Haller, y el segundo desde este grande hombre hasta Bernard, que marca época en el estudio y desarrollo de esta ciencia. En el primero se hacen vivisecciones, más con objeto de localizar las funciones que con el de estudiarlas; se fundaba todo en el conocimiento anatómico, y no se creía, ni se creaba nada en medicina fuera de la anatomía. En el período primero se aceptó la vida como explicación de todos los hechos del cuerpo humano; el análisis se verifica por destrucción; tal víscera se arranca ó se destruye, y tal función se debe á aquella glándula, á aquella parte destruida. En esta época sólo Cuvier se separa de este método, dando la preferencia al razonamiento y á la anatomía comparada. Durante este período aparece la anatomía general, pero todavía subsiste la idea de fuerzas misteriosas, que van recibiendo nombres distintos, pero que nacen todos más bien del afán de variar el nombre y no la esencia de la idea ó del objeto. Por último, Haller resume este período brillante y de adelantamiento, porque la marcha de la ciencia es progresiva; la ciencia y sus adelantos podrán pararse, tener eclipses en su grandiosa marcha y en su esplendente luz; pero no pueden retroceder. La frase del judío errante de *anda, anda*, se ha hecho para la ciencia. El desgraciado que se para y no la siga es como el que se pára en

un desierto de hielo, á quien el sueño acomete, y no vuelve á despertar sino en la tumba.

Preceden á C. Bernard, que abre el tercero y más fecundo período de la fisiología, las tres figuras más grandes de las ciencias físico-químico-biológicas, Lavoisier, Laplace y Bichat.

Enemigos de la rutina, poseidos del genio investigador y llenos del entusiasmo hijo de la fe razonadora de la ciencia, no cabían sus ideas en los estrechos moldes de lo antiguo y rómpenlos con su genio lanzándose á investigaciones, en las que no se sabe qué admirar más, si la valentía del impulso, ó la seguridad del cálculo de la inmensa distancia que habían de salvar. Romper la tradicion, buscar lo nuevo, asegurar el descubrimiento asentándole sobre sólidas bases, partir de la razon y apoyarse en la experiencia, son las cualidades de estos tres genios.

El calor que engendra movimiento no puede tener mejor demostracion que en el impulso que dió á la medicina el descubrimiento de la combustion por Lavoisier. El axioma que dice *nada se pierde y nada se crea* con relacion á la materia, es la piedra angular del edificio científico en biología, la combustion es su antorcha que la guía en su áspero, pero seguro camino hácia los descubrimientos, honra de los hombres de este siglo, gloria de la humanidad entera.

Bichat, que arde en la propia hoguera de su cerebro, que se quema con la enérgica combustion de este órgano, una de las glorias más legítimas de la Francia, apénas aparece en la escena científica arrastra y subyuga; no parece sino que la humanidad presiente su corta vida, para aprovecharla toda; vive en la época en que el vitalismo parece vencer á las demas doctrinas, y se pone á su lado, queriendo darle bases sólidas estableciendo por hechos nuevos el conjunto de las leyes experimentales. Pero la gran gloria de Bichat está en ser el fundador de la anatomía general, que hizo que los fenómenos vitales se relacionaran con las propiedades elementales de los tejidos. Aun cuando vitalista, descentralizó el principio de la vida: localizó ó acantonó los principios vitales en los diferentes tejidos; pero sus ideas preconcebidas le impidieron

concluir su obra y darla el alcance que debía tener llevada en alas de su genio; pero como Lavoisier corrigió los defectos y los errores vitalistas de Bichat, la influencia de estos dos genios en la fisiología de entonces fué decisiva; la arrancaron de la rutina localizadora anatómica, para colocarla en la vía franca de las ciencias fisico-químicas. De aquí á hacerla una ciencia verdaderamente experimental y metódica no había más que un paso. Este gran paso, esta nueva época salvadora y de gloria para la ciencia biológica corresponde de hecho á dos grandes hombres, á Magendie y á C. Bernard.

Ni las tentativas de Legallois, ni las localizaciones de Flourens, bastaron á hacer un ingerto de las dos ramas de la fisiología, la rama que tomaba sus raíces en las ciencias fisico-químicas, y que cultivaban con esmero los continuadores, discípulos y sucesores de Lavoisier, ni la rama que se nutría del fecundo suelo que regaban y abonaban con sus trabajos los admiradores del gran Bichat.

Faltaba unidad, faltaba el ingerto que hiciera correr unidas savias tan preciosas, pero infecundas, circulando aisladamente. Correspondía la iniciación de esta idea al gran Magendie, anatómico por sus ideas y por sus aficiones, y fisico-químico por sus amistades con Laplace. A éste, pues, debe la fisiología el derrotero glorioso que sigue en la actualidad, descubriendo nuevos mundos, y haciéndose la base racional y fundamental de todas las ciencias médicas; él fué el que la colocó en la vía experimental, y en esta vía le sucedió lo que al vapor al encerrarse en la locomotora y asentarse en la vía de hierro, que no hay distancias ni fronteras, y que la humanidad es una familia; así para la fisiología no hay barreras, ni fronteras; estudia todo, penetra en todas partes, sondea desde la función más elemental hasta la formación de las ideas, y para ella todo el cuerpo es uno y distinto, como para el hombre todo el mundo está á su alcance y ya no hay centro, sino centros de atracción y centros de reflexión de vida, hacia los límites últimos, lo mismo en los continentes que allende los remotos mares; así en fisiología ya no hay un principio único, ya no hay un órgano predominante, sino órganos sinérgicos que los unen los hilos telegráficos, representados por los nervios,

que transmiten la noticia de la necesidad, que se satisface por la navegacion á traves de las vías circulatorias, ó por la emigracion á traves de los territorios celulares. Esta es la gloria de Magendie, del maestro de C. Bernard, del fundador de la doctrina experimental, mejor dicho, de la introduccion de la experimentacion en fisiología.

Este gran maestro no llegó, sin embargo, á plantear la cuestion de la experimentacion tal y como debía presentarse, es decir, metódica y filosóficamente; no llegó á poner la medicina en la categoría de las ciencias experimentales, quedando todavía en su tiempo como ciencia de observacion únicamente. Experimentaba con valentía, pero sin método; era el iniciador de la idea, pero no llegó á ser su generalizador, ni mucho ménos alcanzó la gloria de dar reglas prácticas y seguras para seguir y aprovechar tanto como se podía la experimentacion en medicina. Nuevo Moisés, sólo vió la tierra de promision que su constancia, su talento y sus dotes habían preparado; su pueblo hebreo era la juventud médica de principios de este siglo, que ha encerrado en sí toda la fe y toda la constancia necesaria para acabar con la tradicion y romper los estrechos moldes del dogmatismo, que se cubría con el sagrado nombre de Hipócrates, pero que no tenía las eminentes dotes del célebre observador. El vitalismo absoluto, como todas las escuelas absolutas, no tenía razon de ser; la vida era tan discutible en su esencia como en su forma, el libre exámen de las doctrinas médicas tenía que ser para esta ciencia, lo que el libre exámen fué para la razon en las cuestiones teológicas, luz fecunda de descubrimientos, que se hallaban vedados en tanto que fué necesario creer con fe ciega en los dogmas, por irracionales y anticientíficos que fueran.

Este libre exámen por una parte, y los experimentos y los descubrimientos microscópicos por otra, cambiaron la faz de las doctrinas médicas en su teoría y en su aplicacion á la práctica.

Los Schwan, los Bichat, los Broussais, los Legallois, los Magendie y tantos otros, unos en un bando, otros en otro, unos en los estudios teóricos, otros en los prácticos, éstos en la medicina propiamente dicha, aquéllos en las ciencias médi-

cas y auxiliares, todos contribuyeron al engrandecimiento y adelantamiento que tan marcado se ve al contemplar desapasionadamente en la historia la última mitad del siglo xvii y todo el xviii y principios del xix.

Allegando materiales, abriendo los cimientos, acumulando capital para la obra, estos genios no tenían otro lema que *adelante*; pero no pudieron preconcebir el plan y madurarlo; sólo querían destruir lo inútil y lo falso, y acumular medios para elevar un edificio fuerte y duradero. Hacía falta un genio que ideara y trazara los planos de la nueva obra, que la diera unidad, y que tal vez reuniera materiales, porque aún cuando inmensos, no eran todavía suficientes para empresa de tan colosales proporciones.

II.

Nació Claudio Bernard en Saint-Julien, cerca de Villefranche, el 12 de Julio de 1813 (1).

Con objeto, según unos biógrafos, de dedicarse á la literatura, de dedicarse á la medicina, llegó Cl. Bernard á Paris en 1832. Rico de imaginación, su equipaje fué una tragedia que no llegó á representarse, y una comedia que obtuvo mediano éxito. Tal fué el principio de la carrera de uno de los hombres más grandes de la Francia contemporánea. Vocación errada que hubiérase malogrado si otro hombre, grande también, no le hubiera desengañado. M. Guizot le aconsejó que siguiera un oficio que le diera de comer.

Sintiendo algo que valía mucho dentro de su cerebro, debió decir con Chenier, «aquí hay algo,» y se dedicó á una de las ciencias de más difícil estudio y de mayor abnegación. Matriculóse en medicina, é interno en 1839, no reveló todavía su genio; preñado su cerebro de grandes ideas, pugnando por salir de aquella estrecha cárcel, rompieron, y cual torrente desbor-

(1) *Vulpian*.—Discurso en los funerales de Cl. Bernard.

dado aparecieron en el campo de la medicina: el jugo gástrico, el estudio sobre el pneumogástrico, sobre el nervio espinal y otros muchos cayeron como una revelación entre los estudiantes y los médicos. Inerte, pero con fuerza, necesitó el impulso que sus ideas recibieron, al ver al gran Magendie experimentar y buscar la solución de los grandes problemas en los hechos y en los experimentos; desde este momento no hay tregua ni descanso, y C. Bernard se lanza en este camino con tal fe, que al escepticismo de su maestro sustituye la creencia de que nada se verifica que no esté *determinado* por leyes invariables, de que no hay dos físicas, ni dos químicas, sino leyes inmutables é inherentes á la materia, que se cumplen allí donde se realizan las condiciones necesarias para que se realicen; que la mecánica es una, así se apliquen las leyes á los infinitamente pequeños del mundo microscópico, como á los infinitamente grandes del mundo sideral.

A su voz huyeron los espíritus impalpables, los seres ontológicos, recuerdos de una antigüedad pasada y gloriosa, pero llena de errores; la vida no era un misterio, no era una cosa aparte, no se regía por leyes especiales; la creación, el secreto de la ovulación iba siendo claro; el milagro murió á los golpes de su escalpelo, envenenado con sus tóxicos.

Se le objetaba, y respondía con un experimento más; la sensibilidad es una propiedad exclusiva del reino animal, se le decía, y C. Bernard dormía á sus vegetales, como los antiguos mesmerianos dormían á sus magnetizados; los decía dormid, y les producía el sueño anestésico, con los mismos agentes que se duerme al hombre, al sér dotado de conciencia.

Estos hechos fueron cada vez más convincentes, y la fisiología navegó en mares seguros; su brújula, el experimento, le marcó seguros derroteros, y su faro, la contraprueba, la franca entrada del puerto; segura de vientos contrarios, dejó de ser la débil barquilla combatida por recios temporales para convertirse en la fragata de hélice que, armada con los auxilios de la ciencia, desafía y triunfa de las más deshechas tempestades.

Pero C. Bernard no era sólo el hábil experimentador, el orador convincente, que lánguido al principio, se enardecía y se elevaba, era más que todo esto, era la encarnación del espí-

ritu investigador con el espíritu metódico. Ha sido el fundador del método en fisiología; á la experimentacion localizadora de los antiguos, á la experimentacion desordenada de Magendie, sustituyó C. Bernard el método, y ésta es una de sus mayores glorias.

A esto se debe que hoy casi consideramos imposible cómo en el transcurso de una sola vida se hayan podido hacer tantos y tan importantes descubrimientos. Sin método le hubiera sido imposible á C. Bernard descubrir la accion de las glándulas digestivas, las funciones del páncreas, la glucogenia animal, la diabetes y su patogenia, los nervios vaso-motores, constrictores y dilatadores, la teoría del calor animal, y por último, consagrar el tiempo que consagró á la toxicología como medio de análisis en fisiología. Sólo al genio le es dado tamaña empresa.

Ajeno á las glorias y pompas oficiales, modesto y cariñoso, afable y discreto, su vida se deslizó en el laboratorio y el anfiteatro, en las academias y en su bufete, donde los trabajos se escribían casi improvisando, y tenían el sello de la espontaneidad y de la verdad. Los honores le buscaron, y al aceptarlos los honró, que hombres de su talla son los que hacen deseadas las condecoraciones á aquellos que, incapaces de ganarlas, se creen iguales á los genios al conseguirlas.

El trabajo asiduo, tal vez la influencia deletérea de la viciada atmósfera del laboratorio y del anfiteatro, minaron su salud, y hubo de retirarse del seno de su hogar al retiro de su niñez para respirar y absorber en aquellos rientes lugares, cual son siempre los en que se deslizan nuestros primeros años, la savia que había de sostenerle algunos años más para la ciencia y para sus amigos. Pero aún allí su genio no le dió tregua, y escribió su obra más meditada, la *Introduccion al estudio de la medicina experimental*, en la que prologó sus ideas acerca de la obra que quería emprender de la aplicacion del método experimental á la medicina.

No cabe en los límites de un artículo reseñar paso á paso la vida de un hombre que parece por su actividad y sus resultados una generacion, que él sólo hizo en el corto transcurso de su vida más descubrimientos que todos los fisiólogos de un

siglo. El secreto estaba en que él era el creador del método, el que ha elevado á la medicina desde ciencia de observacion á ciencia experimental.

Tal fué C. Bernard; su nombre pasará al gran libro de la historia, que es el resúmen de la humanidad: ¡dichosos aquellos que logran trazar en su camino una estela brillante y duradera! ¡dichosos aquellos cuyo nombre y cuya celebridad no han costado lágrimas, ni su nombre se halla escrito con sangre, si heroica, sensible siempre! ¡Gloria á los bienhechores de la humanidad!

III.

No sólo C. Bernard era el hombre de trabajo, no sólo era el hábil experimentador, sino que tambien era incansable escritor; los periódicos, los boletines de las academias, los libros están llenos de notas, comunicaciones y artículos. Más adelante, sus obras fueron la expresion de sus ideas, que llevaron á los más recónditos confines aquellos ecos de su laboratorio, que se escapaban para ilustrar y guiar por nueva senda á las generaciones médicas. Tienen sus obras el carácter de lecciones recogidas, en las que palpita viva la idea, campea el lenguaje siempre animado de la cátedra, y se ven y se tocan los experimentos que con tal seguridad practicaba en la cátedra. Al leer á C. Bernard, el ánimo va alcanzando paso á paso esa seguridad que da el haber hecho una cosa, y es que está de tal manera claramente explicado, que duda uno algunas veces si lo que lee es recuerdo de algo que ha visto ó ejecutado por sí mismo. Las lecciones sobre la funcion glucogénica del hígado, las que explicó en el Museo de Historia Natural, todas, en fin, son reflejo de aquella potente imaginacion y aquel frio razonamiento, hijos del que cree, del que sabe y del que siente.

En todas las obras de C. Bernard resalta la idea fundamental de apropiar, modificándole en los accidentes, el méto-

do de investigación de las creencias fisico-químicas á las ciencias biológicas. El método analítico y experimental, ayudado del criterio razonador. La alianza de uno y otro fueron los objetivos que le guiaron, porque estaba seguro de que solamente ayudado por estos dos motores, la medicina saldría de la rutina, dejaría de ser patrimonio del ignorante milagrero, del atrevido empírico ó del confiado vitalista, que con el auxilio de la fe, de la ignorancia ó de la confianza, en la fuerza medicatriz, más que médicos, son meros espectadores de la muerte, para llegar á ser, como de derecho le correspondía, la ciencia de la vida y de la muerte, ó mejor dicho, la ciencia de la creación, porque crear es vivir.

Además de estas cualidades, tienen las obras de C. Bernard las galas del estilo. Fué un escritor castizo hasta el punto de alcanzar un puesto en la Academia Francesa, en reemplazo de otro célebre médico, de Flourens. Su discurso versó sobre la ciencia fisiológica, aplicada al estudio de la idea, expresión la más grande de todas las actividades cerebrales.

Con estas dotes de sabio filósofo, de hábil experimentador, de catedrático infatigable y de escritor distinguido, no podía menos de suceder que C. Bernard ejerciera gran influencia en la marcha y adelantamiento de la medicina.

Y con efecto, la influencia de C. Bernard ha sido decisiva, porque rompiendo con lo tradicional, se encuentra la medicina á la misma altura y en el propio camino que sus hermanas las ciencias fisico-químicas. Reunidos en un grupo, y constituyendo la ciencia biológica, marchan hoy en la vía experimental todos los ramos de la ciencia médica.

A las entidades ontológicas de la fiebre se ha sustituido la teoría de la combustion, en la trama íntima de los tejidos; á la falsa teoría, á la elucubración teórica, se responde hoy con el hecho, el experimento, la prueba y la contraprueba, unidas y auxiliadas por la razón y el libre exámen de las ideas. No hay ni puede haber ante este método y por este procedimiento escuelas exclusivistas, que juzgándolo todo por un criterio, arrastradas muchas veces por la pasión, son los mayores obstáculos al adelantamiento de la ciencia.

Tal fué C. Bernard al borrarse su nombre del libro de los

vivos: al desaparecer de entre nosotros, queda el alma posible de este siglo, es decir, sus obras y su influencia; queda su nombre grabado en las páginas en que la gloria escribe los grandes nombres para recuerdo y aspiración de las generaciones presentes.

Madrid, Enero de 1879.

ANTONIO ESPINA Y CAPO,

Médico del Hospital Militar.





EL MOVIMIENTO FILOSÓFICO.

EL DARWINISMO Y LA MORAL.

I.

No puede negársele al hombre la facultad de discernir el bien del mal. Aprueba actos de que es autor ó testigo, vitupera otros, y para hablar estrictamente, juzga que los motivos que le hacen obrar son buenos, inocentes ó malos, y cuando se trata de otro, los actos que sólo es lo que puede conocer directamente, son para él signos exteriores, motivos semejantes á aquellos de los que la conciencia le revela interiormente en la existencia y los caracteres. Esta facultad que aprecia los motivos de los actos libres, menosprecia unos y glorifica otros, es lo que se llama el *sentido moral*.

Hasta aquí todos los moralistas están de acuerdo; pero sobre el origen de esta facultad difieren profundamente. En todas las épocas de la historia de la filosofía dos escuelas antagónicas se hallaron frente á frente: una, la de los moralistas *intuicionistas*, pretende que el sentido moral es una facultad primitiva, irreductible, innata; que, por la institucion del Creador, sus juicios tienen una evidencia inmediata; que son inmutables, absolutos, sin apelacion; que son, á traves de los

sofismas del interes y el tumulto de las pasiones, el eco más ó ménos debilitado de la voz de Dios mismo en el alma humana. La otra escuela, la de los partidarios de la moral *inductiva* ó *derivada*, no niega la autoridad actual del sentido moral; pero se niega á ver en esta facultad no sé qué oráculo misterioso y sobrenatural, se propone reducirla á elementos más sencillos que cree hallar en las experiencias de utilidad y las reflexiones que éstas han sugerido gradualmente á la imaginacion de los hombres. Aquí no podemos; ni aún del modo más somero, indicar las diferentes formas que sucesivamente ha revestido la doctrina utilitaria, y por qué sutiles explicaciones ha intentado deducir de las tendencias egoistas de nuestra naturaleza, el desinteres, carácter esencial del único motivo que aprueba el sentido moral. Todo lo que nos proponemos en este estudio, es demostrar bajo qué punto de vista nuevo el evolucionismo envuelve ese gran problema agitado desde la aurora de la filosofía por todos los teóricos de la ciencia de las costumbres. Llenar el intervalo que separa al hombre de la bestia, haciendo del sentido moral un simple desarrollo de facultades que pertenecen á cierta especie de animales, hé aquí, sin duda, una de las más caras ambiciones del evolucionismo; vencedor en esta cuestion especial, no estaría lejana su victoria en toda la línea.

¿Cuál es, pues, segun Mr. Darwin, el órden de sentimientos comunes al animal y al hombre de donde pudo derivarse, por vía de evolucion, el instinto superior y exclusivamente humano de la moralidad? Son los sentimientos sociales. Los individuos de varias especies de insectos, aves, mamíferos, viven en bandos; este modo de existencia debió necesariamente desarrollar en ellos disposiciones mentales correlativas. Por débil que sea su inteligencia, les representa sin cesar á sus compañeros como condiciones permanentes de su propia vida; de aquí, una simpatía, confusa aún, que los lleva á encontrar algun placer en la sociedad de sus semejantes y á prestarse mutuos servicios. Estos sentimientos y estos servicios no se extienden, por otra parte, á todos los individuos de la especie, sino sólo á aquellos que forman parte de la asociacion. Supongamos ahora capacidades intelectuales más altas. El cerebro del ani-

mal puede conservar durante algun tiempo el recuerdo, ó por mejor decir, la imágen de sus acciones pasadas y de los motivos que las determinaron. Las que él reconoce conformes al sentimiento de simpatía que le unió á los individuos de su comunidad, le causan ese género de satisfaccion que experimenta todo sér cuando obedece á un instinto poderoso y duradero. ¿Ha cedido á algun impulso contrario y temporalmente violento? Sufre por ello, porque el instinto social, por un momento vencido, no por eso deja de tener, por su misma persistencia, una fuerza más grande que otra cualquiera en el animal que vive en sociedad.—De aquí algo que se asemeja al remordimiento, y esta pena, sentida más ó ménos vivamente, no puede sino fortificar el instinto, que con ella se venga de la violencia que se le hizo.

Viene ahora el lenguaje que permite á los individuos de la asociacion expresarse mutuamente sus deseos; se formará una opinion comun acerca del modo segun el cual cada uno debe concurrir al bien público, y se convertirá poco á poco en la regla principal de conducta. Tiene por sancion la alabanza, la estimacion, el desprecio y el vituperio, cuyo poder está fundado en la simpatía y que contribuyen en tan gran manera á la felicidad ó desgracia de los individuos que forman el grupo social. Añadid, en fin, la costumbre, que no sólo fortifica los instinto sociales, sino que transforma, por decirlo así, en móviles instintivos las prescripciones, áun las más arbitrarias, de la opinion pública, y tendremos, segun Mr. Darwin, todos los elementos que, por su operacion simultánea ó sucesiva, explican la génesis del sentido moral en el hombre.

El sentido moral tiene, pues, su arraigo en los sentimientos sociales; ahora bien, éstos no son privilegio exclusivo de nuestra especie. La sociabilidad, doquiera que existe, implica ya alguna moralidad rudimental. Por tanto, las condiciones esenciales de la moralidad, se encuentran en ciertas partes, al ménos, del reino animal. Cierto es, como acaba de verse, que el lenguaje representa un gran papel en esta evolución que de los sentimientos sociales deriva el sentido moral; y áun en el caso en que el análisis precedente fuera exacto, la facultad del lenguaje pudiera marcar siempre un límite infranqueable en-

tre el hombre y la bestia; pero, ante este último obstáculo, el transformismo no se confesará vencido, tratará de sorprender también en la animalidad los orígenes de la palabra humana y se lisonjeará, desde entónces, de haber establecido su tesis por completo.

II.

Hemos señalado, según Mr. Darwin, las diferentes fases por que debió pasar la evolución del sentido moral desde la animalidad hasta el hombre; réstanos justificar estas consideraciones teóricas con el testimonio de los hechos.

No hay que probar que ciertas especies viven en bandos; nadie piensa en negarlo. Es notorio que se encuentran especies distintas, que viven juntas, por ejemplo, bandadas unidas de grajos y estorninos. Pero, ¿en estos animales la sociabilidad implica una simpatía real? Basta para convencerse de ello cuán desgraciados son los perros y las ovejas, etc., cuando se les separa de sus compañeros, y qué alegría manifiestan cuando se les reúne. Esta simpatía no es inactiva; se traduce por los servicios recíprocos más variados. Se advierten mutuamente del peligro, sea con sus gritos, sea por su actitud, sea por cualquier otra señal. «Los conejos golpean fuertemente el suelo con sus patas posteriores, los carneros y los gamos hacen lo mismo con las patas delanteras, lanzando un silbido. Muchas aves y algunos mamíferos ponen centinelas... Los animales sociables se prestan una multitud de servicios: los caballos se rascan y las vacas se lamen mutuamente en los puntos en que sienten comezon; los monos se expulgan unos á otros los parásitos exteriores, y Brehm asegura que cuando una banda de *circopithecus grisæoviridis* atraviesa la maleza espinosa, cada mono se extiende por turno en una rama, y en seguida le registrá uno de sus compañeros, que examina con cuidado su piel y le extrae todas las espinas (1).»

(1) *La dependencia del hombre.*

La simpatía en los animales sociables llega á veces hasta el heroísmo. Los monos tienen sus Decios y sus Coclés. Brehm ha visto en Abysinia á un babuino hacer frente á una jauría de perros para arrebatárles un cachorro que iban á despedazar. «Hace algunos años, dice Mr. Darwin, un guarda de los *Zoological Gardens* me enseñó algunas heridas profundas apenas cicatrizadas, que le hizo en el cuello un babuino feroz al acercarse á él. Un monito americano, gran amigo del guarda, vivía en el mismo compartimento y tenía un miedo horrible del babuino. Pero, cuando vió al guarda en peligro, lanzóse en su auxilio y atormentó de tal modo al babuino con sus mordeduras y gritos, que el hombre, despues de correr gran riesgo, pudo escapar á la muerte.» Otros hechos más conmovedores acaso revelan una simpatía que se asemeja á la caridad. Se cita un pelicano, viejo y completamente ciego, que durante mucho tiempo fué alimentado por sus compañeros. El mismo caso se ha observado en cuervos indios y en un gallo doméstico. Mr. Darwin ha visto un perro «que no pasaba nunca junto á cualquiera de sus amigos sin lamerle al paso, señal cierta de un buen sentimiento.»

Así la simpatía, hija de la sociabilidad, hace nacer á su vez actos conformes con el interes de la comunidad, y si la utilidad general es en el hombre el criterio de una conducta moralmente buena, ¿cómo no atribuir ya al animal sociable un principio de sentido moral? Se dirá que el animal en los ejemplos que acaban de citarse no hace más que obedecer ciegamente á un instinto irresistible, que no hay en él esta lucha entre impulsos contrarios, esta eleccion deliberada de un motivo que constituyen verdaderamente la moralidad de los actos humanos y el mérito de la virtud. Pero responde Mr. Darwin, que todo induce á creer que el animal conoce estos combates interiores, y que su voluntad entra por algo en el triunfo del instinto social sobre otros manifiestamente más egoistas. Cuando, para salvar al guarda á quien quiere, el monito de América se lanza sobre el gran babuino, del que tiene tanto miedo, ¿créese acaso que no tiene conciencia del peligro? Sin duda sabe que arriesga su vida: el sentimiento de conservacion personal protesta contra la heroica locura que va

á intentar: vacila: despues de una deliberacion rápida como el relámpago, se decide: ¿con qué derecho se le ha de negar el mérito de su abnegacion?

El remordimiento, que queremos hacer triste privilegio de nuestra especie, tambien lo conoce el animal. Hemos indicado anteriormente la explicacion que de él hace en teoría Mr. Darwin. Los hechos parecen confirmarla. Se observa frecuentemente en los animales luchar entre diferentes instintos ó entre instintos y tendencias habituales: se verá, por ejemplo, una perra, indecisa entre el amor á sus hijos y su afeccion á su amo, ocultarse para ir con los primeros, con aire vergonzoso, por no acompañar al segundo. Esta vergüenza es la expresion de un remordimiento que experimenta por haber obedecido á un instinto actualmente más fuerte que una costumbre adquirida en mucho tiempo y cuya influencia es constante. Cuando llega el momento de emigrar, nada detiene á las aves viajeras, y no es raro en otoño que las golondrinas abandonen á sus hijos en los nidos. Suponed en estos animales cierto grado de potencia mental: ¿qué remordimientos no experimentarán al ver despues incesantemente pasar por su espíritu la imágen de los infortunados que dejaron allá léjos, en las nieblas del Norte, pereciendo lentamente de frio, de miseria y de hambre?

Si la sociabilidad es, como pretende Mr. Darwin, la condicion de una especie de moralidad rudimental en el animal, podemos preguntarnos cuál es el origen de la sociabilidad misma. Los principios generales del evolucionismo dan una respuesta fácil á esta cuestion. El instinto social no es probablemente más que una extension de los sentimientos domésticos. En ciertas especies, los pequeñuelos, en vez de separarse de sus padres despues del período de la infancia, permanecen accidentalmente con ellos: despues, al cabo de algunas generaciones, la familia da origen á una tribu. En la lucha por la existencia la ventaja es evidentemente para estos grupos en que las fuerzas y los recursos de cada uno están puestos al servicio de la comunidad: bien pronto habrán suplantado á los individuos aislados: la costumbre de vivir en comunidad, transmitida á los supervivientes por vía hereditaria, se ha convertido poco á poco en parte integrante de la constitucion mental de la espe-

cie: está como impresa en el organismo: se ha transformado en instinto.

La misma explicacion sirve para el origen y el desarrollo de las afecciones domésticas, origen de la sociabilidad. Pero es patente que el evolucionismo se estrella aquí contra una dificultad. Trátese de los sentimientos de familia ó del instinto social, la seleccion natural y la herencia bastan próximamente á dar cuenta de sus desarrollos: es el origen primero que, á despecho de todos los esfuerzos de la teoría, permanece en misterio. Como se niega toda disposicion providencial y, por otra parte, no es fácil atribuir, sea al concurso de las fuerzas ciegas de la materia, sea á la voluntad reflexiva del animal, la formacion de una costumbre que más tarde se ha de convertir en un instinto, es preciso, para salir de la indecision, recurrir á la cómoda y arbitraria hipótesis de las *variaciones accidentales*, expresion que, en el sistema transformista, encubre mal la ausencia de causa suficiente ó el azar. Si en la totalidad de machos y hembras que primitivamente, una vez satisfecho el apetito sexual, se hacían extraños uno á otro ó abandonaban á sus pequeños despues de darles el sér, algunos individuos se ocuparon de prolongar su union y de formar una familia duradera, ciertamente fué para ellos y su posteridad una idea feliz en la lucha por la vida; y se comprende que á la larga sólo su descendencia haya sobrevivido. Pero esta inspiracion de genio, ¿de dónde pudo ocurrírseles? A ménos de suponerles una intuicion verdaderamente milagrosa de los principios darwinianos y de la importancia de la seleccion natural, forzoso es admitir que obraron sin motivo, sin impulso preexistente, porque tal impulso sería ya el instinto mismo cuyo origen se trata de explicar. Lo que equivale á decir que un acontecimiento puramente fortuito es aquí el punto de partida de toda la evolucion ulterior. Ahora bien; una filosofía que atribuye al azar tal papel, se denuncia como incapaz de dar una explicacion científica.

III.

Que las condiciones de la moralidad en el hombre sean esencialmente las mismas que en los animales sociables, esto es lo que establecen, según Mr. Darwin, las inducciones más legítimas y los hechos más probados.

El hombre es un animal sociable, busca naturalmente la compañía de sus semejantes ó de algunos de ellos. Un estado de aislamiento absoluto que hubiera precedido á la institucion de la familia es la más quimérica de las hipótesis. Es también poco probable que las familias fuesen en su origen completamente extrañas unas á otras; hoy día se encuentran también en ciertos países salvajes familias solitarias errantes, ó formando pequeños grupos de dos ó tres familias; «pero, dice Mr. Darwin, conservan siempre relaciones de amistad con otras familias que habitan en la misma region. Estas familias se reúnen á veces en consejo, y se unen para la defensa común.» Si la familia es contemporánea de la humanidad, la tribu á su vez parece ser contemporánea de la familia.

Todo induce á creer que este instinto de sociabilidad es en el hombre una herencia de sus antepasados simios; debe también heredar de ellos cierta simpatía, alguna tendencia á la fidelidad hácia sus semejantes, acaso alguna aptitud al imperio de sí mismo y algún sentimiento de obediencia al jefe de la comunidad.

Ninguna sociedad, por rudimental que se la suponga, podría subsistir fuera de estas condiciones. Añadid como consecuencia casi indispensable una tendencia hereditaria á defender á sus semejantes con el concurso de los demás, á socorrerlos, con tal que esto no sea demasiado contrario á su propio bienestar ó á sus deseos, y tendreis todos los elementos morales transmitidos al hombre directamente por los monos antropoides de que desciende.

Esta simpatía instintiva que impulsa á los hombres á socor-

rerse mutuamente, no los determina á cualquier accion especial, como acontece en los animales sociales que ocupan lo último de la escala en una disposicion general cuyas manifestaciones varían segun las circunstancias. Merced á sus facultades intelectuales más elevadas, el hombre no necesita que la naturaleza le dicte de qué manera debè ayudar á sus semejantes; la razon y la experiencia le sirven aquí de guía.

Hemos visto cuál es, segun Mr. Darwin, la importancia del lenguaje para el desarrollo de los sentimientos sociales, y por consiguiente del sentido moral en la especie humana. Si se considera ahora que los sentimientos de amistad y de simpatía, el imperio sobre sí mismo, se fortifican por la costumbre; que el poder, gradualmente mayor, del raciocinio permite á cada cual apreciar más sanamente la justicia de los juicios de sus semejantes, «se comprenderá, dice Mr. Darwin, que el hombre se sienta inclinado independientemente del placer ó de la pena que experimenta en el momento, á adoptar ciertas reglas de conducta. Puede decir entónces: Yo soy juez supremo de mi conducta, y para emplear la expresion de Kant: No quiero violar en mi persona la dignidad de la humanidad.»

El remordimiento se explica en el hombre de la misma manera que en los animales. ¿Por qué ese amargo pesar de haber cedido al sentimiento de la conservacion más que á la simpatía que nos impulsa á arriesgar nuestra vida para salvar la de nuestros semejantes? ¿De dónde se origina el que nos creamos obligados á sacrificar tal deseo á tal otro, y estamos descontentos de nosotros mismos si obramos de otra manera? «Es, contesta Mr. Darwin, que en virtud de sus capacidades intelectuales superiores, el hombre se representa incesantemente los motivos de sus acciones pasadas. ¿Ha obedecido, por ventura, á algun deseo egoista temporalmente más fuerte que el instinto social, el hambre por ejemplo, ó el amor de la venganza? Este deseo, una vez satisfecho, ha perdido la mayor parte de su poder; así es cómo un hombre harto difícilmente se imagina cuán terribles son los aguijones del hambre. Pero la simpatía, por un momento vencida, ha conservado la vivacidad duradera, siempre igual á sí misma, que tanto debe á las necesidades y hábitos de la vida en comunión, como á una acumulacion

hereditaria prolongada durante innumerables generaciones. El hombre se representa, pues, la acción que hubiera estado conforme con sus instintos sociales; la compara á la que le han inspirado en sentido absolutamente contrario sus tendencias egoistas, tan enérgicas poco há, y tan debilitadas ahora; no puede apercibirse de que la violencia pasajera de éstas se desvaneció desde que se sucumbió ante la fuerza permanente de aquéllos; juzga por tanto que en definitiva es el instinto más débil que ha triunfado. De aquí un sufrimiento, porque todo instinto profundo, cuando se ve contrariado, engendra un sentimiento de malestar de naturaleza especial: aquí este sufrimiento es el remordimiento.

Puede suceder que en algunos hombres la simpatía sea de excepcional debilidad, y que después de haber realizado un acto contrario al bien del prójimo, la tendencia egoista que á ello les impulsó les parezca aún tan fuerte ó más fuerte que el instinto social. Estos son incapaces de remordimientos; pero tienen comunmente conciencia de que si su conducta fuese conocida de sus semejantes, éstos la reprobarían, y es muy raro que la simpatía falte hasta tal punto para que tal pensamiento no cause un sentimiento penoso. Pero el caso no carece de ejemplos. Hay hombres que se ven impulsados al mal por instintos más poderosos que todos los sentimientos altruistas, en los que no hace mella la reprobación pública, y á los cuales sólo puede detener el temor del castigo. Monstruos en lo moral como otros lo son en lo físico, arrastrados al crimen por la fatalidad de su naturaleza incompleta, no sabrían declararse verdaderamente responsables de lo que hacen, aunque la ley tenga aún derecho á alcanzarlos en nombre de la seguridad general. Numerosas observaciones han demostrado, en efecto, que la conciencia no existe en absoluto en los más grandes culpables.

Mr. Darwin adopta aquí una teoría desarrollada con talento por M. Despine en su importante obra sobre la *Psicología natural y mórbida*, y más recientemente en su libro sobre *La locura bajo el punto de vista psicológico*. Esta teoría no tenemos que discutirla aquí: contentémonos con decir que parece ser una consecuencia bastante rigurosa de los principios sentados

anteriormente. Si la moralidad no es en el hombre otra cosa más que el resultado de un conflicto entre instintos antagónicos transmitidos por herencia, es claro que el individuo no es responsable de la energía ó la debilidad original de sus instintos. Uno de ellos, el de la simpatía, ¿falta? Inclínase fatalmente hácia el mal, y la fuerza del impulso que le arrastra se iguala á la de los deseos egoistas que la simpatía no combate. La libertad, la razón nada pueden aquí; todo se reduce á un problema de mecánica.

IV.

La teoría darwiniana sobre el origen del sentido moral, pretende hallar una comprobación experimental en la historia del progreso humano. Todo cuanto podemos colegir de las épocas primitivas, todo lo que sabemos de los salvajes, nos demuestra que las virtudes sociales sólo se estiman en principio. Ninguna tribu podría subsistir evidentemente, si el asesinato, la traición, el robo, etc., fueran habituales: así es que estos crímenes se castigan, pero sólo cuando se cometen contra individuos de la tribu; respecto á los extranjeros, no hay iguales sentimientos.

El interés de la tribu es para el salvaje el único criterio de la moralidad más ó menos vagamente concebido; el sentimiento social, la simpatía, no han traspasado aún los estrechos límites de un corto grupo. Y por lo mismo que es pequeño y está rodeado por todas partes de hostilidades implacables, cada uno de sus miembros debe estar pronto á sacrificarlo todo por la salvación de los demás. La conciencia de esta necesidad se ha convertido en un instinto, porque en la lucha por la existencia sólo estas ideas quedaron incólumes en las comunidades primitivas, en las que se desarrolló en alto grado el sentimiento de la solidaridad común. Así se explica que, hasta en el seno de la tribu, ciertos crímenes que nos horrorizan no excitan ninguna reprobación, y se ven alentados por

la opinion pública. ¿Quién no sabe, por ejemplo, cuán frecuente es en los salvajes la práctica del infanticidio, sobre todo con las niñas? Es porque importa, en medio de las privaciones y peligros de todo género que asedian la vida de estas desdichadas poblaciones, no tener muchas bocas que alimentar.

Los varones sirven desde muy pequeños para la pesca, la caza y la guerra: se los puede conservar: las hembras, que sólo sirven al principio para comer, se sacrifican (1). Por la misma razon se inmola ó entierra vivos á los padres viejos y enfermos.—De igual modo se ve que ciertos animales abandonan á sus heridos compañeros ó los persiguen hasta la muerte, temiendo sin duda que las fieras, incluso el hombre, no se vean tentadas á seguir el rebaño.

Las virtudes privadas, cuya utilidad social no es evidente para espíritus poco reflexivos aún, no fueron en el principio objeto de ninguna estima. La prueba que de ello da Mr. Darwin, es que la castidad es casi desconocida entre los salvajes. El valor, por el contrario, se ve muy honrado, porque en las condiciones primitivas de la existencia humana, aquel á quien ningun peligro espanta y ninguna tortura hace palidecer, puede prestar á la tribu los mayores servicios.

A medida que el nivel de la inteligencia se eleva en el seno de la humanidad y que los pueblos pequeños se reúnen en grupos más considerables, cada cual siente que debe extender sus instintos sociales y su simpatía á todos los individuos de la nacion á que pertenece. De aquí el patriotismo, sentimiento que, en la antigüedad clásica, fué por tanto tiempo inseparable del odio al extranjero. Un paso más y el género humano entero no aparece ya más que como una vasta ciudad gobernada por las mismas leyes y sus ciudadanos se deben un mutuo amor. Este progreso lo realizaron los estoicos; se vieron poderosamente ayudados por la conquista romana que, derribando las antiguas barreras entre los pueblos, hizo pasar á los hechos la utopia de una misma patria, comun á todos los hombres (2).

(1) Véase Lubbock, *Orígenes de la civilizacion*.

(2) Mr. Alf. Barratt (*Physical Ethics*) parece atribuir á la formacion del

Llegado á este punto, el hombre comprende que los animales mismos, capaces como él de goce y sufrimiento, tienen derecho á su compasion y que, segun la bella expresion de Bentham, la cadena de oro de la simpatía debe enlazar á toda la naturaleza viviente. Esta es la última de las adquisiciones morales. Tal sentimiento es completamente desconocido á los salvajes, excepto para sus animales favoritos. No ménos extraño fué á los antiguos romanos, como lo prueba los detestables mataderos del circo. Los estoicos parecen haber tenido de él alguna conciencia; los primeros anacoretas lo popularizaron (1) en el seno del cristianismo naciente; la escuela utilitaria de Bentham le ha dado importante puesto entre las condiciones de la virtud; y la filosofía transformista, proclamando el origen animal del hombre, debe contribuir todavía á su desarrollo.

Pero si el interes social fué primitivamente la medida de la moralidad, ¿por qué las intuiciones del sentido moral nos parecen hoy dia tan completamente independientes de toda experiencia de utilidad, sea general ó particular? Conocida es la respuesta de Mr. Herbert Spencer á esta cuestion (2). Segun él los juicios morales no fueron primitivamente más que juicios relativos á la utilidad de ciertos actos; los que se reconocieron útiles, se convirtieron en objetos de aprobacion, y los que la experiencia demostró de efectos perniciosos, fueron objeto de vituperio. De aquí, se establecieron asociaciones, en el espíritu de los primeros hombres, entre las ideas de estos actos y los sentimientos que provocaban; por la repeticion constante de las mismas observaciones, se convirtieron á la larga en indisolubles, quedando impresas con huellas más profundas en el cerebro. Transmitidas por herencia bajo forma de modificaciones orgánicas, acabaron por revestir todos los caractéres de un instinto. El recuerdo de las experiencias de utilidad que

imperio romano el nacimiento de las ideas estoicas, relativamente á la comunidad de naturaleza de todos los hombres y á la fraternidad universal. Creemos que hay aquí una inversion completa del órden histórico.

(1) Véase. Lecky, *History of European morals from Augustus to Charlemagne*, t. II, pág. 178 y siguientes.

(2) Carta á Stuart Mill citada por Bain en *Mental and moral science*.

las hicieron nacer se ha perdido poco á poco ; sólo la reflexion filosófica puede hoy dia hallar la huella y señalar la mision olvidada.

V.

Hemos creido deber exponer con algun detalle esta teoría ingeniosa y nueva sobre el origen del sentido moral. Réstanos ahora apreciarla. No discutiremos las inducciones de Mr. Darwin relativamente á la moralidad de los animales, habremos demostrado suficientemente su escaso valor si establecemos que en el hombre el sentido moral no puede derivarse del sentimiento social y de la simpatía.

El punto esencial de la teoría darwiniana, es que la sociabilidad es un instinto hereditario que, por su misma permanencia, adquiere una fuerza duradera, y en suma, superior á la de los impulsos egoistas que accidental y pasajeraamente pueden triunfar de ella. Nada nos parece más desacorde con la realidad de los hechos.

Que el hombre sea un sér naturalmente sociable, no se niega; pero todo induce á creer que en un principio el instinto de sociabilidad fuese muy débil y que las tendencias egoistas fuesen muy enérgicas. En medio de los peligros de toda especie que asediaban su vida, teniendo que luchar á la vez con las fuerzas aún indomables de la naturaleza, que en su ignorancia se le aparecían aún más terribles, contra los asaltos de las fieras y los de sus semejantes, más temibles que los carnívoros, el hombre primitivo no debió su salvacion sino á una prodigiosa intensidad del sentimiento de conservacion personal, á una inteligencia siempre despierta para evitar emboscadas sin cesar renacientes, á una actividad tan infatigable como ingeniosa para procurarse alimentos, armas y abrigo. No me figuro que, en tales condiciones, estuviera dispuesto á abandonar á sus semejantes una parte, por escasa que fuera, de sus medios de subsistencia ó de su grosero bienestar ; un egois-

mo inconsciente, pero implacable, y en suma, necesario, era el móvil supremo de su conducta. Admito que este egoismo cedía con bastante frecuencia á los más potentes impulsos del amor paterno ó materno, pero es difícil ir más allá en las suposiciones. Dudo de que la tribu haya existido desde el origen; la sociabilidad, ahogada por las amargas exigencias de la concurrencia vital, sin duda, dormitaba aún en lo más hondo del corazón humano, sólo la familia y la expansión de los sentimientos que ella inspira, fueron contemporáneas de la humanidad.

Los mismos salvajes, que hoy día está en moda invocar con cualquier motivo, parecen darnos una prueba de ello. «Entre los cafres, dice M. Casalis que ha vivido durante veintitres años en el Africa Meridional, toda desorganizacion política tiene por resultado inmediato un estado de licencia que el restablecimiento del orden puede únicamente hacer cesar.»—Segun los hermanos Lander, en Jenna (Africa Central), y en los distritos que la rodean «en cuanto una ciudad se encuentra privada de su jefe, los habitantes no reconocen ninguna ley; la anarquía, la confusion, las querellas, empiezan inmediatamente, y todo trabajo cesa hasta que se elije un nuevo jefe. Los más fuertes oprimen á los más débiles, y cometen toda especie de crímenes sin que se les pueda citar ante un tribunal para que respondan de sus actos. No se respetan ya las propiedades, y sucede á menudo, que ántes de terminar estos desórdenes, una ciudad hasta entónces floreciente y feliz, se ve reducida á todos los horrores de la desolacion (1).»

Estos son, sin duda, casos extremos, pero permiten, creemos, conjeturar bastante bien lo que debió pasar originariamente. Un sentimiento social, muy débil aún, no podía equilibrar por completo la fuerza de los impulsos egoistas. Así creeríamos de buen grado que, excepto algunas asociaciones pasajeras para el ataque ó la defensa, las primeras familias vivían generalmente en un estado de independendencia feroz, cuando no de hostilidad declarada unos contra otros. El primer lazo social un tanto duradero, fué probablemente la au-

(1) Citado por Lubbock, *Orígenes de la civilizacion*.

toridad del jefe guerrero escogido en la hora del peligro por su vigor ó su destreza. Vencedor, pudo prolongar fácilmente un poder que en principio sólo se le dió durante la lucha; su dura mano logró doblegar á la obediencia las voluntades rebeldes de los individuos que, acostumbrados lentamente al yugo social, acabaron por aceptar con docilidad la sucesion del mando en la familia del héroe.

Pero si el sentimiento social y la simpatía nos parecen haber sido impotentes para formar las primeras sociedades, no se sigue de aquí en manera alguna que á nuestros ojos la idea de lo justo no sea un elemento esencial y primordial de la naturaleza humana. Concebimos muy bien que existe y manifiesta su carácter imperativo, aún en ausencia de la simpatía. ¿Acaso en nuestras sociedades civilizadas, con esa moralidad superior que han desarrollado en nosotros tantas poderosas influencias, experimentamos una simpatía verdadera hácia cada uno de nuestros conciudadanos? No, indudablemente: y no obstante, tenemos conciencia completa de la obligacion en que estamos de ser justos con todos; y acaso esta conciencia es tanto más clara cuanto ménos llevados nos sentimos de simpatía hácia aquellos cuyo derecho se impone á nuestro respêto. Y si, aún hoy dia, la idea de lo justo se nos aparece en tal manera distinta de todo impulso sensible, todo induce á creer que, en principio, se reveló en la razon del hombre, no como efecto y consecuencia del instinto de sociabilidad, sino por el contrario, como un principio absoluto, obligatorio en sí y por sí, colocándose frente á frente de los deseos egoistas, entónces casi irresistibles, y haciendo irradiar en el tumulto de los apetitos brutales—tanto más luminosas, cuanto más turbada y oscura fué la noche,—esas dos antorchas del mundo moral: el deber y el derecho.

Pensamos, pues, que sólo la fuerza fundó las primeras sociedades aparte de la familia; pero no pudieron éstas perpetuarse más que merced al concepto y á la práctica de la justicia. La sociabilidad, la simpatía, concurrieron sin duda á la obra. Pero, segun nosotros, su importancia fué secundaria, su desarrollo lento y tardío. La razon y no la sensibilidad es la que hizo del hombre un sér moral y verdaderamente social.

En el seno mismo de la familia primitiva hay ya otra cosa que el bestial impulso del macho hácia la hembra, uno para otro y los dos para sus hijos. Cuéstame trabajo creer que los diferentes individuos que la componen no tengan conciencia, fuera de las afecciones que los unen, de ciertas obligaciones recíprocas y rigurosamente determinadas (1). Esto no quiere decir, entiéndase bien, que los primeros hombres concibieran con claridad y precision filosóficas los caractéres puramente racionales de la ley del deber. Los entreveían en una intuicion confusa y viva, y la obligacion se les manifestaba ménos en sí misma y directamente, que por el sentimiento completamente especial que experimentaban sin conformarse con él.

Este sentimiento es el remordimiento, y podríamos aceptar en grado alguno la explicacion que propone Mr. Darwin. Hacer del remordimiento un dolor producido por el instinto social, tomando en cierto modo su revancha de instintos egoistas que lograron conquistar sobre él un pasajero predominio, es ir torciendo el sentido de la verdad. Léjos de despertar la simpatía y de darle una fuerza nueva, el recuerdo del daño causado á otro, bajo el impulso de los deseos egoistas, más bien tendría por efecto hacer éstos más violentos y más implacables. El autor de un excelente artículo sobre el *Darwinismo en moral*, recuerda en este punto juiciosamente la frase profunda de Tácito: *Humani generis proprium est odisse quem læseris*, y añade: «Mr. Darwin supone, por el contrario, que despues de dar un bofeton acostumbramos á borrarlo con un beso. ¿En qué islas afortunadas tienen los hombres tal amor á los que pertenecen á su mismo grupo social, sin exceptuar las personas vulgares, las que inspiran aburrimiento ó repugnancia? Si estas naturalezas exquisitas son hoy dia una excepcion tan rara, cuando desde hace diez y ocho siglos el cristianismo emplea toda su influencia en desarrollar esta virtud de la mansedumbre, de que el mundo antiguo ha dado tan pocos ejemplos, ¿cómo suponer que nuestros incultos y groseros antepasados

(1) Véase un notable artículo de M. Renouvier, *La psicología del hombre primitivo, origen del sentido moral*.—*Crítica filosófica*, 24 de Diciembre de 1874.

de la edad paleolítica, ó de una época todavía más atrasada estaban convencidos de sentimientos tan humanos? Y que no se olvide que por lo ménos, en la gran mayoría de los hombres, no se produce un retorno á la simpatía hácia sus semejantes despues de haberse hecho culpables de injusticia con ellos, y no hay probabilidad posible para la formacion de este sentimiento *general* que Mr. Darwin supone nacido en la comunidad (1).»

Estas observaciones son perfectamente exactas. Añado que en la hipótesis darwiniana, nada explica la naturaleza especial del remordimiento y por qué se distingue tan profundamente de todos los demas sufrimientos. El sentimiento social no es más que un instinto: supongamos, en contra de toda verdad, que sea, en suma, más duradero y más fuerte que los demas: experimentase, si dego de satisfacerlo, una pena más fuerte, si se quiere, que la que experimento cuando cualquiera de mis instintos se ve contrariado, pero una pena del mismo orden, diferenciándose solamente en grado, no en esencia. Sufro por no poder comer teniendo hambre: sufro de haber cometido voluntariamente una injusticia: ¿no hay entre estos dos sentimientos más que una sencilla cuestion de cantidad? Mr. Darwin que ha previsto la objecion, se contenta con responder que la «sensacion del remordimiento es, á no dudar, diferente de las que provoca la falta de satisfaccion de otros instintos ó de otros deseos; pero todo instinto no satisfecho tiene su propia sensacion determinante, lo que reconocemos en el hambre, la sed, etc.» Pero precisamente esta *sensacion determinante* del instinto moral no satisfecho, es la que se trata de explicar. ¿Por qué, única entre todas, tiene este carácter que despierta infaliblemente en la conciencia la idea de una ley obligatoria desconocida, de la dignidad humana ultrajada en nosotros mismos y en el prójimo? ¿Y qué es todo esto, sino la prueba de que hay algo más que un instinto como los demas, más ó ménos fuerte que los otros y del mismo origen,—que hay en una palabra, un elemento racional que la sensibilidad por sí sola no contiene ni explica?

(1) F. Power, Cobbe, *Darwinim in morals*.

Tampoco podríamos aceptar sin reserva la exposición histórica que presenta Mr. Darwin del desarrollo moral en la humanidad, ni sobre todo las conclusiones que de ello deduce. Dudamos mucho, que en el origen, el hombre no haya conocido y practicado más que las virtudes de una utilidad social evidente, y ménos aún en los límites estrechos de la tribu. Puesto que se habla tanto de los salvajes, recordaremos la conmovedora bondad que las mujeres cafres demostraron á Mungo-Park, que era un extraño. Invocaremos la grave autoridad de Mr. Wallace, que se expresa así:

«Es desgraciadamente harto verdadero que la masa de nuestras poblaciones, no ha hecho ningun progreso sobre el código moral de los salvajes, y en muchos casos les es inferior.»

Preguntaremos aún si se está seguro de que el hombre primitivo haya ignorado por completo las virtudes privadas. Es preciso en la teoría de Mr. Darwin, puesto que la utilidad social es el único origen, la medida única de la moralidad, y que las virtudes privadas (exceptuando acaso el valor), no han podido juzgarse útiles á la comunidad sino despues de largas y numerosas experiencias. Pero no hay medio de creer que el hombre no haya estimado la castidad, la veracidad, etc... más que desde el dia en que se apercibió de que eran, en suma, más ventajosas que dañinas á sí mismo ó á los demas? Aquí la utilidad social está muy léjos de ser evidente: es preciso para descubrirla, un poder de reflexion que la humanidad primitiva no tenía ciertamente. Ahora bien, para la segunda de estas virtudes, Mungo-Park asegura haber oido á las mujeres negras enseñar á sus hijos el amor á la verdad. En cuanto á la castidad, la encontramos honrada, desde la aurora de los tiempos históricos, en una época en que probablemente se especulaba muy poco acerca de lo que es conforme ó contrario al interes público. Y si se insiste acerca de la *espantosa licencia* de los salvajes, acerca de los crímenes contra naturaleza, á los cuales se entregan sin asomo de escrúpulo, rehusaremos ver aquí algo más que el triste espectáculo de las razas degradadas que no pueden aspirar á reproducir fielmente la imágen de lo que fué el género humano en su cuna.

Admito, no obstante, que segun los tiempos y bajo la in-

fluencia de diversas condiciones exteriores, políticas, sociales, intelectuales ó religiosas, ciertas virtudes son más honradas, y por tanto se practican más generalmente que otras. Pudiera así determinarse de una manera aproximativa un orden histórico de sucesion en las virtudes. En la notable introduccion á la *Historia de la moral en Europa desde Augusto hasta Carlo-magno*, M. Lecky ha dado acerca de este asunto preciosas indicaciones. No es dudoso que no haya bajo este punto de vista, una *evolucion* de la moral y que no se puedan trazar por lo ménos las grandes líneas de un progreso, del estado salvaje á la civilizacion más alta. Pero nos queda como verdad, y esto es lo que nos importa aquí, que este progreso no es el resultado de experiencias cada vez más numerosas y precisas de utilidad.

En cuanto á la teoría de Mr. Herbert Spencer acerca de la acumulacion hereditaria y orgánicamente transmitida de las experiencias de utilidad, nos parece insostenible. Y ante todo en la experiencia de nuestros antepasados, la honestidad y la deshonestidad debieron estar naturalmente asociadas á consecuencias, tan pronto afortunadas como desdichadas, «sabemos, por ejemplo, observa el autor de un notable artículo acerca de la cuestion (1) que en la antigua Grecia se asociaba abiertamente la deshonestidad á consecuencias acertadas en la admiracion que inspiraba la astucia de Ulíses.» Unamos á esto que será preciso explicar cómo y por qué lo útil y lo honesto, idénticos en su principio, nos parecen hoy dia tan profundamente distintos que la honestidad se nos manifiesta comunmente por su oposicion misma con la utilidad. Es extraño, en efecto, que si lo útil es origen de lo honesto nos sintamos tanto más imperiosamente obligados á ejecutar ciertos actos, cuanto el interes nos solicita con mayor viveza en sentido contrario. Aquí tambien no hay nada más justo que esta observacion de M. Hutton: «La teoría de Mr. Spencer, dice, parece explicar que el sentimiento de la obligacion moral llega á su máximum cuando la percepcion de la calidad que, en último análisis, produ-

(1) M. Hutton, *Macmillan magazine*, 1829.

ce este sentimiento, llega á su *mínimum* (1). Por último, aceptada en sí misma la hipótesis, está en contradicción con hechos. Estudiad á los niños, reflexionad en la potencia casi incalculable de la educación, y os convencereis de que «la herencia no da al hombre naciente ninguna determinación fija de los actos buenos ó malos, lo cual debiera ser, no obstante, si la preferencia dada á todo lo que es realmente útil sobre lo que es perjudicial en el fondo, fuese un resultado de experiencias más que seculares, encarnadas en un sistema nervioso (2).» Si las experiencias de utilidad pudieran legarse de generación en generación bajo la forma de modificaciones cerebrales, ¿por qué no observamos la herencia de ciertas costumbres, de ciertas supersticiones, tales, por ejemplo, como el error que profesa el indio á los alimentos impuros. Esta objeción que hace el mismo Darwin á la teoría de Spencer nos parece decisiva. Está fuera de duda que las ideas relativas á la utilidad, lo mismo que los usos, por duraderos que se los suponga, se forman y alimentan en el individuo por la influencia del elemento social, influencia casi irresistible en estas materias y en todos casos infinitamente superior á la que se puede atribuir razonablemente á la herencia.

VI.

Lo que acaba de refutar la teoría darwinista del origen del sentido moral, es que se está en el derecho de imponerla consecuencias que son destructoras de la moral. Además de que la utilidad, aún la general, no podrá nunca, por disfrazada que pueda estar á la larga por las asociaciones permanentes y la transmisión hereditaria, revestir ante la conciencia un ca-

(1) M. Hutton, citado por Francis Power Cobbe.

(2) Renouvier, *la Psychologie de l'homme primitif*.—*Critique philosophique*, 24 de Diciembre de 1874.

racter obligatorio, y es claro que es necesariamente variable y que por tanto no puede dar esa ley absoluta, inmutable, única, á la cual debe obedecer la voluntad. Mr. Darwin adelanta que el interes de la comunidad ha podido desarrollar en ciertos animales sociables instintos de odio y asesinato con respecto á sus parientes más inmediatos; de este modo es como las abejas obreras matan á sus hermanos machos, y las abejas reinas destruyen á sus propias hijas. Añade que si las sociedades humanas estuvieran constituidas como las de las abejas, nuestro sentido moral no podría dejar de aprobar y ordenar los mismos actos. ¿No quiere esto decir que la ley moral no tiene nada de absoluto? ¿Y quién nos responde de que el mismo interes social no podrá imponerse más tarde reglas de conducta precisamente contrarias á las que nos parecen hoy las más sagradas? Desde este punto, ¿qué respeto puede exigir al hombre una justicia que tiene sus épocas y que mañana acaso cesará de ser justa?

Otra consecuencia igualmente desastrosa del transformismo en moral, es que hace de la seleccion natural el agente supremo del progreso en la humanidad. Ahora bien, la seleccion natural es la guerra, es la victoria convirtiéndose en derecho, es el más fuerte declarado el mejor, sólo porque es el más fuerte; es el vencido justamente condenado á perecer, sólo porque la ley soberana de la evolucion se ha pronunciado contra él. En realidad, sin mirar más que al pasado, la guerra ha sido la gran civilizadora (1). La lucha por la existencia no tuvo ese resultado providencial de asegurar gradualmente en la historia el triunfo de las tribus, luégo de las naciones más inteligentes, las más disciplinadas, las más animosas, las más moderadas. Y si la disciplina, el valor, la templanza son virtudes, ¿cómo no bendecir esta fatalidad bienhechora que, por la supervivencia necesaria de los mejores, eleva sin cesar el nivel intelectual y moral del género humano?

Hay aquí, en la teoría darwiniana, una contradiccion de que no es fácil salir. De una parte se nos dice que del sentimiento social y de la simpatía se ha desarrollado poco á poco

(1) Véase Bagehot. *Leyes científicas del desarrollo de las naciones.*

el sentido moral, y que la selección ha hecho vencer en la lucha los grupos cuyos individuos estaban más estrechamente unidos entre sí.—De otra parte, se nos muestra la simpatía traspasando gradualmente los límites de las comunidades particulares, tribus ó naciones, para extenderse á la humanidad entera y hasta á los animales. Pero supongamos una nación determinada, Francia, por ejemplo, que haya llegado á ese grado de moralidad en que se simpatiza con todos los hombres como con hermanos; es claro que desde este punto no verá en la guerra y la conquista más que espantosos atentados, y que repudiará con horror esta ley de la selección que le ha valido en el pasado su existencia y su fuerza. Enemiga de la guerra, la olvidará ó la hará mal, porque su simpatía cosmopolita la había despojado poco á poco de esas cualidades que aseguran la victoria en la concurrencia vital de los pueblos. Héla, pues, por razón de su evolución más avanzada, entregada sin defensa á las ambiciones de cualquier nación vecina que, poco cuidadosa de una moralidad tan funesta, había sostenido celosamente sus virtudes conquistadoras, permaneciendo prudentemente á la mitad del camino del progreso. Así, convirtiéndose los mejores en los más débiles, sucumbirán inevitablemente en la lucha por la existencia, y el punto culminante del desarrollo moral marcado para aquellos á quienes el movimiento necesario de la humanidad habrá impulsado hasta allí, el principio total de su ruina no podrá nunca extinguirse.

Se dirá que todas las naciones llegarán al mismo tiempo al mismo nivel, é impulsadas unas hácia otras por un amor recíproco repudiarán para siempre, ante el altar de la humanidad, la antigua ley de odio y de sangre. Pero esta es una hipótesis imposible, porque es contradictorio con la teoría que todos los pueblos marchen con paso igual; no hay progreso sino cuando hay vencedores, y si hay vencedores tiene que haber vencidos. Ahora bien; estos vencidos, si no son asimilados ó destruidos, conservarán, por una consecuencia de su misma inferioridad, esos instintos belicosos de que los vencedores se despojaron estúpidamente después de deberles su triunfo, y serán vencedores á su vez. Añado que no es fácil comprender por qué la selección, causa del progreso en el pa-

sado, no lo ha de ser en el porvenir (1); condicion suprema del desarrollo de toda vida, ¿por qué milagro perdería súbitamente su poder y legaría el cuidado de terminar su obra á la simpatía, cuyo advenimiento ha preparado?

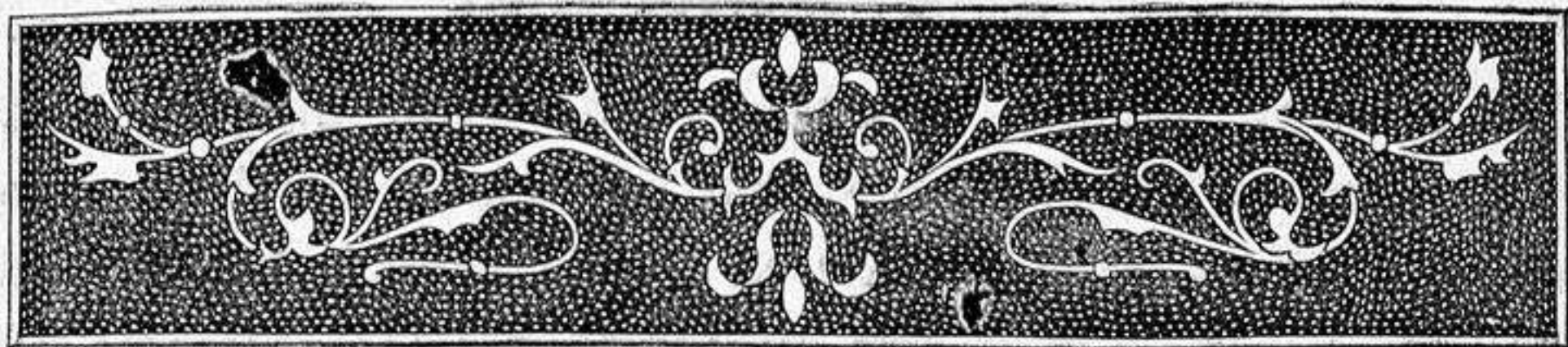
No veo para la teoría darwiniana más que un medio de salir de esta verdadera confusion, y es este el de figurarse por un momento la victoria definitiva de una nacion sobre todas las demas, y la extincion de toda guerra dentro de una monarquía universal. Entónces, en efecto, el pueblo á quien la seleccion hubiese llevado á la cúspide de la humanidad, podría extender sus miradas por los cuerpos destrozados de sus víctimas y convidar á interminables abrazos á los rebaños de esclavos á quienes su generosidad permitiera vivir. Y áun en este caso, acertado estaría si no se descuidase en estas efusiones filantrópicas, porque los vencidos pudieran no estar tan fácilmente conformes con la sentencia que contra ellos hubiese pronunciado la seleccion, y en los mismos vencedores las competencias acaso estuvieran prontas á producirse. Pero no quiero discutir estas utopias poco razonables: he querido demostrar entre otras cosas y con otros autores (2), que la teoría darwiniana acerca del origen y la naturaleza del sentido moral, era destructora de toda moralidad, de todo derecho, de toda justicia, tanto para los individuos como para las naciones en sus relaciones recíprocas: espero haberlo conseguido.

(1) Véase Renouvier, *Le Credo politique de la France, et des races latines, et la reponse aux objections*.—*Critique philosophique*, 3 de Setiembre y 15 de Octubre de 1874.

(2) Además de los autores citados en este artículo, debemos mencionar particularmente los dos notables capítulos consagrados á la moral de la evolucion por M. Caro, en sus *Problemas de moral social*.

LUDOVICO CARRAU.





CARTAS DE CHINA.

II.



El aspecto de Hong-Kong no deja de tener un carácter particular; toda la población se aparece de improviso á la vista del viajero en el cual produce encontradas impresiones. Unos la comparan con un palomar, y otros dicen que se asemeja á un convento, al Peñon de Gibraltar, etc. Obedecen estas diferentes apreciaciones á estar construida en la falda de una montaña sumamente escarpada, de modo que sus casas, dominándose unas á otras, se ven todas desde el mar, que queda al Norte. Siendo el clima bastante cálido, las verandahs dan naturalmente al mismo lado, y de aquí, como éstas se pintan de blanco, y están cubiertas y continuadas en líneas paralelas, al medio dia, cuando su fondo queda en la oscuridad, recuerdan involuntariamente los claustros de un convento ó las casillas de un palomar, al navegante que desde la bahía contempla la ciudad. Los árboles de los jardines, bastante numerosos, vienen á turbar agradablemente la monotonía de tan inmensas galerías, formando caprichosos y variados cuadros de verdor.

Esto desde el mar; una vez desembarcado, se ve que hay

edificios muy buenos, magníficas calles con un piso excelente, bastante llanas las que son paralelas á la ribera, pero casi inaccesibles las verticales; en casi todas hay alamedas de árboles á derecha é izquierda que impiden á los ardientes rayos del sol molestar á los transeuntes, los cuales dominados por la pereza no van nunca á pié si en algo se aprecian; dos vigorosos coolis se encargan de llevarles por doquier en un cómodo palanquin, sin que experimente fatiga alguna el que va en él, pero los portadores no deben dejar de sentirla, aunque por sus brios y animosidad parecen incansables. Es verdaderamente digno de admiracion ver cómo suben las pendientes cuestas de Hong-Kong á paso gimnástico, cargados con ocho ó nueve arrobas, sin dar muestra alguna de cansancio, por más que muchas veces lleven seis ú ocho horas de trabajo. La silla de cuatro coolis es cuestion de lujo. El coche y el caballo se desconocen allí, y toda mercancía, por pesada que sea, la transportan á hombros.

Antes de llegar, tuve noticias de los destrozos causados por el tifon en Macao, pero no me formaba una idea exacta de ellos. Conocido es este viento, que en forma de remolino va describiendo enormes círculos y arrasando cuanto á su paso se encuentra. La colonia portuguesa, como si no tuviera ya bastantes calamidades, le vió pasar por el centro de su poblacion, dejando tras sí un surco de ruinas, en las que perecieron más de diez mil personas, entre las que se calculaban unas tres mil prostitutas, cuyo dato, dicho sea entre paréntesis, da una idea de la moralidad de Macao.

Nuestro vicecónsul debió la salvacion de su vida á la serenidad y prontitud con que se albergó bajo el dintel de una puerta que quedó en pié al desplomarse la casa en que él vivía; no así sus criados que, dominados por un terror pánico, salieron huyendo al verse heridos por algunos ladrillos y dieron fin á sus vidas en esta fuga á que apelaron.

No sin gran pesar, me fué imposible ir á visitar esta poblacion y la de Canton, pues no se detuvo el barco más que dos dias en esta escala y no hay tiempo suficiente para ir á ninguno de dichos puntos, aunque nuestra geografía nos asegura que están en la misma bahía.

En Hong-Kong acabé de confirmarme en el juicio que, acerca de la manera de colonizar de los ingleses, empecé á formarme en Adem y llegué á corroborar en Ceylan y Singapore, que, no obstante, es la excepcion de la regla. Si por la palabra *colonizar* se entiende explotar un país salvaje, justo es decir que los ingleses colonizan admirablemente. Pero si por colonizar se entiende conquistar un país inculto, y al par que se le saca el mayor producto posible, irle inculcando principios civilizadores que lleguen á hacer poco á poco de la colonia una poblacion tan ilustrada como la metrópoli, en tal caso, á Inglaterra hay mucho, muchísimo que reprochar. Los habitantes de sus posesiones, salvo el haber visto hombres blancos, están hoy en la misma situacion en que se hallaban al llegar el primer inglés á la India, pues esta nacion no sólo no ha tratado de instruirlos, sino que fomenta su ignorancia y por cuantos medios están á su alcance procura conservarles en su idolatría tan múltiple como ridícula. Comprenderíamos esto, aunque no lo alabaríamos, si todos tuviesen una misma religion, pero siendo éstas tan varias y tan absurdos sus dogmas, no creemos hubiera sido difícil destruirlos. Prefieren verse obligados á respetar sus creencias, necesitando ocho ó diez hombres para un trabajo que en Europa haría uno solo, á tratar de convertirlos en verdaderos semejantes suyos, y aducen en apoyo de este absurdo, que si toleran la dominacion inglesa, es porque Inglaterra no exige á ningun indio que haga aquello que sus dioses condenan: éste no puede tocar el cuero, aquél la carne, el otro el suelo, el de más allá el vino, etc. No digo que se opongan radical y absolutamente á sus ideas, pero sí que gradualmente se les debieran ir enseñando las doctrinas que diferencian al bruto del hombre. Aún no han tenido tiempo para ello, y de este modo tan salvaje es el que entre ellos vive desde que nació, como el nacido en medio de las selvas donde, hasta hoy, ningun blanco se ha internado. Si de repente desaparecieran los ingleses de esos países, sus poblaciones no guardarían ningun recuerdo de su paso, por el cual, como civilizadores, pudieran enorgullecerse ni siquiera estar satisfechos. De España podrá decirse que no ha sabido conservar sus colonias; pero en cambio el mun-

do nos debe media América civilizada, á cuyos habitantes hemos transmitido cuanto teníamos, sin que sea culpa de nadie que con nuestras virtudes hayan heredado los defectos que nos son peculiares.

¿Por qué no vienen á civilizar la India esos misioneros protestantes que van por España provocando constantes conflictos á nuestros Gobiernos? ¿Qué falta hacen allí? Nuestros pueblos poseen ya una religion tan buena como la que aquellos predicaban, mejor que la protestante á los ojos de todos los españoles; ¿qué vamos á ganar con el cambio? ¿No son acaso tan intransigentes los reformistas como nuestros más exagerados neo-católicos? Ciertamente es que somos partidarios de la libertad de cultos, pero entendemos que una cosa es el respeto á la libre práctica de las creencias de cada cual, y en este sentido les daríamos todavía mayor libertad de la que entre nosotros disfrutaban; y otra cosa es tolerar que vayan á turbar la paz de nuestros pueblos, denigrando nuestras creencias y echando por tierra las que tienen casi la totalidad de los españoles con una santa veneracion. Al tratar de convertir á alguno, es forzoso denigrar la religion que profesa, pues de no ser así, ¿qué otros argumentos pueden emplearse? Por consiguiente, la admision de misioneros en España, significa permitir el desprestigio de los dogmas de la religion católica, y dejar que en nuestros pueblos fructifique la discordia, como si ya ésta no hubiera fructificado bastante.

En una palabra, deseáramos la más amplia y completa libertad para todo sacerdote, sea cual fuera su culto; al par que la más severa prohibicion, en España, para aquellos que pertenecen á las misiones. El lugar de los misioneros no está entre los pueblos civilizados; si hubieran convertido á tantos millones de idólatras como en el mundo existen, comprenderíamos que vinieran á nuestro encuentro cuando no tuvieran donde ejercer su vocacion; pero cuando los cristianos todavía son pocos y los paganos tantos, no es necesario ocuparse de esto por ahora. Ahí está la India, conviértanse esos politeistas, y así se ganarán las simpatías de todo el mundo cristiano, el respeto y la admiracion de todos, en lugar del odio que hasta de los suyos se granjean.

La única lucha que será preciso sostener, aparte de las dificultades anejas á la mision, será tal vez con la misma nacion inglesa, que como la antigua Roma, diferencia al súbdito británico del que no lo es, concediendo al primero todas esas instituciones tan envidiadas por los pueblos liberales, y reservando para los segundos leyes especiales á cual más opresivas y denigrantes. Allí impone la enseñanza obligatoria, aquí la ignorancia forzosa, allí eleva á la bestia, en su afan humanitario, á la altura del hombre, aquí rebaja á éste al nivel del bruto; muchas repúblicas quisieran disfrutar de la libertad que allí se goza; el rey más absoluto y déspota fuera indudablemente más generoso con sus vasallos que los ingleses con los indios, cuyo único crimen fué el de hallarse en su mismo camino, y por eso le condenan al oscurantismo, del que no quieren que vengan á sacarle los misioneros. Si por necesidad tienen que enseñar algo al pueblo, no se toman el trabajo de decírselo. Palos dados á tontas y á locas hasta que aprenden lo que ellos desean, son las únicas lecciones que reciben de la más liberal de las naciones de Europa.

Con este procedimiento se han hecho temer de los pueblos que explotan, que es lo que les importa; pero todavía no han conseguido hacerles obrar por los móviles que inculcan los principios de moral y justicia. Por las noches tienen que ejercer una vigilancia extraordinaria en aquellos puntos cuyos habitantes son de mala índole, por ejemplo, en Hong-Kong, donde el que se aventura en un bote es asesinado sin piedad si no se tiene cuidado de que la policía tome el número de la embarcacion. No haya, pues esperanza de que este pueblo se reforme, pues si mil años domina Inglaterra en Hong-Kong, durante mil años se asesinará al que se embarque sin las precauciones debidas.

A los dos dias de haber llegado salimos para Shanghai; lo único que á nuestra vista se ofreciera en la travesía fué un sinnúmero de lanchas pescadoras que navegando por parejas llevan entre ambas los extremos de una larga red que va recogiendo en sus mallas cuanto en su camino se encuentra; si en lugar de venir en un magnífico vapor, numerosamente tripulado y andando 14 millas por hora, hubiéramos venido en

un barco de vela de poca dotacion y tuviésemos la desgracia de que la calma nos sorprendiera en estos mares, el pescador se transformaría en pirata, que ávido de botin se lanzaría sobre la embarcacion y empezaría el saqueo con el asesinato para que la muerte le asegurase mayor tranquilidad en las operaciones de trasladar á sus lorchas cuanto hallase en el buque, echando éste á pique con lo cual no quedaría ni rastro de la suerte que le cupo. Todos los habitantes del Sur del imperio, piratas y bandidos de profesion, sólo pescan y cultivan la tierra cuando la necesidad les obliga á ello, y miéntras no se les presenta ocasion de ejercer el oficio hácia el cual se sienten inclinados.

A los tres dias de navegacion llegamos al Yang-tse-Kiang, donde esperamos el momento oportuno para aventurarnos en el rio. A la pleamar nos lanzamos atrevidamente en él, no sin haber introducido la quilla más de medio pié en el fango al pasar la barra. Al mismo tiempo que entrábamos salía una lorcha china, que habiendo calculado mal su bordada tuvo que virar sobre la misma barra. Todos los que conocen algo de mar saben que en estos momentos nunca hay brazos de mas en un barco de vela; así lo debían comprender tambien en la lorcha, cuya tripulacion trabajaba con ahinco, excepcion hecha de uno, tal vez el más robusto, que medio desnudo á la proa, daba atronadores golpes en una especie de bombo de metal sostenido en su mano izquierda, miéntras que con la derecha redoblaba sin cesar, aturdiendo con su infernal ruido á los que en el vapor veníamos. A este redoble acompañaban desaforados gritos, á que hacía coro el resto de la tripulacion. Preguntando la razon de tal algarabía, díjoseme ser para alejar los malos espíritus, siendo esta costumbre que se observa en toda nave china que á la mar se hace.

La construccion de la lorcha china tiene alguna semejanza con la de nuestras antiguas naves; el castillo de proa un poco elevado, imitando en su totalidad la cabeza de un monstruo marino, espíritu del agua, al cual toda la embarcacion quiere asemejarse, para de esta manera pasar confundida entre ellos y no hacerse extraña por su aspecto; de mucha manga hácia el centro, pareciendo todavía más anchas y más seguras por te-

ner en la línea de flotacion el máximum de su dimension, la popa excesivamente elevada, los mástiles colocados un tanto caprichosamente, variando su número hasta seis, las velas, de estera, parecidas en la forma á las que usan nuestros pescadores del Norte; en lugar de cuerdas para coger rizados, están armadas de cañas de bambú, lo que, cuando están desplegadas, les da bastante parecido á las alas de un murciélago. Esta es la embarcacion que algun escritor ha recomendado al estudio de las marinas europeas, por creer que de ella podrían sacarse aplicaciones que mejorasen las condiciones de nuestros buques. Aunque poco entendido en esta materia, creo que pocas hubieran de ser las ventajas que con la adopcion de algunas de sus invenciones podríamos obtener. Si se adoptase su sistema de velámen y arboladura, desaparecería, es cierto, el peligro de los tripulantes que en tiempos borrascosos tienen que subir á las vergas para coger rizados y aferrar; segun este sistema, esto se hace desde abajo, haciendo descender las diferentes botavaras de que se compone, lo suficiente para poder trincar la vela, ya por el primer bambú que á lo largo la atraviesa, ya por el segundo, etc.; pero en cambio amontona de tal manera el puente cuando están plegadas, que la circulacion por él sería completamente imposible en un barco de regulares dimensiones y dificultaría muchísimo las operaciones de carga y descarga.

A las dos horas y media ó tres de navegar por el Yang-tse, despues de haber pasado por un fuerte casi insignificante que defiende su entrada, tomamos el Hwang-pu, y hora y media más tarde llegábamos á Shanghai, sin que el paisaje, parecido al que en todas partes se ve, lograra amenizar estas cuatro horas tanto más pesadas, cuanto más próximo se halla el momento de anclar.

Por fin, despues de describir una enorme curva, se nos presentó toda la poblacion de improviso á la vista hácia la derecha, en forma de semicírculo, viéndose primero la concesion americana, luégo la inglesa, á la que sigue la francesa, y por último la ciudad china con sus aspillados y espesos muros.

Están separadas las concesiones entre sí por estrechos canales, en seco á la baja mar, que cruzan infinidad de puentes.

Esta facilidad de comunicaciones entre los territorios de distintas potencias es bastante cómoda para cierto género de gentes, que con sólo cruzar un puente hallan la impunidad de su falta. Sin embargo, diremos en honor de la verdad, que pocas veces se presenta el caso, y si alguno ha sucedido, se ha preso al delincuente, que siempre comete la imprudencia de volver, confiado en no ser visto entre la multitud que constantemente va de un lado á otro.

Al llegar á Shanghai, choca extraordinariamente el sistema de transporte que allí se emplea, tanto para las personas como para las mercancías. Empléase para el europeo el shin-ri-shá, de importación japonesa y nuevo en Shanghai. Consiste en un cochecito de dos ruedas, en el que apenas puede colocarse una persona, tirado por un chino que á toda carrera hace dos ó tres millas sin fatiga alguna. Hay lo ménos dos ó tres mil coolís que viven del producto sacado á otros tantos cochecillos, á pesar de lo módico de la retribución que por este servicio exigen. Los europeos les pagamos según la carrera, siendo un real el mínimo y dos ó tres el máximo, dentro de las concesiones; no así los chinos, que regatean los precios y se ven conducidos por ménos de la mitad que nosotros. Como he dicho, esto es de importación extranjera; el verdadero carruaje nacional que los chinos usan indistintamente: es una especie de carretilla de una sola rueda y á los lados de ésta sirven dos tablas de asiento. Nada más curioso que estas carretillas, que recuerdan al coche nacional de Irlanda por su forma, aunque mucho más pequeñas que éste. Naturalmente, al llevar una sola persona, tiene que hacer poderosos esfuerzos de equilibrio el coolí afecto á su locomoción, que muy frecuentemente da en el suelo con el viajero al verificar algún movimiento rápido. Excusado es decir que sus precios son mucho ménos elevados todavía y que ningún blanco se sirve de ellos. Empléanse también en el transporte de mercancías, pudiéndose llevar muy fácilmente un hombre mediante su auxilio, un peso de treinta ó cuarenta arrobas por término medio. El otro sistema de cargar, preferido por el coolí, es á hombros por medio de una caña de bambú. Pero en general los dos sistemas se emplean indistintamente en casi toda la China: de

aquí que esta nación carezca completamente de carreteras, para ellos inútiles, y contenga en cambio una completa red de veredas, que hechas por el aldeano para ir á sus campos, se enlazan entre sí y facilitan los medios de comunicacion. El transporte en grande se hace por medio de los innumerables canales que en todas direcciones cruzan y riegan los campos de este vastísimo imperio. Es tal el número de ellos, que comparados á las líneas férreas de Bélgica, el país que proporcionalmente tiene más, resultarían éstas en menor número, áun dada la extension de estos campos y su relacion con la magnitud del territorio. Se puede ir embarcado de un punto cualquiera á otro que se elija; el inconveniente no está más que en la lentitud de la marcha, que en el centro tiene contraria al subir la corriente de los rios, y en el Sur las influencias de las mareas, que los dejan en seco á la bajamar.

Salvo algunas calles del interior, el aspecto de Shanghai es el de una bonita ciudad europea con edificios bastante buenos en la parte que da á la ría, ó sea el muelle, llamada «bond.» Calles anchas y espaciosas, tan rectas como lo permiten las curvas del rio y de los canales que separan á las concesiones, facilitan la circulacion en una extension de una milla cuadrada, que es lo que poco más ó ménos vienen á ocupar.

Los mercaderes ambulantes llaman tambien desde el primer momento la atencion del viajero. Llevan sus mercancías ó los útiles de su oficio suspendidos de los dos extremos de un bambú que sostienen por el centro, comunicando con el movimiento de la marcha un cimbreo en sus extremos, al que están adaptados además, ya campanillas, ya hierros, etc., que producen un sonido distinto para cada una de las cosas que se anuncian. Sistema práctico en verdad, pues sin desgañitarse el vendedor ni aturdir á los transeuntes, se va haciendo oír de toda la poblacion. Véanse transportados de este modo restaurants con su figon y todo lo necesario, barberías completas, y en fin, un sinnúmero de cosas por el estilo, sin contar aquellos artículos que en todos los países del mundo se venden por las calles.

Tan pronto como el estado del tiempo lo permiti6, salimos á dar un paseo por el camino de Bumb-bling-wel, que se ex-

tiende hácia el interior, hasta dos millas más allá de las concesiones. Llamó primero mi atención la cárcel china, en cuya puerta se hallan expuestos á la pública irrisión los criminales de cierto género: cargados más ó ménos de cadenas, llevan todos al cuello una tabla de una vara cuadrada de superficie, en el centro de la cual se encierra el cuello del paciente, produciendo el efecto completo de una cabeza parlante. Durante el tiempo que están condenados á este suplicio, no pueden absolutamente tocarse la cabeza; para dormir, cada uno se arregla como puede, y pobre de él si rompiese el tablero. La comida se la dan mutuamente unos á otros, pues ninguno de ellos alcanza con sus propias manos á su boca. No se crea que este es un castigo de gran importancia; por una falta pequeña se les condena por ocho, quince ó más días á cabeza parlante, y despues se les deja en libertad. Espirado el término, se presentan para que el alcaide haga el reconocimiento oportuno de sellos, etc., que le cerciore de no haberse quitado desde que él lo puso, y si del exámen no resulta nada contrario á la pena impuesta, retira el tablero y queda de nuevo en libertad el condenado.

Despues de pasar por delante de muchas tiendas chinas, cuyos rótulos puestos en grandes tarjetones suspendidos perpendicularmente de asta-banderas, bastante inclinados, van á caer algunas veces al centro de las calles, amenazando las cabezas de los distraidos, salimos de la concesion inglesa para continuar en camino inglés dentro de territorio chino. Pertenece este paseo á los ingleses, que han adquirido el terreno necesario mediante un permiso especial. Inmediatamente, á la izquierda, encuéntrase el campo de carreras, comprado del mismo modo. A la parte opuesta el cementerio católico, donde en un sencillo y elegante sepulcro descansan los restos del que fué ministro en China D. Tiburcio Faraldo, fallecido aún no há tres años.

Extrañábanme las vueltas y revueltas del camino sin causa alguna aparente que las justificara, hasta que se me hicieron notar unos montoncillos de tierra que por todas partes en infinito número se veían, cuyo objeto no había yo preguntado por no ser demasiado molesto á las personas que satisfacían

mi curiosidad. Todos estos montones de tierra eran otras tantas tumbas, y los rodeos se daban porque los descendientes de los que allí estaban enterrados no los habían querido vender.

En China no hay cementerio propiamente dicho; cada familia entierra á sus parientes en sus posesiones; el que no tiene fincas compra en cualquier parte un espacio de terreno que le sirve de sepultura. La grandísima subdivision de la propiedad territorial y el respeto á los antepasados, hace que se conserven siempre todas las tumbas, y convierten esta nacion en un vastísimo cementerio, donde desde cualquier punto que se elija se ven siempre treinta ó cuarenta tumbas colocadas á capricho del propietario en uno ú otro sitio. Esto ocasiona insuperables dificultades para los caminos que se quieren trazar; el Gobierno, al oponerse, se funda en la imposibilidad de expropiar al chino de los sepulcros de sus antepasados, por los que profesan una santa veneracion, hasta el punto de creer que solamente la sombra de un hilo proyectada sobre sus restos y consentida por el descendiente, basta para que sus abuelos le maldigan desde el otro mundo y le envíen todo género de calamidades. Preocupacion un poco rara, que se alarma de la sombra de un hilo y nada le importa la estancia de una vaca que sobre ellos á pacer sube, haciendo, como es natural, cuanto hay de más irreverente entre nosotros; verdad es que el estiércol es sumamente apreciado entre los chinos. Pero acerca de esto ya sabremos bien pronto á qué atenernos.

Ya en el campo, no puede ménos de causar admiracion el singular esmero y minuciosidad con que está cultivado éste, sin que bajo tal concepto tenga nada que envidiar al jardin mejor atendido, ni siquiera al Parque de Kaskor-seló en Rusia, donde ni en otoño se ve una hoja seca por los caminos. El trabajo del campo es todo manual, ó mejor dicho, hácese con los piés. Merece verse el celo con que el chino va entresacando las hierbecitas inútiles ó perjudiciales, cómo pisa el terreno para igualarlo, regándole como si fueran tiestos los dias de calor y los dias de lluvia... esos dias vale más no salir al campo cuando cesa de llover, porque es el elegido para regar la tierra con todos los excrementos que se han podido procurar, que

disueltos en agua, exhalan un olor que no es posible aspirar ni áun los olfatos menos delicados.

Parecerá exagerado lo que digo con respecto al exceso de cuidado del campo, pero debe tenerse en cuenta lo poblado que es este imperio, la division de la propiedad, y por último, que un chino tiene más que suficiente para vivir con el producto anual de un moo de tierra (una hectárea tiene unos 15 moos).

Son tambien ingeniosas las norias portátiles, muy semejantes á las nuestras, pero infinitamente más ligeras y de más sencillo mecanismo. Un búfalo hace girar un torno, fijo en el suelo momentáneamente, que engrana con un palo largo á cuyo extremo opuesto hay una rueda dentada sobre la que gira una larga cadena de cubos, cuyo extremo naturalmente llega hasta el agua de los innumerables canales que por todas partes se encuentran. Destínanse los terrenos colindantes á la siembra del arroz, sin duda por la facilidad de inundarlos con auxilio de las norias, que una vez, cumplido este objeto, se transportan sobre el mismo búfalo al punto donde puedan ser necesarias.

A los pocos dias tuve ocasion de presenciar el entierro del taotai ó Gobernador que había sido de la ciudad china. Le llamo entierro, porque la ceremonia para embarcarlo en el buque que le habia de llevar á su país, revistió este carácter, pues por lo demas, el individuo habia muerto hacía ya más de un año y provisionalmente fué enterrado en Shangai. Rompian la marcha un centenar de chiquillos portadores de enormes tarjetones con inscripciones indicando las principales hazañas del difunto, y á estos seguía un piquete de soldados perfectamente vestidos y equipados. Observándolos atentamente, notamos que todo lo estrenaban aquel dia, y nos confirmamos en nuestra idea al verlos hablar con otros que llevaban el mismo uniforme en miserable estado y se hallaban entre los curiosos: todos ellos habian venido para la ceremonia y veian europeos por primera vez, como lo indicaba la curiosidad con que nos contemplaban. El dinero no había alcanzado para vestirlos á todos, (léase se lo habían repartido entre los que con seguridad recibieron más que suficiente para ello). A este

piquete compuesto de unos doscientos hombres seguían nuevos tarjetones, á los tarjetones unas cincuenta banderas, cuyas astas se elevaban por cima del cuarto principal en que nos hallábamos; á las banderas más soldados y más tarjetones; repitiéndose este género de cortejo hasta que por último apareció lo más interesante. Llevados en andas como las imágenes en nuestras procesiones, vienen en magníficos templetes, un cerdo asado y varios otros alimentos, cerrando la marcha el traje de gala, al que preceden innumerables cuerdas ensartadas de papel plateado imitando moneda. Todo esto se quema sobre la tumba del fallecido con objeto de que le acompañe á la otra vida y le sirva para el camino. Unicamente en lugar de quemar la plata verdadera, han encontrado más económico, quemar una imitación, en la inteligencia de que el muerto no se negará á tomar moneda falsa. Venía luégo la música del regimiento con instrumentos europeos y bastante afinados, más tarjetones, y por último los bonzos, sacerdotes de Buda, con su música correspondiente destrozando los oídos del público los instrumentos chinos, y más allá precediendo el cadáver los sacerdotes de Lotza (1), también con su música correspondiente, el féretro venía transportado por treinta y dos hombres que apenas si podían con él y tenían que descansar á cada momento: una enorme caja de madera engalanada vistosamente con paños encarnados reemplaza al ataúd, que atravesado á lo largo por un fuerte bambú, da los puntos de apoyo en sus extremos á otros bambús más ligeros que subdivididos á su vez sostienen en sus extremos dos ó cuatro coolis. Al cadáver seguía la familia del finado, las mujeres en palanquin, los hombres á pié, todos vestidos de blanco, señal de luto en China; estos últimos van sostenidos por dos amigos íntimos, pues embargados por el dolor, de no ser así, no podrían andar. El séquito de familia y amigos va prorumpiendo en sollozos cada vez más lastimeros y desconsoladores. El más alle-

(1) Las tres religiones dominantes en China, son el Budismo, el culto de Confucio y el de Lotza. Como todas ellas tienen cosas buenas, las familias de los muertos hacen que las tres religiones encomienden el difunto á sus dioses. Para más detalles, véase el artículo sobre religion.

gado, que consecuentemente ha de sentir más la pérdida, lleva detrás un colchon, en el que se acuesta, aprovechando las pausas, para llorar y descansar, que en efecto bien han de necesitar descanso, aunque no sea más que por las fatigas que preceden al día del entierro. Fatigas que se comunican á todos los vecinos, sean ó no amigos; el estrépito que se arma cuando muere un personaje de cierta importancia, es tal, que al saber la noticia, es obrar con cordura trasladar el domicilio, si no se quiere renunciar al sueño y la tranquilidad en quince días por lo ménos.

Conociendo ya el ceremonial exterior de los entierros, traté de informarme acerca del que le precedía, y hé aquí cómo es éste :

Vístese al agonizante con sus mejores trajes, se le traslada á la habitacion principal y se le coloca allí con los piés hácia el Oriente, que es por donde vino al mundo y la cabeza á Occidente, que es por donde sale de la vida. Mientras esto se hace, se ha ido en busca de los agoreros, quienes llegan ántes que el paciente exhale su último suspiro. El papel de éstos es un poco complejo, pues sobre ejercer el arte que su nombre indica, son los que dan el certificado del fallecimiento, que en el momento del entierro va al frente del cortejo, sin cuyo requisito no lo dejarían circular. Los católicos y musulmanes están exentos de esta obligacion.

Después de muerto, colócase el cadáver sobre una mesa ó entarimado, donde permanece durante veinticuatro horas, con objeto de que toda su familia y amigos tengan tiempo de venir á verle y comprobar su muerte. En cuanto espira se llaman sacerdotes de Buda ó de Lotza, generalmente los dos, que con sus músicas arman un estrépito infernal cada vez que un amigo ó pariente llega á la casa mortuoria, y siguiendo la costumbre, hace arder á los piés del difunto un vaso de aguardiente en señal de sacrificio, mientras prosternado ruega por él. Pasadas las veinticuatro horas procédese á trasladarle al ataúd donde ha de permanecer descubierto durante tres días, que es el tiempo que se tarda en juzgar su alma ante el tribunal supremo. Arden á su derredor varios cirios fuertemente perfumados, que impiden se noten las emanaciones que del cuerpo se

podieran desprender. Durante este tiempo, la música, que no deja un momento de atronar el espacio, unas veces con pretexto de los amigos que llegan y otras con el de las oraciones de los sacerdotes, entona un aire, si así puede llamarse, sordo y profundo. Cumplidos los tres días vuelven los agoreros para reconocer por las señales que quedan en las cenizas esparcidas en derredor del féretro el animal á cuyo cuerpo el alma ha transmigrado. Forman parte de estas cenizas las procedentes de los papeles en que se han escrito toda su vida y hazañas, redactadas en verso la mayor parte de las veces. Terminado el augurio proceden los parientes más cercanos, no siendo los inmediatos, á clavar la caja despues de cerciorarse de que su deudo lleva en ella aquellos objetos que le eran más queridos y por los que tenía singular afección, como libros, armas, dinero, etc. Así permanece en la casa por término medio durante siete días; pero las familias ricas suelen conservarlos hasta cuarenta y nueve, durante cuyo tiempo se gasta un dineral, y raro es el individuo de mediana posición que no se arruina completamente por dar mayor pompa y realce al entierro del padre fallecido. Salvo la parte oficial prestada por el concurso de la tropa en la conducción abordo del cadáver del taotai, todos los entierros vienen á ser lo mismo, y sólo más ó menos lujosos.

La madera empleada en la construcción de los ataúdes es de una clase especial, barnizada una porción de veces, y es tal su consistencia, que despues de ciento y más años se conservan tan intactos como el primer día, sin que despues de clavada la caja pase al exterior ninguno de los olores que del cadáver se desprenden. Aunque esto debe reconocer por causa, más bien que la solidez de la caja, la cantidad de cal que en ella al taparla se encierra.

El luto se lleva rigurosamente durante tres años, y en este tiempo el afligido no puede ocuparse absolutamente de nada: si tiene empleos públicos debe presentar su dimisión y relegarse al ostracismo, del que sale espirado ese término, habiendo perdido todos cuantos derechos en su carrera tuviera, y únicamente la buena voluntad del emperador puede ó no volverle á su destino. Así es que para un hombre de posición ofi-

cial es una calamidad la pérdida de sus padres, aparte del dolor que naturalmente ha de experimentar. El año de luto para los chinos es de nueve meses. Los manchús, como más guerreros y necesarios, lo han encontrado demasiado largo y lo reducen á treinta dias; pero á pesar de ser esta raza la que en China domina, no se han mezclado las costumbres, y los oriundos de cada una de las dos cumplen rigurosamente con la práctica de las suyas primitivas.

Basta de muertos¹, y continuemos ocupándonos de los vivos.

Puede decirse que no hay en China más que dos géneros de obras dramáticas. El trágico ó histórico, y el cómico ó indigente. Pertenecen al primero todas aquellas piezas que no tratan más que de episodios históricos, tomados al pié de la letra y representados absolutamente en todos sus detalles, lo que les hace durar á veces unos dos ó tres meses, y al segundo bufonadas obscenas que la pluma se resiste á describir. Representanse las del primer género en el Sur del imperio, añadiendo algunas veces al final, de la noche, no de la función, una especie de sainete en el estilo cómico-obsceno á que tan aficionados son los del Norte. El lenguaje empleado en el teatro, salvo las compañías que emplean incidentalmente el dialecto local, es el mandarín hablado; pero no exactamente lo mismo que el familiar, del que difiere hasta el punto de no ser inteligible para las personas que no tienen costumbre de frecuentar los espectáculos. La sala tiene generalmente una forma rectangular; en uno de sus fondos, sin ocuparlo completamente, se halla el escenario, que se adelanta en forma cuadrada, quedando descubierto al público por sus lados y por el frente. Al fondo del escenario y á la vista del espectador está la orquesta. Creo innecesario decir que no existen las decoraciones.

Conocida la disposición del teatro, paso á dar cuenta de una representación, no de su texto, que esto me sería por demás difícil, sino del cuadro que al espectador se presenta. La pieza era de las del género histórico. Sin que mi cicerone pudiera explicarme la razón de la entrada y salida de los personajes, éstos, el tiempo que están en presencia del público, no cesan de saltar, batirse, dar vueltas extraordinarias y hacer gestos

exagerados (1) que ningun sentido tenían para mí. Pudieron-me explicar que se trataba de luchas y castillos tomados por asalto, á los que representaban mesas ordinarias y comunes. Los enemigos se encuentran uno en el suelo y otro sobre la mesa; se quiere figurar que se ha tomado el castillo, empújase al de arriba, que cae dando un salto mortal, y súbese el otro. La fuga se representa luégo sobre la escena dando vueltas alrededor, el vencedor tras el vencido, y montados sobre palos de escoba, que quieren imitar fogosos corceles. La fuerza de imaginacion de estos pueblos es tal, que á menudo hasta el palo de escoba suprimen cuando quieren representar que van á caballo, contentándose con hacer el ademan de montar. Continúa así la fuga hasta que los derrotados llegan á otro castillo, representado por la misma mesa, sin haberla siquiera variado de sitio, donde se encuentran sus amigos, á los que se ve mostrarse en las almenas (representadas por una silla que el actor coge en sus manos), y descender á la defensa de sus amigos. Nueva lucha, saltos inverosímiles, molinetes y remolinetes con las armas hasta que al fin alguno huye. Y como el drama no representa más que una serie de luchas y combates, ya parciales, ya generales, repítense estos incidentes al infinito. Encontrando, sin duda, esto algo monótono, introducen de cuando en cuando, interrumpiendo el orden de los sucesos, algunos ejercicios acrobáticos, desempeñados por individuos cuya adquisicion recomiendo á Mr. Parish, quienes terminados sus ejercicios de fuerza y habilidad desaparecen de nuevo, continuando la pelea como si este incidente no hubiera tenido lugar. Verdad es que su aparicion es tan lógica como la de miss Leona entre el segundo y tercer acto de *La vida es sueño*. Continúa la funcion sin interrupcion de ninguna especie, ni entreactos, ni siquiera cinco minutos de descanso, que bien lo habían menester los actores que á tan extraordinarios ejercicios se entregaban desde las tres de la tarde, en que había dado principio, hasta las once de la noche, en que cambió algo el orden de la funcion. En esta primera parte toda ella fué

(1) El baile es desconocido en China, tanto en el teatro como en la sociedad.

pura mímica, acompañada por inusitados redobles de una especie de maza, como la usada por nuestros chiquillos en las tinieblas, al ménos exactamente lo mismo por su discordante sonido, que si ya no fuera bastante á atronar los espectadores, tiene como acompañamiento todo cuanto instrumento ruidoso se ha podido inventar, produciendo en conjunto un estrépito tal, que estando colocado al extremo opuesto de la sala, apénas si á fuerza de gritos podía entenderme con la persona que á mi lado estaba sentada. Á este barullo sucedió una calma, si así puede llamarse, de peores efectos todavía para nuestros desgraciados tímpanos. Siempre sin saber por qué, desaparecieron los guerreros y en su lugar se presentó ante nosotros una que creí mujer, y no fué sino despues de un rato de constante atencion que pude convencerme no pertenecía al sexo débil; tan bien llevaba su traje y tan naturales eran sus modales. Las mujeres no representan en China, Suchao es la excepcion de la regla. Empezó, pues, este individuo á cantar con una voz de tiple, de sonido tan penetrante y desagradable, que hubimos de taparnos los oidos. No soy inteligente en música, pero sé, no obstante, distinguir generalmente la diferencia de los tonos y la mejor ó peor voz de un cantante. Pues bien, declaro bajo palabra de honor que cuando volvía la cabeza y no miraba á la escena, no hubiera podido distinguir si el ruido que destrozaba mis oidos provenía de la garganta del atiplado chino, del instrumento que le acompañaba ó del pulmon de algun desventurado ejemplar de la raza canina á quien administraran un eficaz correctivo. Habíanme dicho que la escala musical china no contenía más que tres notas, y en efecto, así lo he comprendido, no aquella noche, sino despues de adjudicar á mi perro algunos latigazos, para el pobre sin razon, á fin de convencerme tanto de la semejanza de su quejido con el canto chino, como de las notas de la escala que su voz recorría al decirme sin duda: «Perdon.»

Un jarron con flores, pintado en un papel de una vara de largo por media de ancho y sostenido por un coolí, que para el efecto llevaba el mismo traje que acostumbran usar por las calles, indicaba que la escena pasaba en un jardin. Cuando el individuo en cuestion se cansó de desgañitarse, entró en su

casa, donde debía continuar la representacion. El cambio de decoracion se hizo mediante el marco de una puerta, que entre dos coolís trajeron al centro del escenario; pasó bajo sus umbrales el chino vestido de china, marchóse el coolí que tenía la decoracion representando el jardin, tras él la puerta, ó mejor dicho, se la llevaron y ya estamos en una habitacion, donde el canto vuelve á continuar de nuevo. Esperaba tan sólo que un hombre representando el papel adecuado á su sexo, apareciese en la escena para ver si su voz me era ménos desagradable: visto que era exactamente lo mismo, decidimos marcharnos al enterarnos que esto había de durar hasta las tres de la mañana, á cuya hora se representaría la pieza ó sainete de que dejo hecha mencion, cuya vista no nos interesaba lo más mínimo. La hubiera presenciado por curiosidad á tener lugar en horas normales; pero no me sedujo el propósito de quedarme hasta tan altas horas para ver gestos y ademanes á cual más indecentes, y no comprender los groseros dicharachos que son de rigor en tales piezas.

Resúmen: trajes, magníficos, todos en carácter y del estilo de la época, completamente bordados de oro la mayor parte, de hermosa seda y de un valor extraordinario por su mérito artístico debido á la antigüedad ó al trabajo. Orquesta, horrible para un europeo, magnífica para el chino, que juzga sus condiciones por el ruido que produce. Canto, véase orquesta, y lo dicho anteriormente. Acróbatas, de primer orden. Decoraciones, recomendables por su sencillez. Público y servicio exterior del teatro, esto merece capítulo aparte.

Sabido es que la mujer china no sale de su casa. Al afirmar esto, si no se quiere mentir, hay que buscar un nuevo sexo para la prostituta. Véase ésta, pintada de mil colores, frecuentar todos los lugares públicos y, naturalmente con preferencia, el teatro. Llegan á él acompañadas todas de sus... llamémosles ayas, aunque Cervántes y otros muchos ya les dieron nombre impreso. Traen estas... ayas, además de la pipa, los materiales necesarios para su servicio, que pasan á su jóven educanda continuamente. Esta da una ó dos chupadas y la devuelve á su acompañanta, que sentada detras de ella *parece no ocuparse* más que de limpiar la pipa, llenarla de tabaco y presen-

tarla á su dueña. Los *calaveras* (tambien aquí los hay) se apresuran á hacerlas entrar en sus palcos: esto es cuestion de vanidad, y parecería feo el hombre que en el teatro no se mostrase debidamente acompañado por varias mujeres de esta especie; reduciéndose generalmente su lujo á gastar alegremente cuanto pueden en tan amable compañía. En el palco se come, se bebe, se fuma y se habla á la vista del público, que no se ocupa de eso por estar haciendo lo mismo por su parte. De la funcion no hay que decir sino que solamente los lugareños son los que en ella fijan su atencion. En este punto dan tres y raya á los abonados del Real en Madrid. A todas las personas se les coloca delante una taza de diferente color, segun la categoría, en la que constantemente está vertiendo agua caliente un criado afecto á este servicio. Son estas tazas de la misma forma que las usadas en Europa para tomar café con leche, sin asa, tienen además el platillo en que descansa, otro algo más pequeño que encaja por la parte superior á guisa de tapadera. Aplícase á la boca, teniendo cuidado de sostener con un dedo el platillo de encima y de este modo las hojas de té contenidas en ella, grátiis para el espectador, no pueden pasar por sus intersticios, que sólo dan salida al líquido tan apreciado entre los chinos y entre muchos europeos. Cada media hora pasa otro criado llevando una bandeja cubierta de pañuelos de algodón, humedecidos al vapor, que sirven al público sofocado por el caliente té, de servilletas con que enjugar la transpiracion y lavarse la cara.

Habiendo pasado más de quince dias de buen tiempo, decidimos aprovechar la ocasion para ir á visitar la ciudad china. Encuentro punto ménos que imposible dar una idea exacta del Shanghai chino á aquel que no le ha visitado. El escritor podrá hacerlo peor ó mejor, segun su talento descriptivo, pero nunca el lector podrá formarse un juicio verdadero por la sola lectura de unas líneas. Calles estrechas y tortuosas, por las que podrían pasar cuatro personas de frente, si los mercaderes no ocupasen de ellas la parte que les parece conveniente para exponer sus artículos; dejan apénas paso á una sola persona que transita á fuerza de rodeos, mirando dónde pisa, sin descuidar, al mismo tiempo, su cabeza, pues si por abajo hay que

dejar algo libre, tómanse en cambio la revancha por arriba, donde inmensos tarjetones oscurecerían la luz del sol, si sus rayos no estuviesen ya interceptados por los aleros de los tejados, que muy avanzados, casi se tocan entre sí. Casas de madera, de un sólo piso, cuyas fachadas no se ven por estar convertidas en puertas que dan luz y entrada á oscuras tiendas, en cuyo fondo á primera vista no se distinguen más que sombras que de un lado á otro discurren. Si por caso extraño se ve una sin compradores, distínguense, en cambio, una larga fila de cabezas y brazos. Son los dependientes que, apoyados sobre el mostrador uno al lado de otro, no encuentran aún bastante sitio para todos. Imposible parece que se puedan revolver en la pequeñísima trastienda, porque no hay que imaginarse que se encuentran allí grandes almacenes. La animación de las calles es sólo comparable á la que nos figuramos debe reinar en un hormiguero; el piso embaldosado forma una especie de barro resbaladizo para las suelas de los zapatos europeos. Así anduvimos durante media hora, casi asfixiados por la falta de aire, haciendo prodigios de equilibrio y detenidos á cada instante por los fuertes suspiros de los que van cargados, quienes, á la par que con ellos se ayudan y dan valor, se sirven de él como los mozos de café del grito proverbial con que en Europa se abren paso entre los consumidores. Por fin vimos en el horizonte un rayo de luz, al que, ansiosos de respirar, nos dirigimos. Era, en efecto, una calle más ancha que las otras, pero los dos tercios de ella estaban ocupados por un arroyo infecto, cuyos pestilentes miasmas delataban bien su destino. Se conocía perfectamente que era una antigua alcantarilla cuyas piedras habían desaparecido por el uso de los años y del tránsito, pero no hay esperanza de que se piense en cubrirla de nuevo. Todas las calles están construidas sobre alcantarillas, cubiertas tan sólo por grandes baldosas. Esta obra debió hacerse muchos años hace y no se ha empleado un céntimo en conservarlas. Así hay más de una tercera parte de su totalidad que han desaparecido, sin que al ménos se haya tenido la precaucion de cambiar el destino para que fueron construidas. Todas las inmundicias van á parar á estos arroyos, que no están ya completamente cegados

por el cuidado de los traperos y estercoleros que constantemente extraen de sus fondos cuanto puede serles útil y de algun valor.

Entré con curiosidad en la pagoda de Buda, y no pude menos de observar con sorpresa la indiferencia del público que en ella se hallaba; hablaban, reían, fumaban, etc., sin tener más cuenta del lugar sagrado en que se encontraban que si estuviesen en medio de una plaza; y debemos tener presente que la cantidad de dioses allí encerrados, colocados en hilera sobre fuertes tallas apoyadas en la pared, era más que suficiente para imponerles respeto, siquiera por su número. El fondo lo ocupaba casi por completo la imagen de Buda, de colosal tamaño; á sus piés una especie de altar en el que se depositan las ofrendas, que se comen luégo los bonzos. Los muros laterales, cubiertos de estantes en que descansan las efigies de infinidad de santos varones, expuestos en hilera como en la tienda de un marmolista. Si alguno tiene hecha alguna promesa, llégase á cumplirla á los piés del santo de su devoción, donde se postra y ora miéntras arde una vela que preventivamente ha comprado en la puerta, sin ocuparse de los que hablan, ni éstos de él. Si paga algo más que la vela, se unen los bonzos á la oracion con acompañamiento de música.

Mediante una propina al guardian, pudimos visitar la vivienda particular del taotai, que como toda casa principal, tiene un muro construido frente á la puerta, á fin que los malos espíritus no puedan colarse de rondon en sus habitaciones. El recinto interior está lleno de pequeños pabellones, de un solo piso, colocados á capricho y destinados la mayor parte á salas de recepcion, con sus butacas y mesas, que le dan más bien el aspecto de un restaurant. Un jardin llena el espacio comprendido entre los distintos edificios, por el que se ven diseminadas grandes piedras que quieren imitar bustos, etc. Nada particular dentro de los cuartos; butacas de madera, mesas, y entre estas últimas, gran cantidad de faroles de papel, algunos muy caprichosos y bonitos; los muros, cubiertos de inscripciones, constituyen todo su ornamento, al que sólo me resta añadir la cantidad de *bitelots* que á su mo-

rada oficial se había llevado, para dar una idea exacta de ellos.

Casi al lado de esta casa se encuentra la de un vendedor de peces de colores. Entramos á verlos : en infinidad de tinajas estaban colocados por órden de tamaños, desde el microscópico hasta el de media cuarta de grande. Grandes y chicos, todos tienen los signos característicos de los animales chinos; cabeza muy grande, achatada y ojos saltones; éstos son los rasgos peculiares que vemos sobresalir en todos sus dibujos y que hasta en los perros de raza se distinguen perfectamente.

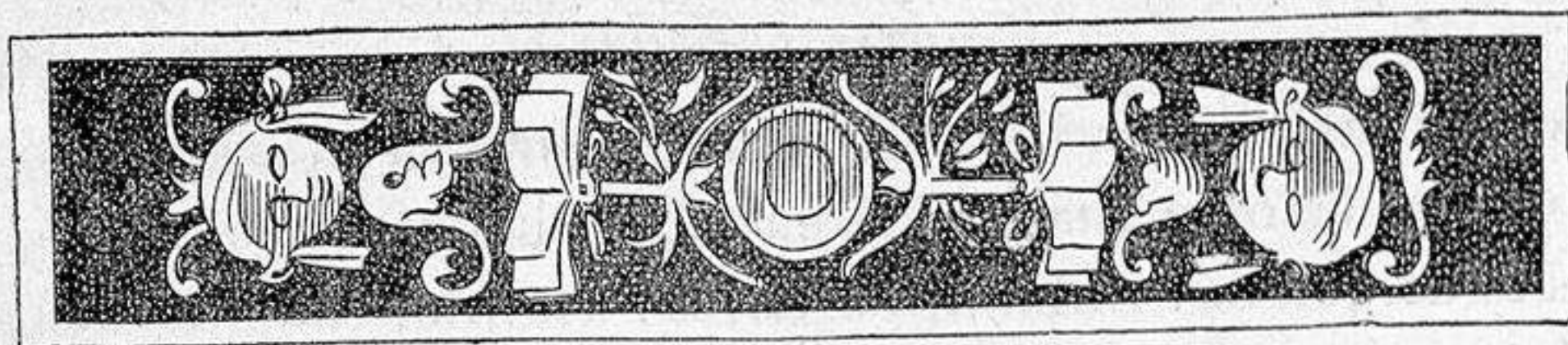
El jardin de té es á la China lo que á España el café ; vése siempre concurrido, y al ruido natural á este género de establecimientos, hay que añadir aquí el producido por otros tantos pájaros, que ya sobre las mesas, ya colgados en sus jaulas en el exterior, arman una algarabía infernal. Raro es el chino de mediana posicion que no tiene su pájaro, al que lleva á todas partes, y particularmente al jardin de té. Por las mañanas le sacan fuera de puertas ántes que amanezca y no vuelven á sus casas hasta que el ave ha cantado una ó dos horas.

Resultándome ya esta carta demasiado larga, dejo para mi próxima el continuar dando algunas noticias sobre Shanghai.

EMILIO DEL PEROJO.

Pekin y diciembre de 1878.





CASUÍSTICA HISTÓRICA.



ESTE título necesita alguna explicacion, sin lo cual pudiera acontecer que mi lector dudase un punto acerca del sentido que trato de darle. Entiendo por él el exámen moral de la conducta de personajes de la misma época, comprendido en las mismas relaciones y trato, como los casuistas de otro tiempo, de evaluar el peso respectivo de las culpas que cometieron unos contra otros, á fin de penetrar en su conciencia y de apoderarme del carácter y los límites. Estos personajes son históricos, esto no hay por qué decirlo, son elevados señores y grandes damas que tuvieron en sus manos el destino de las naciones. Cometería una falta grave contra el método sociológico si aplicase á tales gentes las reglas de la moral de nuestro tiempo, que es mejor que la del suyo. No; las juzgaré segun sus costumbres propias, sus hábitos, su estado mental, en una palabra, para servirme de una expresion moderna que seguramente no hubieran comprendido y sin lo cual precisaría ser más severo con ellos de lo que yo pienso ser. Deducido todo esto equitativamente, quedará un cuadro de conciencias bastante feas. Me veré así inducido á considerar, al ver lo que han sido las aristocracias

cuyos servicios no niego, el mejor medio posible de reemplazarlas dentro de las democracias modernas.

La escena de mi casuística pasa en Francia, en la mitad del siglo xvi. Los actores son el condestable de Borbon, Luisa de Saboya, madre del rey, y el rey de Francia Francisco I.

El condestable de Borbon hizo traicion á su rey y á su patria, y la traicion no consistió, para ser más odiosa, en entregar plazas fuertes, provincias y ejércitos; pero huyó de Francia, aportando al gran enemigo Cárlos V sus servicios, que no eran de escaso aprecio, porque reunía á mucho valor y decision, una gran capacidad militar. No fué un Pichegru, traidor cobardemente, que aseguraba con sus avisos clandestinos y disposiciones calculadas la derrota de los soldados que se le confiaban; fué un Moreau que llevó al campo enemigo sus consejos y su habilidad.

Se mostró tan resueltamente traidor á su rey y á su país, que Cárlos V no vaciló en encargarle de sostener con teson la revindicacion de la Borgoña, á la cual Francisco I se negó no ménos obstinadamente. Hé aquí la cláusula que se pretendía imponer al prisionero de Pavía, el cual, decía el articulado que redactó Cárlos V, «nos restituye por completo, como nuestro antiguo patrimonio que nos pertenece por nuestra casa de Borgoña, todo el ducado de Borgoña, lo que de él dependa, en union de todos los demas condados, villas, tierras y señoríos que el difunto monseñor Cárlos, duque de Borgoña, nuestro bisabuelo, tenía y poseía á la hora de su muerte, tanto en virtud de la concesion hecha en 1363 por el difunto rey Juan al duque Felipe el Atrevido, su hijo, para él y toda su posteridad, confirmada por el rey Cárlos V en 1364, que tambien en virtud de los tratados hechos posteriormente entre el difunto rey Luis XI y el buen duque Felipe y el duque Cárlos nuestros antecesores, primero en la ciudad de Arras, en el año 1435, y despues en la villa de Conflans, en el año 1465, y en la de Perona en el año 1468 (1).» Era una desmembracion de la Francia, sólo comparable á la que ha sufrido en 1871,

(1) *Revue historique*, t. VIII, p. 300.

merced á la indecible incapacidad de Napoleon III y de sus adláteres.

Era tambien otra desmembracion, pero ésta en pro del Condestable, la demanda que hacía Cárlos V de erigir la Provenza y las antiguas posesiones de la casa de Borbon en reino independiente, y de coronar rey al Condestable. Ni la Borgoña se desmembró, ni la Provenza cayó en poder del tráfuga; pero aquí las intenciones son el todo, y está claro que este hombre, convertido en servidor de Cárlos V, no pensaba en salvar á su país natal de ninguna humillacion, ni de ruina alguna.

Halló la muerte del soldado en una empresa singular, en la que tomó la iniciativa, y acerca de la cual se ignora lo que deseaba á punto fijo. Puesto por Cárlos V al frente de las tropas que habían ganado la batalla de Pavía, cansóse de su inaccion, y de improviso encaminóse al Sur de Italia. No se averiguó en un principio lo que proyectaba; pero pronto se manifestaron sus designios. Iba á Roma: apénas llegó al pié de sus murallas, atacó, y al subir por una escala de asalto, fué herido de un tiro de arcabuz. No por esto dejó de tomarse la ciudad pontificia, y tuvo que sufrir por espacio de ocho ó nueve dias los más abominables excesos de una soldadesca, católica por cierto, pero desenfrenada, á la que el emperador jamás se dignó disciplinar. Hay pocos ejemplos en la historia de una agonia tan larga como la de esta ciudad infortunada. Byron, en su *Desformed transformed*, segunda parte, escena primera, ha pintado este fin del atrevido capitan, y termina haciendo decir á uno de sus personajes que lo ve espirar:

Good night, constable: thon wert a mans.

Era un *hombre*, en efecto, capaz de mucho bien y de mucho mal.

Byron, en esta misma obra, ha supuesto que en el instante de la muerte volvió á recordar su patria, y le hace decir á uno de sus camaradas: «Si fueras algun dia á Francia...» Pero indudablemente es una satisfaccion que el poeta da á la verosimilitud dramática. El hecho es que, por lo ménos en mi entender, no existe indicio alguno de pesar ó remordimiento en

el ánimo del condestable de Borbon. Pero, sea cual fuere su sentir ó pensar, nada hay que modificar en el juicio hecho por Bayardo moribundo, cuando compadecido por el tráfuga, declaró que no era él quien merecía la piedad, sino el hombre que había faltado á la fidelidad para con su rey y su patria.

Este juicio lo ha ratificado la posteridad. No obstante, la equidad histórica quiere que se consideren tambien las circunstancias atenuantes. Primeramente, en aquellos tiempos los grandes señores estaban ligados á su patria por un lazo poco fuerte, que se ensanchaba mucho segun las circunstancias. Bajo la influencia de faltas reales ó de sugerencias ambiciosas, se ligaban sin muchos escrúpulos con los príncipes extranjeros y guerreaban contra su rey. Esto aconteció durante todo el siglo xvi hasta Luis XIII y Richelieu, que castigaron severamente estos malos hábitos y no dejaron impunes á los perturbadores privilegiados. Pero los indignos tratamientos á que el condestable de Borbon se vió sujeto, son la verdadera disculpa que pudiera invocar un defensor de su memoria. Con odiosos pretextos se intentaron contra él procesos sobre procesos. Se había atacado ante el Parlamento de Paris la donacion universal consentida por Susana de Borbon en beneficio del condestable su esposo. Se reclamaron las de las posesiones de la rama primogénita de Borbon que, regidas por la ley romana, eran transmisibles á las mujeres ó podían éstas transmitir. Se habían reivindicado las de las posesiones de la misma rama que en otro tiempo se rigieron por la ley monárquica de acaparamiento. Se le habían quitado los condados de la Marche y de Gieu, el vizcondado de Murat y otros bienes y señoríos. Se excitó contra él á los Duprat, los Lizet, los Poget y todos los legistas serviles. Por último, se le precipitó en las extremas inspiraciones de la desesperacion, amenazando con hacer de él un noble de 4.000 libras de renta. Hubiera precisado más patriotismo que el que entónces tenían los nobles y que el que tenía el condestable de Borbon para permanecer fiel. Dos siglos ántes Roberto de Artois llevó á Inglaterra sus resentimientos y se convirtió en el azote de su país; pero los resentimientos de Roberto de Artois eran injustos, porque fué

falsario y condenado como tal, mientras que Borbon era víctima de las más viles pasiones.

Ahora bien; ¿por qué este primer príncipe de sangre era víctima de una persecución tan activa y poderosa? Aquí es donde lo innoble se une á lo odioso. Luisa de Saboya, madre del rey, le persiguió con sus deseos primero, y después con sus pretensiones matrimoniales. Tenía cuarenta y siete años y él treinta y dos. No pensaba en ella y la rechazó. Esta mujer, vieja y lasciva, no se dió por vencida, y se hizo fuerte, arruinándole, para obligarle á que fuera su marido. Todo cuanto obtuvo fué impulsar á un extremo á un hombre altivo y resuelto, suscitar á Carlos V un auxiliar importante y molestar tanto al rey de Francia como á la Francia. No es un hermoso papel el de Luisa de Saboya.

Si los impulsos livianos de una mujer de cerca de cincuenta años causaron tanto mal al reino, sus impulsos de odio no lo causaron menos. Luisa de Saboya odiaba mucho á Lantrec, y quería perderlo, á causa de su hermana, madama de Chateaubriand, querida del rey, cuyo crédito y favor la hacían sombra. Presentóse la ocasión y la alta y poderosa dama no la dejó escapar. Lantrec estaba al frente de un ejército con el cual defendía el Milanesado y lo conservaba al rey de Francia. Este ejército estaba compuesto en gran parte de suizos, que no se podían sostener más que pagándolos. Cuatrocientos mil escudos había en manos del superintendente de Hacienda, Semblançay, prontos á partir para Italia. Luisa de Saboya se apoderó de ellos. El efecto de esta medida bien calculada, es inmediato. Los suizos sin pagar se amotinan, obligan á Lantrec á llevarlos al enemigo y, vencidos, se retiran á sus montañas. El Milanesado se pierde, pero Lantrec también, y la madre del rey está contenta. ¿Qué pesa, en semejante conciencia la pérdida de una provincia, junto á tal satisfacción?

Esto es abominable, pero, hé aquí, lo que es más todavía. El rey abate á Lantrec con el peso de su cólera; el desdichado general expone que la causa de su pérdida es la falta de dinero. ¿Y los cuatrocientos mil escudos? Semblançay, llamado para atestiguar, dice que no fueron á Italia porque la madre del rey se apoderó de ellos. Entónces la alta dama coronó la

indignidad de su conducta con la infamia de una mentira; declara que los cuatrocientos mil escudos eran suyos, como procedentes de sus economías, y que sólo estaban en manos del superintendente á título de depósito. Desde este momento el desdichado superintendente está perdido. El rey consiente en que se nombren comisarios para examinar los papeles de Semblançay. El canciller Duprat, á quien no repugnan las viles mentiras, escoge comisarios, que haciendo lo que se quiere, condenaron al íntegro superintendente á ser ahorcado. Y lo fué, el rey firmó la sentencia. La opinion pública se indignó y Marot fué el eco, en estos versos que conservan aún alguna celebridad:

Lorsque Maillard, juge d'enfer, menoitt
 A Monfaucon Semblançay, l'ame rendre,
 A vostre avis, lequel des deux tenoit
 Meilleur maintien? Pour vous le faire entendre
 Maillart sembloit l'homme que mort va prendre
 Et Semblançay fut si ferme vieillart,
 Que l'on croyoit, pour vrai, qu'il menoitt pendre
 A Montfaucon le lieutenant Maillart (1).

¿Qué hemos de decir ahora del papel del rey Francisco I en todo esto? No tiene ninguna queja contra Borbon, que es un príncipe de la sangre, que le ha servido brava y fielmente, y que está pronto á servirle con no ménos bravura y fidelidad. Tales son las relaciones entre estos dos hombres. Con esto, aquel á quien su alta mision debe hacer protector equitativo de todos sus súbditos, se asocia á las pasiones vergonzosas de su madre, persigue á Borbon sin descanso, le despoja y le deja sin recursos. Es violento é injusto, pero, ¿qué es en el asunto de Semblançay? Mancha, sabiéndolo y viéndolo, su conciencia, con

(1) La traduccion literal, es como sigue:

Cuando Maillart, juez infernal, llevaba
 A Semblançay para morir en Montfaucon,
 ¿Cuál de los dos tenía, en vuestra opinion,
 Más serenidad? Para que lo sepais
 Maillart parecía el hombre que camina á la muerte,
 Y el anciano Semblançay, tan sereno iba,
 Que se creyó, á la verdad, que él era quien iba á ahorcar
 En Samblançay al juez Maillart.

una horrible injusticia, y sus manos con sangre inocente, y su corona con un crimen. Verdaderamente se aparta uno con horror ante tal falta á la funcion real. Seré con él todo lo indulgente que se quiera, y concederé que como buen hijo, cubriera con manto de respeto las indignas debilidades y criminales manejos de su madre; pero todo tiene sus límites. No debía sacrificarle á Borbon, y ménos aún á Semblançay. Leyendo en la historia estos innegables relatos se admira á Luis XIII, quien no permitió jamás á su madre, ambiciosa y turbulenta, que conturbara su reino y comprometiera la seguridad de sus súbditos y la integridad de su corona. Luis XIII es un rey fuerte y penetrado de sus deberes: Francisco I es un triste rey, débil y violento, poco lleno de sus deberes, y mucho de sus derechos.

Después de la pérdida de la batalla de Pavía escribió á Francia: «Todo se ha perdido, ménos el honor.» Si conservó su honor de rey en esta jornada, afirmo que lo perdió el día en que, con una sentencia inicua, envió al cadalso á Semblançay, y no puede evitar verse comparado, al firmar la sentencia, al consejero Maillart, que estaba más pálido que aquel á quien llevaba á ahorcar. Sin duda creyó que podía, sin grandes escrúpulos, sacrificar un súbdito débil, para asegurar la tranquilidad de su madre: y lanzó la víctima en los asesinos brazos del Molock real. Más tarde, al suavizarse las costumbres, bajo Luis XIV, un Semblançay hubiera sido aprisionado en la Bastilla. Sea lo que fuere de la moral regia ó de la moral relativa, es una fea mancha en la vida del rey caballero, esto de hacer ahorcar á un viejo y leal servidor.

Me he preguntado más de una vez lo que significaba esta frase que es célebre: «todo está perdido ménos el honor,» no ya en el pensamiento del rey (quiso decir ciertamente que se había batido bien, y que había expuesto su persona), sino en efecto y en realidad. Francisco I mandaba su ejército y todos los relatos concuerdan con decir que perdió por su falta la batalla y que la victoria la tenía segura si hubiera sido ménos temerario y ménos incapaz. Ahora bien, el honor de un general de ejército consiste en alcanzar la victoria, no en dar con más ó ménos fuerza hachazos ó sablazos. Imaginémonos á

Napoleon I regresando de Waterloo á Paris, y defendiéndose con decir que había disparado intrépidamente contra los ingleses que le atacaban por delante y los prusianos que le tomaban el flanco. Pero se nos dirá inmediatamente que los tiempos han cambiado, recordando la relatividad histórica, y que en el siglo xvi un jefe de ejército, podía sin falsear su misión, confundirse entre los combatientes, unir á la habilidad la proeza, y como el príncipe de Enghien en Cerisoles, permanecer envuelto en su propio triunfo. Convengo en ello, pero es preciso no sacrificar el capitán al soldado. Los ejemplos que deben imitarse son los del príncipe Negro, de Gonzalo de Córdoba y otros, que no dejaban lo esencial por dar un golpe. En Poitiers, el rey Juan fué tan valiente y poco hábil como Francisco en Pavía; pero no escribió nada para disculparse ó congraciarse. Es digno de notarse que tres soberanos franceses fueron hechos prisioneros en batalla campal. Juan en Poitiers, Francisco I en Pavía y Napoleon III en Sedan. No insistiré acerca de sus respectivas proezas; pero los tres merecieron por su incapacidad militar, ser cogidos por un enemigo victorioso.

Vuelvo á mi casuística. Declaro que el rey Francisco I es el más culpable, que su madre Luisa de Saboya es la más mala, y que Borbon es un sacrificado á quien la desesperacion y el resentimiento llevaron á una acción condenable.

Estas sombrías y bajas intrigas que dan por resultado la fuga del uno, el cadalso del otro, la derrota de un ejército francés, la pérdida del Milanésado, son muy repugnantes. Y no obstante, estamos en la época florida de la más fina aristocracia. Francisco I pertenecía á la línea real de los Valois, que tiene el cetro de Francia desde el principio del siglo xiv y que es heredera de la antigua casa de los Capetos, la casa real más noble de toda Europa; unamos á esto que la línea de los Valois ha dado por una de sus ramas origen á la altiva familia de los duques de Borgoña, que ha estado á punto de fundar un poderoso imperio al Este y al Norte de la Francia, y que revive en Carlos V por María, hija de Carlos el Temerario. El condestable de Borbon sólo es inferior á los Valois en un grado: desciende directamente de San Luis, y por él de Hugo Capeto; si faltaran los Valois la herencia real

volvería á los Borbones, y bien pronto, en efecto, darán un Enrique IV á la Francia, uno de los más grandes reyes que hemos tenido. Luisa de Saboya no está mal colocada en estos altos parentescos; es hija de la casa de Saboya, poco ménos antiguos que los Capetos y destinada á llevar la corona de Turin primero, luégo la de Roma y la de Italia. ¿Qué puede pedirse que sea más grande y más noble? Y sin embargo, ¿puede darse algo más repugnante que lo que acabo de contar?

No quiero mezclar la religion á la moral. De otro modo anotaría que todos estos personajes eran excelentes católicos. Se les hubiera escandalizado mortalmente si se les hubiese propuesto renunciar á cualquiera de los artículos del *Credo* ú omitir cualquier práctica de la Iglesia. Hasta fueron ardientes perseguidores de los herejes que empezaban á pulular en Europa; Francisco I se distinguía por su celo contra los luteranos, y los príncipes de Saboya son célebres por las sangrientas ejecuciones que despoblaron varios valles de sus montañas. Si se confesaron de pecadillos que encuentro graves y á ellos les parecían leves, obtuvieron fácilmente la absolucion y su penitencia no hizo ruido alguno.

Escritores de nuestro tiempo, de gran mérito, han sostenido que la ruina de las antiguas aristocracias era un desastre social, y que el ascendiente de las democracias modernas, que las nivelaba, preparaba á la civilizacion futura, si en estas condiciones puede haber una civilizacion futura, y á la posteridad ofrecía los mentís más crueles. Uno piensa que todas las elegancias, toda la distincion, todos los placeres que no florecen en medio de las aristocracias, están destinadas á perecer bajo las influencias groseras de un elemento plebeyo, y que el régimen democrático es un invierno glacial que agostará, sin salvarse una sola, las hermosas flores del pasado. Otro no es ménos pesimista; pero inclínanse sus temores á la parte política: no hay gobierno efectivo más que en manos de las aristocracias reales ó señoriales; fuera de ellas amenaza terriblemente á las poblaciones, faltas de sus jefes naturales, una peligrosa anarquía. Así, segun estos aspectos, merced al movimiento nivelador, toda belleza perece, desaparece toda seguridad.

No puedo compartir estas aprensiones. En primer lugar,

si una decadencia profunda alcanza á las antiguas aristocracias que en otro tiempo gobernaron á los hombres, es porque alguna lesion íntima se ha escondido en su seno y no les permite llenar las funciones superiores que les estaban encomendadas. Y además, si frente á frente y en rivalidad se elevan nuevas clases que no sufren ya su antigua preeminencia, es porque estas nuevas clases ganaron una vitalidad y un poder que las alientan á la competencia. Sí, indudablemente dicen los escritores á quienes aludo, así acontece y esta es la desgracia: las aristocracias son irremplazables; por culpa suya, por su grandísima culpa, las poblaciones modernas las hacen pasar bajo el nivel; llamais á esto progreso y civilizacion; pero es un mal progreso y una mala civilizacion.

Estos son vivos pesares. No opondré á ello que mis esperanzas son no ménos vivas; porque pesares y esperanzas son cosas subjetivas, pero prefiero lo objetivo y los hechos. Que las aristocracias puedan reemplazarse, pondré para ejemplo de esto las cualidades guerreras que se unen ó iban unidas á las costumbres aristocráticas. En la alta Edad Media, los ejércitos estaban compuestos en su esencia de nobles, montados en vigorosos caballos y cubiertos de hierro; los villanos iban á pié, é influían poco en el asunto.

Confiese que no hubo nada más valiente que esta caballería; pero vino á perecer en los campos de Crecy, de Poitiers y de Azincourt contra los arqueros ingleses, bien armados y apostados. Poco despues, una caballería no ménos brava sucumbió en Grauson y en Morat bajo los golpes de la infantería suiza. Ante estas decisiones del hecho, es preciso renunciar al antiguo armamento y á la antigua táctica. ¿Acaso han bajado por esto las cualidades militares en el general ó en el soldado? ¿Quién osará decirlo? La solidez, la disciplina, las combinaciones han adquirido un inmenso desarrollo, y la supresion de la aristocracia guerrera no ha producido ningun perjuicio á las cualidades que forman el buen soldado y al genio que pone en práctica estas cualidades.

Pero dejemos este punto particular, y vengamos al tema general. En primer lugar, observo que se incurriría en engaño con respecto á mis miras sociológicas en este debate, si de ad-

versario de las opiniones que deploran la decadencia de las antiguas aristocracias, se me transformara en adversario de las tradiciones que aquéllas nos dejan y del reemplazo que de ellas dimana. No admito que su decadencia sea una desgracia social; pero respeto sus tradiciones y las aplico á un elemento diferente del que animaron.

Una de las funciones que en otro tiempo llenaron las aristocracias era sostener la distincion de las maneras, la elegancia de las costumbres, la cortesía bajo todas sus formas, é impedir que la grosería fuese dueña y señora de las relaciones sociales. No niego que las aristocracias lo realizaran hasta cierto punto; pero lo que niego es que nos hayan dejado modelos irreprochables, modelos que debemos renunciar á sobrepujar.

Aténas, metrópoli de tantas bellezas y tan aristocrática, á pesar de su título democrático, como las noblezas más altivas, representaba en sus espléndidos teatros las obras de Aristófanes. Ahora bien; es imposible encontrar nada más obsceno que ciertos pasajes de estas comedias; y aquello se representaba, no sólo ante hombres, sino que también delante de mujeres. Imaginaos á Rabelais con sus frases más groseras y sus más escabrosas escenas, puesto en escena con magnificencia ante nuestras poblaciones del día, y no vacilo en deciros que el asco las sublevará y no esperarán á que la función termine.

En Roma en tiempo de Ciceron, de César y de todos aquellos dueños del mundo, levantábanse de la mesa, procuraban vomitar y volvíanse á comer: *edunt ut romant, vomunt ut edant*. Nuestras comidas están libres de operaciones tan asquerosas. Al fin del siglo xvi y al principio del xvii, en medio de los refinamientos de las cortes y de las noblezas, era costumbre recibir á las visitas en el sillico. Enrique III fué asesinado en una recepción de este género, y el duque de Vendôme daba en él sus audiencias. ¿Quién quisiera hoy abrir sus puertas en tal ocasion? Se explicará todo esto como se quiera; pero paréceme que hay mucho que quitar de la elegancia y de la distincion aristocráticas del pasado, y que le era inherente una parte notable de la grosería.

Y las artes con su brillo infinito, ¿dónde se les puede encontrar una atmósfera que les favorezca y desarrolle, fuera de la

atmósfera aristocrática? Esta atmósfera les fué bienhechora; cierto es esto, pero tambien lo es segun las circunstancias, y segun las circunstancias tambien, no ha previsto su decadencia irremediable. Nada más hermoso se ha visto en el mundo que el florecimiento de las artes bajo el régimen helénico, que reconozco era un régimen esencialmente aristocrático. Pero doblad la hoja de la historia, y todo este esplendor se oculta poco á poco; el manantial se agota hasta el último grado, y si el desarrollo social no acudiera en su auxilio, la pérdida hubiera sido irremediable.

Este ejemplo y todos los ejemplos análogos que es fácil recordar, demuestran que las aristocracias no tienen una virtud absoluta para la produccion y sostenimiento de las artes, y que otras influencias intervienen en la prosperidad y la decadencia de los dominios de lo bello.

La segunda funcion de las aristocracias reales y señoriales es la de gobernar. En cuanto el gobierno se les arrebatara y la clase popular les vence, señaláanse los detestables excesos y las ruinas irreparables que son resultado de esta colision. La Francia revolucionaria se presenta en seguida como ejemplo y espanto. En 1789, á medida que los lazos de la autoridad tradicional se desataban, los males cayeron sobre este desdichado país. Saqueáronse y quemáronse los palacios, y mataron á sus señores; las sediciones conturbaron las ciudades; lleváronse en triunfo las cabezas de las víctimas; invadiéronse las prisiones para degollar á los prisioneros; la fortuna pública se hundió; las fortunas particulares se arruinaron; miles de personas huyeron; confiscáronse sus bienes; el terror se erigió en sistema; la guillotina se levantó permanente en las plazas públicas; los ciudadanos más ilustres y los más humildes perecieron confundidos, hasta que por fin los males comunes no dejaron más que un deseo, el del orden: en este punto un déspota militar se apoderó del poder.

No he atenuado nada. Ahora bien; ¿acaso el reinado de las aristocracias pone al abrigo de estos espantosos desastres, y no dejan pasar por entre sus manos, que se dicen tan poderosas, conmociones que valen tanto como las que acabo de recordar? Abro el libro de Tucídides, y en el tiempo que siguió inme-

diatamente á la más hermosa edad de Grecia, casi bajo Pericles, cuando los dos reyes de Esparta y los éforos dominaban en Lacedemonia, cuando una democracia aristocrática (no puedo caracterizar de otro modo el régimen de las democracias helénicas), guiaba los asuntos de Atenas, veo estallar espantosos desórdenes que pueden ponerse en parangón con lo peor que nosotros hayamos visto. No vacilo en relatar aquí este grave testimonio de un contemporáneo.

En el libro III de su historia, nos dice que en Corcira surgió una violenta sedición entre la democracia y la aristocracia, es decir, entre los partidarios de la alianza con Atenas y los de la alianza con Lacedemonia; la guerra del Peloponeso había empezado. Todos los horrores se vieron en este pequeño teatro. La llegada de los atenienses, la marcha de los peloponenses dieron ventaja al pueblo, que degolló en seguida á todos los adversarios que hubo á las manos. Se persuadió á varios aristócratas para que buscaran asilo en las naves: hiciéronles entrar en ellas y se les mató. Cerca de cincuenta se habían refugiado en el templo de Juno: sacáronles diciendo que se les juzgaría: se les juzgó en efecto y todos fueron condenados á muerte. Los demas, viendo lo que pasaba, se mataron de varios modos. Durante siete dias los corciros mataron á los que juzgaron como enemigos del estado popular; pero con este pretexto se satisficieron muchas enemistades. Otros fueron muertos por sus acreedores, que se cobraron de este modo. Se vió el espectáculo de todos los géneros de muerte. Los padres mataron á sus hijos, los hombres se veían sacados de los templos y degollados en las cercanías. Se tapió el templo de Baco y los que en él se guarecieron perecieron de hambre.

Estos furores sorprendieron, porque era el primer ejemplo; pero muy pronto se vió que no eran accidentales: el contagio se propagó casi en toda la Grecia. Los dos partidos llamaron el uno á los atenienses y el otro á los lacedemonios, y complicaron con la guerra civil la extranjera. Aquellas ciudades que incurrieron últimamente en estas turbulencias, se esforzaron con detestable emulacion en sobrepasar los excesos de las demas. Se inventaban nuevos medios de sorprender al adversario y nuevos suplicios para éste. Cambiaba el sentido de

las palabras: la audacia inconsiderada se llamaba valor, la prudencia timidez. Al que era violento en palabras, se le creía digno de fe: en cambio se sospechaba del que era parco. Se elogiaba la habilidad del que preparaba emboscadas cuando éstas daban resultado. Preferidos eran á parientes y amigos los hombres del partido, porque estaban más dispuestos á atreverse á todo. Méenos seguridad había en los juramentos que en la complicidad de los crímenes cometidos. Si acontecía que se prestaran recíprocamente un juramento para reconciliarse, este juramento no valía más que hasta tanto que se hallaba ocasion de sorprender de improviso al reconciliado. Los jefes de las ciudades, en sus esfuerzos por triunfar unos de otros, intentaban los más atroces desafueros, proseguían las enemistades y castigaban á sus adversarios con las penas más crueles. En cuanto á los ciudadanos que permanecían neutros, sea porque no tomaban parte en los conflictos, ó ya á causa de su inmunidad en los males comunes, se veían acosados por uno y otro partido.

Y la terrible aristocracia romana, por una parte tan apegada al dinero y usurera sin piedad, y por otra tan hábil en política, tan animosa en los campos de batalla y tan pronta á todo que logró la conquista del mundo, ¿acaso vivió mejor y consiguió preservarse y preservar á los suyos de sangrientos desórdenes? Mario y Sylla, César y Pompeyo, Bruto y Octavio, Octavio y Antonio nos dan la respuesta con toda la precision apetecible. Los asesinatos los hubo en todas partes. La cabeza y las manos de Ciceron aparecieron expuestas en la tribuna pública: el populacho no es el único que se adorna con estos trofeos. Las violencias contra la propiedad no fueron menores que las violencias contra las personas: el *veteres migrate coloni* de Virgilio, y el no ménos expresivo *undique totis, Usque adeo turbatus agris*, nos recuerdan una expoliacion agraria entre todas las de esa larga edad de desórden y de sangre. Por lo demas, el mismo Virgilio nos ha trazado un cuadro del fin de este período lamentable que, aún cuando más corto, no es ménos expresivo que el de Tucídides, y que tiene derecho como testimonio contemporáneo á figurar aquí:

*Quippe ubi fas versum atque nefas: tot bella per orbem
 Tam multæ scelerum facies: non ullus aratro
 Dignus tronos: squalent abductis arva colonis,
 Et curvæ rigidum falces conflantur in eusem;
 Hinc movet Euphrates, illiuc Germania bellum;
 Vicinæ ruptis inter se legibus urbes
 Arma ferunt: sævit toto Mars impius orbe.*

(Geog., I.)

Estas antiguas historias son muy generales: las hay modernas que no lo son ménos. Recuerdo una, no muy atrasada, de nuestro tiempo, la revocacion del edicto de Nántes. Hé aquí una corte donde el parangon de los reyes ostentó su grandeza: á su derredor brillan los señores más cumplidos del mundo, muy serviles con su amo, pero llenos de privilegios exorbitantes para con el pueblo; mujeres encantadoras embellecen esta corte y piadosos prelados la santifican. Es el punto donde se da cita una nobleza de alto rango, y la sede de una elegancia refinada y de una santidad infinita. Pues bien: de esta brillante residencia, sin provocation alguna, en plena tranquilidad, parten órdenes implacables que van á esparcir la muerte, los suplicios, la ruina, el destierro, la desesperacion en gran parte del reino confiado á la providencia del rey. El terror del 93 es digno de execracion; pero la revocacion del edicto de Nántes lo es todavía más: y digo esto, no porque sin ser realista ni aristócrata tenga poca indulgencia para las faltas aristocráticas: hablo objetivamente como se expresan los alemanes; la primera causó ménos daño que la segunda. El número de asesinatos, difícil de evaluar por una y otra parte, tiene, no obstante, en favor del terror que éste se contentó con guillotinar á sus víctimas, y la revocacion, más encarnizada, los torturó y quemó. Nunca, sin profunda conmisericion, considero al niño heredero de la dinastía de los Borbones entregado á las brutalidades de un carcelero, y muriéndose de miseria y malos tratamientos: la revolucion arrebató por miles hijos á sus padres, enviándolos á los hospicios para sustraerlos al protestantismo. Los nobles emigraron en tropel; ¿pero qué es esto junto á medio millon de franceses obligados á huir léjos de una patria cruel y perseguidora? Los bienes de los emigrados se confiscaron: los bienes de los protestantes lo fueron tambien

antes; y si veinticinco años despues de la revolucion los emigrados recibieron una indemnizacion, los protestantes no la tuvieron nunca. En fin, se fusilaba á un emigrado que volvía clandestinamente á Francia; pero se atormentaba y quemaba á los sacerdotes que por abnegacion regresaban para aportar la palabra del Señor á sus afligidos feligreses. El terror no ha enviado á nadie á las galeras: la revocacion pobló las galeras. La revocacion persiguió durante más de ochenta años y hasta la víspera de 1789 á los protestantes que no faltaron nunca en las galeras del rey: el terror se cansó más pronto de sus furores: al cabo de algunos años había desaparecido, y los que de él escaparon pudieron volver á Francia y vivir allí en paz.

Esto basta para que se demuestre que el pueblo no tiene el privilegio de las sangrientas tragedias y de los abominables excesos. Sí, se nos dirá: ¿pero qué importa para nuestra tesis? Sostenemos que las aristocracias reales y señoriales son necesarias al gobierno de los pueblos y á las altas partes de la civilizacion. Y, en efecto, todo esto se ha sostenido porque, si una de estas aristocracias se hundía en el curso de la historia, surgía otra que reemplazaba su mision; pero hoy dia lo que nos asusta es que ya no tienen herederos; están desarraigadas; su funcion suprema perece con ellas.

¿Acontece esto en realidad? Miro á mi derredor y veo las sociedades modernas que en diversos grados están animadas, convengo en ello, de tendencias democráticas, y presentan signos manifiestos de progreso, de desarrollo, de fuerza más grande y de moralidad mejor. La humanidad y la justicia han adquirido derechos que no se niegan ya; reina la tolerancia; la opinion pública tiene autoridad, y no permitiría ciertas infracciones que en otro tiempo se salvaban de su comprobacion; y una publicidad saludable sostiene entre los gobernantes y los gobernados relaciones útiles para ambas partes. Las ciencias prosperan. Las letras y las artes no están en decadencia. La industria nos procura comodidades que no teníamos, y las relaciones de los pueblos nunca fueron más amplias.

No hay, pues peligro alguno.

El pueblo, convertido ó tendiendo á convertirse en una

masa homogénea por la extincion de los privilegios de casta, hace todo lo que se hace. Trabaja la tierra y la explota, transforma la materia en las industrias, concibe las empresas y las ejecuta, trafica por mar y tierra, compone los ejércitos y los dirige, cultiva las artes, las letras y las ciencias, enseña la religion en los templos, da educacion á la juventud, contiene en su seno todas las clases, los ricos y los pobres, los obreros y los campesinos, los jefes agrícolas y los jefes industriales, los generales y los soldados, los eruditos y los ignorantes. Hay, pues, todos los elementos de una aristocracia tan hábil, tan poderosa, tan refinada como se quiera, elementos mucho menos confundidos de lo que se dice; porque en realidad, se desarrollan, gobiernan, y dominan.

Caliban (agradezco al ilustre autor de la *Vida de Jesus* el habernos dado tan buena personificacion de cuanto hay en instintos vulgares y sentimientos envidiosos en las muchedumbres, ó si se quiere en la ascendente democracia moderna), Caliban no lo entiende de este modo: la evolucion histórica le es absolutamente contraria, y la sociología está bastante segura para afirmar que el desarrollo no irá contra la marcha que ha seguido hasta ahora. El fenómeno social es un fenómeno natural igual á todos los demas, y las fuerzas que lo mueven no están, excepto las perturbaciones, á disposicion del pueblo, ni del rey, de los demócratas ni de los aristócratas, de Caliban ni de los señores del mundo.

El sentido implacable es, pues, el del apotegma latino, contra el cual la creencia moderna se subleva resueltamente. ¿Pero puede ponerse algo en su lugar? Y si el género humano no ha nacido, como parece resultar, de la historia pasada, que nazca de ella para procurarse poco á poco la plenitud de la existencia para la cual y por la cual está llamado. La civilizacion en sus progresos ha encontrado una respuesta á la vez decisiva y satisfactoria á esta embarazosa pregunta: el género humano ha nacido para el trabajo libre.

El trabajo llena los dias, contenta con su fruto las exigencias de la vida, tiene el atractivo de todo lo que es obra y resultado: se estima y procura la consideracion y es el gran nivelador de las condiciones. Así el mal no está en la distin-

cion entre el trabajador rico y el pobre; está en que el rico se dispensa á veces de trabajar, y el pobre, á pesar de su trabajo, cae en la desnudez. Sin rechazar (porque los impulsos individuales son múltiples) una elegante ociosidad que se limite á gozar de la riqueza, como en último caso no rechazo tampoco el ascetismo, que busca su satisfaccion en las maceraciones rigurosas, siento que hay ricos que sustrayéndose á todo trabajo, se exceden, se arruinan y se pierden; esta es una espuma que engendra el hervor de la riqueza. Por otra parte, en una region opuesta, el trabajo no basta siempre; las desgracias, las enfermedades, el desórden producen miserias desgarradoras para las cuales la sociedad tiene el deber de buscar sin descanso un remedio; este es un escollo que resulta de los precarios recursos sociales. La espuma y el escollo no desaparecerán nunca por completo; la enfermedad individual y colectiva no permite que nos entreguemos á un optimismo absoluto; pero se los reducirá incesantemente; y el trabajo es el que está encargado de esta doble mision.

Caliban es una intrusion de la animalidad en la humanidad. Al principio (no, porque no sabemos en manera alguna lo que fueron al principio las cosas humanas), pero lo más allá que podamos remontarnos en el género humano, ó por los documentos antiguos, ó por la consideracion de las tribus salvajes; la animalidad es fuerte y la humanidad débil. La obra de la civilizacion es fortificar ésta y debilitar aquella. La animalidad nunca se verá hundida por completo entre nosotros y se ven á menudo terribles pruebas, sea en los individuos ó en las muchedumbres; pero no por eso deja de estar vencida, y la humanidad crecerá incesantemente en nosotros por la industria, por las relaciones de los pueblos, por la ciencia, por las letras, por las artes, por la educacion, por la moral, por el gobierno.

E. LITTRÉ.





LA CONFESION DE UN ESCÉPTICO.

Alejado del mundo,
En el silencio del que llora ó reza,
Abatida en el pecho la cabeza,
Sólo y meditabundo
Un hombre en cuyo rostro se veía
La huella del dolor, así decía.

— «¿Dudaré hasta morir? ¿mi pensamiento
Que triste y solo hácia la muerte avanza
falto de fe, de vida y movimiento
Se hundirá sin consuelo ni esperanza?

Qué tósigo maldito
Compone el llanto que nubló mis ojos
Que, negando el hastío á mi apetito
Con veneno de enojos,
Desbordado torrente, en mi existencia
Me arrebató para funesto engaño
Por cada ilusion falsa un desengaño
Por cada desengaño una creencia?

Triste nuestro destino
Que por sendas oscuras caminando
No ve el fin del camino,
¡Y sudor nuestras frentes
Y sangre nuestras plantas van dejando!

Mas ¡ay! si mis dolores
Son ya marchitas flores
Y el fantasma de ayer se alza iracundo
Pidiéndome la fe de mis mayores:
— *Desgraciado no llores*
responde un grito de verdad profundo,
— *El alma, es el espíritu del mundo*
Encarnado al besarse dos amores.

Y ese grito me alienta
 Hoy que la lucha del pesar me abrumba
 Y hace que en medio de mi duda, sienta
 La suave brisa que la fe perfuma.
 ¡El alma! Dios que santifica el fuerte
 Revelacion del genio y de la gloria
 Innominada fibra,
 ¡Arpa colgada que lo mismo vibra
 En el sauce guardian del polvo inerte
 O en el laurel cantor de la victoria!

No presa del escarnio y del insulto
 Sino triunfante, altiva
 ¡Para que siempre entre los hombres viva,
 Su templo es el hogar y amor su culto!

Al confesarlo así, no me avergüenzo;
 Los siglos que pasaron
 Del hombre las ideas reflejaron;
 Sé que á nadie convenzo
 Mas recojo la herencia que dejaron.
 ¡Si otros en otros siglos pelearon,
 Soldado de mi siglo, caigo ó venzo!

Dudar para creer, mi vida es esa:
 No intentéis preguntar por qué razones.
 Injusto fallo en mi destino pesa;
 La duda no es negar; es la pavesa
 De aventada ceniza de opiniones!

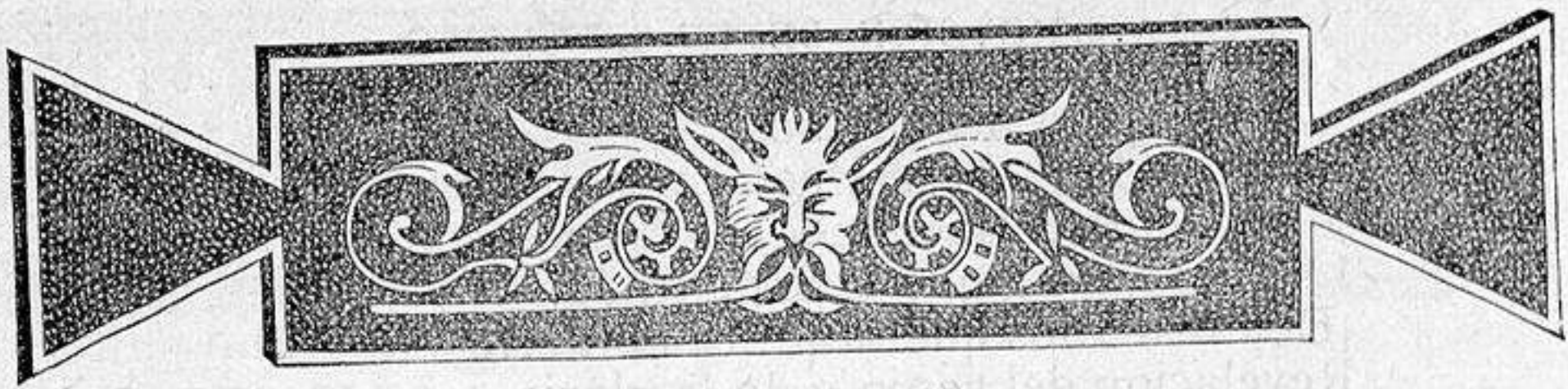
Miserable nací, como nacieron
 Los que más su nobleza pregonaron;
 Pocos me comprendieron,
 Amistades y amores me faltaron,
 Muchos mis entusiasmos olvidaron:
 Los que los apreciaban los perdieron.

¡Ay! si al pasar mi vida transitoria
 Guardé tantos engaños,
 Al cerrarse mi losa mortuoria
 Cuando acaben mis años
 ¿Acabarán también mis desengaños?»—

¡Calló! y al peso de su afan doliente
 De nuevo hundió la frente
 Y, en tanto que sus quejas exhalaba
 Un genio que pasaba
 Al verlo bordear el negro abismo
 Lloraba... y sonreía á un tiempo mismo.

EDUARDO LOPEZ BAGO.





CORRESPONDENCIA DE PARIS.

PARIS 9 de Enero de 1879.

HEMOS tenido, según es uso, ricos *etrennes* bibliográficos. Cada uno de nuestros grandes editores nos ha ofrecido, con motivo del día de año nuevo, dos ó tres magníficos volúmenes impresos en papel de lujo, adornados con numerosos grabados, enriquecidos con soberbias encuadernaciones. No sé si se leen mucho esta clase de obras, y aquí para entre nosotros, lo dudo bastante; pero lo cierto es que se venden, sin lo cual los editores, que son hombres prácticos no se obstinarían en publicarlas. Gastan en ello considerables sumas; en lo que á mí toca, me regocijo de ver que recuperan sus gastos. El público se acostumbra así poco á poco, incluso el público ménos ilustrado, á contar con la literatura; el arte de la imprenta hace progresos, y nuestros dibujantes, cuyo número se aumenta de un año para otro, hallan ocupación á su talento y se perfeccionan con una útil emulación. Todo va bien, de este modo, en el mejor de los mundos posibles, y si durante un mes los libros de *etrennes* perjudican á los libros serios, no nos estaría bien quejarnos de ello en voz alta.

Dos obras se han publicado durante el mes de Diciembre que áun cuando pertenecen por el tamaño y la elegancia de la tipografía á la categoría de los libros de *etrennes*, distínguense de ellos, no obstante, por su mérito. De estas dos obras voy á hablaros hoy. La una es la *Correspondencia de Eugenio Delacroix*, coleccionada por M. Philippe Busty, y publicada por el editor é impresor Charles Quantini,

la otra es la *Mitología de la Grecia antigua*, publicada por Garnier Frères, y su autor M. Paul Ducharme, uno de los jóvenes y sabios profesores de nuestra Universidad.

Pienso que el nombre de Eugenio Delacroix es tan conocido en España como en la misma Francia. Es el nombre de un pintor, cuyo valor artístico nadie discute ya; desde que ha muerto, la voz del pueblo lo proclama hombre de genio; su nombre quedará, según parece, como el del más grande pintor francés del siglo XIX. En la generación nueva tiene más sitio entre los clásicos, en el rango de los maestros, cuyos defectos se excusan para ver sólo sus maravillosas facultades. Si hubiera vivido tanto como Víctor Hugo y como él pasado los tres cuartos de siglo, hubiese también sido testigo de su gloria incontestable. Pero ha muerto hace quince años y sólo su sombra, si á ésta le es dado aparecerse á veces entre los vivos, puede disfrutar del premio de sus esfuerzos. En cuanto á él no conoció más que la lucha, una lucha encarnizada, tenaz, de más de cuarenta años señalada á veces por brillantes triunfos, aún con más frecuencia llena de decepciones y amarguras. Desconocido por la inmensa mayoría del público, negado y rechazado como el más fatal revolucionario por el Clan omnipotente de los artistas oficiales, befofo y escarnecido, sin recoger á menudo más que burlas y silbas, como premio de los más animosos esfuerzos, sostenido sólo por algunos fieles partidarios, jamás se doblegó ni desertó de la lucha; nada, ni la miseria, ni el desden, pudo hacerle abandonar lo que él consideraba como la verdad artística. Permaneció, hasta sus últimos días, atormentado, pero no desalentado, en el campo de batalla. Pero lo que ha sufrido en esta lucha sólo hoy lo sabemos, desde que se ha publicado su correspondencia. Por ella medimos todo el valor que ha necesitado y toda la voluntad para no desanimarse, y de lo que podemos estar seguros, es de que si la lucha sobrecitó sus fuerzas, también las gastó; es muy cierto que abrevió sus días. No vuelve impunemente el más valiente soldado á empezar el asalto todos los días.

La *Correspondencia de Delacroix* nos revela cuán tierna era el alma de aquel á quien nos figurábamos de buen grado como un campeonador que sólo gozaba en la pelea. En sus cartas á sus amigos, nos habla, sin duda, de sus proyectos, de sus empresas, de la pintura, esa pasión de su vida; nos habla, sin embargo, ménos de lo que pudiera creerse, ménos de lo que el lector desearía; lo que llena sus cartas desde su juventud hasta sus últimos años, son las manifestaciones de un corazón ardiente, son desbordamientos de afecciones para sus padres, para sus amigos, sobre todo; son explosiones de dolor cuando la muerte le arrebatara alguno de los seres queridos. Nadie fué amigo más leal, más fiel, más lleno de abnegación, ni más cariñoso. Llega, por la sinceridad y la viveza de los sentimientos, en estas cartas escritas al correr de la pluma sin pretensiones literarias, llega más de una vez á la verdadera elocuencia. Su mayor sufrimiento, á medida que avanza en la vida, es ver que le abandonan uno tras otro los que eran confidentes de sus pensamientos, sus consejeros y sostenes, aquellos á quienes entregó su alma. Muertos, siguen siéndole tan queridos como cuando vivían.

Después de la amistad, lo más preciado para él es la gloria. Es ambicioso, no lo oculta. No es su solo deseo hacer obras buenas sino también ilustrar su nombre. Necesita ver su talento consagrado por la aprobación de los demás. Quiere ser admirado, aclamado; anhela los homenajes de sus contemporáneos tanto como los de la

posteridad. La alabanza, áun la vulgar, no le desplace y no lo disimula; desea los honores, la palma del Instituto, los elogios de la crítica y los del público. Una palabra de alabanza le hace feliz un día entero; pero también un vituperio le desconcierta, lo desanima, lo abate. En las exposiciones tiembla siempre por el porvenir de sus obras y á veces no irá á verlas temeroso de que los cuadros no hagan tan buen efecto como en su estudio. Después de 1859, á consecuencia de una cruel derrota en el salón, no se decide á exponer más. Digamos la verdadera palabra, porque es de aquellos á quienes no puede ofender la franqueza: si tiene orgullo tiene por lo menos en igual grado la vanidad. Imagínese esta alma tierna y delicada, este amor propio extremado, esta susceptibilidad completamente nerviosa é impresionable, y figúrese el lector lo que Delacroix debió sufrir desde el principio hasta el término de su carrera. Sólo la fe ardiente, la imposibilidad de ver de otro modo que como veía, el amor á la verdad, superiores aún á los deseos de éxito, pudieron sostenerle hasta el término. Una vez de regreso en su estudio, ante sus lienzos, con la paleta en la mano, sólo su genio le guiaba. Olvidaba los ataques injustos y las burlas, los sarcasmos poderosos de sus adversarios y no pensaba más que en su arte. Abandonábase á nuevas esperanzas, sin pensar siquiera en que no hacía otra cosa que prepararse nuevas desesperaciones. Por grande que fuera su amor al triunfo, no podía consentir para merecerlo en hacer la menor concesión á las doctrinas y á la moda, que consideraba como el error y la mentira. Decíase que por último extremo, á fuerza de firmeza, obligaría al público á que viniese á él. El público fué en efecto, pero después de muchos años: ¡y qué lástima para nosotros, para el mismo artista que no haya venido más pronto! ¡Cuánto más no se hubiera elevado un genio que tanto necesitaba la aprobación general, si esta aprobación le hubiese sostenido, si en vez de concentrarse y encerrarse en sí mismo, se hubiera visto como un Rafael, un Rubens, un Ticiano, ó un Velazquez, llevado en triunfo por las aclamaciones de una generación, si hubiera producido en el seno de la alegría, en vez de crear en el del sufrimiento y la soledad! Pero en este mundo las cosas son lo que son, y no dependía de los contemporáneos de Delacroix el cambio, como no dependía tampoco del mismo Delacroix.

Llego á la segunda obra de que quería hablaros, á la *Mitología de la Grecia*, de M. Paul Ducharme. Es un gran volumen en 8.º, de 650 páginas, de impresión muy apretada, y que por tanto tiene material para dos abultados tomos comunes. Está adornado con centenares de croquis antiguos de los museos, varios pintados, monumentos, medallas y camafeos, ménos para embellecer la obra que para ayudar á comprenderla mejor. Es en una palabra, el libro de un sabio. Ya en efecto, pasó la época en que en Francia se consideraba la mitología griega, las aventuras de los dioses y de las diosas, como asunto de amables anécdotas, y materia para narraciones picantes, y á veces licenciosas. La mitología se ha convertido en una ramificación de las ciencias históricas, desde que merced á los trabajos de la fisiología comparada, sobre todo, se pueden seguir las razas humanas en sus primeras emigraciones, y remontarnos en el curso del pasado más allá de los tiempos llamados históricos. Alemania ha remo-

vido esos hermosos y fecundos estudios. Basta citar los nombres de Kreutzer, de Szeller, entre tantos nombres ilustres y en Inglaterra el de Mr. Max Muller, germano tambien, aunque habitante de las orillas del Támesis. Francia ha tardado en penetrar por esta vía. Sin embargo, merced á maestros como M. Guignant y M. Alfred Maury, merced tambien á la influencia de M. Ernest Renan, ha empezado á estudiar estos interesantes problemas. A este estudio lleva con ménos ingenio acaso y ménos osadía de invencion que la Alemania, cualidades que tienen tambien su precio. La claridad, la reserva, la circunspeccion. Esta ciencia delicada del estudio de las religiones primitivas, está léjos, sin duda, de llegar á su término: está rodeada de muchas inexactitudes y se ve precisada á dar á la hipótesis un lugar importante aún; pero al ménos su método está formado, y esto es lo principal en toda ciencia: el resto no es más que cuestion de paciencia y de trabajo, y ni el trabajo ni la paciencia faltan á la humanidad moderna.

El libro de M. Ducharme, es un resúmen tan exacto y concienzudo como es posible del estado de la ciencia en 1878, en todo lo tocante á la religion de la antigua Grecia. Es la obra de un ánimo excelente, ni tímido, ni aventurado, que conoce todos los trabajos de Francia y del extranjero y de ellos da la sustancia, añadiendo algo por sí mismo acerca de algunos puntos particulares. Puede tomarse como un guía seguro y bien enterado. M. Ducharme tiene en la actualidad cuarenta años y veinte hace que se consagró al estudio de la Grecia. Conoce su hermosa lengua, como la conocen pocos helenistas. Conoce el país por haberlo visitado y haber vivido en él varios años. Despues de haber sido compañeros en el liceo de Luis el Grande, y despues en la Escuela Normal, hemos sido camaradas tambien en la Escuela francesa de Aténas, y en esta residencia M. Ducharme tuvo la dicha de encontrar el valle del Helicon y de fijar el antiguo sitio del santuario de las musas. Su libro está lleno de hechos, escrito con un estilo firme y limpio: es un manual indispensable á todo el que hoy quiera iniciarse en los estudios mitológicos, y como la religion es en todas partes la primera manifestacion de la humanidad, no hay que decir que nadie puede aspirar á comprender el genio si primeramente no se penetra en el espíritu de su teogonía.

En el fondo de todos los conceptos divinos de los griegos, se encuentra, como en la mitología india, como en todas las mitologías de las razas arias, la impresion que causaron en la primera humanidad los fenómenos de la naturaleza, el esplendor del cielo azul, el brillo magnífico del sol, la sucesion extraña y regular de los dias y las noches, las terribles convulsiones de la tempestad, la maravillosa vegetacion de la tierra, las erupciones de los volcanes, la variacion de estaciones, los beneficios de la lluvia fecundante, la devastacion de las inundaciones, el poder terrible del mar risueño ó trágico, alternativamente. La humanidad ha buscado la explicacion de estos fenómenos, y la primera que se le ha ocurrido ha sido la accion de los séres superiores, encarnando en cada uno misteriosas energías de la naturaleza, apasionadas y violentas, tan pronto favorables á los hombres como hostiles, llenando el mundo con su personalidad, y viviendo en armonía ó ya entregándose á formidables combates. Monstruosos y formidables, tales son los séres en las primeras religiones del Asia y tales la Grecia los recibió de sus primeros colonos. Pero poco á poco bajo la influencia del genio antropomórfico de la *Iliada*, se realizó una transformacion en esta teogonía. Cada divinidad toma una forma humana; su rostro muestra rasgos limpiamente

acentuados; los dioses se convierten en hombres más grandes, más fuertes, más hermosos, que participan de todas las pasiones y también de las debilidades todas, como de todas las grandezas de la humanidad. Poco á poco, por efecto de la civilización, el ideal humano se eleva y purifica; la grandeza moral, la generosidad, la virtud aparecen, más aún que el valor y la fuerza, como los signos gloriosos y nobles de la superioridad, y la elevación de la conciencia y del pensamiento se muestran como debiendo ser necesariamente los primeros atributos de las potencias que dominan la naturaleza. Así es como el politeísmo, por haber concebido los dioses como semejantes á los hombres, llega á su vez á engrandecerlos; así es como llegan á formarse poco á poco los tipos admirables. Zeo, Apolo y Atenea, con los que el arte ha hecho magníficas obras, ante las cuales aún hoy día se inclina la humanidad. El cristianismo puede venir. La filosofía griega ha reconocido todos los símbolos en que puede descubrirse al ser superior á la humanidad. Ha llegado ya á reunir en un solo ser todas las perfecciones, todas las grandezas, todas las potencias. El mundo está dispuesto á no creer más que en un solo dios.

Descendamos de la altura. Necesito en mi calidad de cronista decir ahora una palabra de un pequeño escándalo literario con que se ha señalado el fin del último año. M. Emile Zola, el autor de *L'assommoir*, el jefe de nuestra joven escuela naturalista, es crítico al par. En este concepto envía todos los meses á una revista rusa una larga correspondencia literaria. Ahora bien; corrió el rumor á mediados de Diciembre de que M. Zola, en un largo artículo acerca de los novelistas franceses contemporáneos, había maltratado mucho á la mayor parte de sus colegas. M. Zola, acusado de este modo, ha tomado el único partido que podía tomar; ha comunicado su artículo á un diario de Paris, el *Figaro*, y este artículo es el que ha levantado espantoso ruido. Es cierto que M. Zola no es indulgente para la mayor parte de los novelitas, debo decir que, para dos ó tres me parece ser extremadamente injusto. Sin embargo, en la mayor parte de estos juicios, tampoco debo ocultar que me parece ser muy exacto. Hubiérase gritado ménos si las críticas no tuviesen acierto. Ha dicho lo que muchos piensan para sí y no se atreven á decir. Si á esto se añade que un temperamento violento, como es el de M. Zola, es siempre y naturalmente injusto para los que no piensan, ni ven, ni sienten como él; que M. Zola no es sólo un artista, sino también un hombre muy práctico que hace de buen grado un poco de reclamo para sus productos propios; y por último, que más de una de las críticas que formula desde su altura contra los demás pudiera muy justamente aplicársele, creo que tendremos aproximadamente la última palabra que debe decirse acerca de este incidente. En todo caso, no cabe duda de una apreciación, y es que la raza de los novelistas como la de los poetas, desde Horacio, es una raza muy irascible; y M. Zola puede vanagloriarse de haberse atraído, como hemos dicho, una colección de enemigos declarados. Pero creo que al fin y al cabo, esta situación no le disgusta mucho. La naturaleza le hizo batallador.

El Teatro Frances ha reanudado con bastante éxito las representaciones del *Hijo Natural* de M. Alexandre Dumas. La obra se representó por primera vez en el Gimnasio hace precisamente veinte años, en 1858, y desde entónces no volvió á ponerse en escena. Era, pues, una especie de novedad para la mayor parte de los espectadores, porque es grande la diferencia que existe entre una obra que se lee y la misma cuando se ve representar. El *Hijo Natural* tiene dos ó tres escenas muy dramáticas y cuyo efecto es irresistible para el público: sin embargo, no es en mi opinion una de las buenas obras del autor: sin hablar del asunto, cuyo fondo es penoso, las inverosimilitudes son á la verdad sobrado numerosas. El sentido comun de los espectadores protesta á cada instante, y se ve uno tentado á gritar: «¡No es eso! ¡no es eso!» Creo que la mayor parte del triunfo se debe á los actores. No he visto nunca, ni aún en la Comedia Francesa un conjunto más notable. Es la perfeccion misma, es el triunfo del arte y del gusto. Mlle. Favart, Mlle. Jonassain, Mlle. Rosetta, y messieurs Fevre, Wornes, Coquelin, se equilibran maravillosamente: ninguno busca el éxito eclipsando á su vecino y ninguno lo necesita para hacerse aplaudir.

Quisiera tener que daros tambien buenas noticias de la *Reine Berthe*, última produccion de nuestra Gran Ópera: esto desgraciadamente es imposible. La obra ha caído, música y libreto, una cosa sobre otra: si la ópera hubiese tenido tres actos, el mismo buen tono no habría impedido que se silbase. Se han contentado con bostezar y recomendar al salir á los amigos que no se expusieran al fastidio que ellos habían experimentado. ¡Es preciso que sea cosa muy difícil hacer una ópera! ¿No os habeis preguntado por qué en algunos años, hace treinta ó cuarenta, se ha visto aparecer *Guillermo Tell*, la *Judía*, los *Hugonotes*, la *Favorita*, y por qué hoy, nuestros compositores que, no obstante, no carecen de talento, realizan tan poca cosa en este género? Habrá aquí indudablemente un interesante problema que resolver para los críticos del porvenir. Los del presente, entre tanto, tienen el sentimiento de comprobar el hecho y se ven muy apurados para explicarlo.

La opereta sólo, ó más bien la ópera cómica, porque la opereta, despues de sus fantasías vagabundas ha vuelto al envejecido género de nuestras abuelas, la ópera cómica es la única que prospera siempre. Despues de la *Camargo* de M. Lecocq en la *Renaissance*, hé aquí al mismo tiempo en el teatro de la ópera cómica la *Suzana* de los jóvenes compositores Paladithe y en las Folies Dramatiques *Madama Favart*, del viejo maestro Offenbach. Uno de estos dos éxitos ha sido más discreto y el otro más ruidoso, pero en suma total hubo dos éxitos. La voz encantadora y el método excelente de la linda Mlle. Bilbaut-Vachelet entran por mucho en el triunfo de MM. Paladithe. Esta joven cantatriz se perfecciona de dia en dia. No me sorprenderá que dentro de algunos años tenga en el arte frances una situacion comparable á la que por tanto tiempo ha tenido madama Carvalho.

No os hablaré ni de los *Bandidos*, en la *Gaité*, ni de *Rothomago* en el Chatelet, ni de los *Hijos del capitan Grant* en la Porte-Saint-Martin: son con diversos nombres tres funciones de espectáculo cuyo interes consiste en las decoraciones y bailes. La literatura nada tiene que ver en ello. La sola novedad verdaderamente literaria de la temporada, puesto que el *Hijo Natural* tiene la vejez de veinte años, es la *Edad ingrata* de M. Sailleron que representa el Gimnasio desde hace tres semanas. La intriga no es muy nueva, y los caracté-

res no se profundizan mucho; pero hay un segundo acto episódico que ha hecho la fortuna de la obra. Es la pintura muy viva, muy alegre, muy bien hecha, de uno de esos salones caóticos donde se encuentra todo el mundo y todas las clases sociales se codean, salones que se hallan en Paris, donde se apiñan toda clase de excentricidades. Cada cual cita en voz baja el salon en que particularmente ha pensado el autor, y un grano de escándalo se une á la curiosidad. La obra, por otra parte, se representa muy agradablemente, y M. Saint-Germain, el actor cómico, está en ella excelente.

CÁRLOS BIGOT.



Madrid 15 de Enero de 1879.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO
Mendizabal, 64.